

Título: ¿SIRVE LO ESPIRITUAL?  
(claves para el autoconocimiento)

Autor: NÉSTOR TATO

Buenos Aires, agosto 30 de 2007 – revisión 1 al 8 de enero de 2014

## SINTESIS

El desarrollo del ser humano a lo largo de la Historia y de cada ser humano a lo largo de su vida, se juega en una tensión de difícil resolución entre dos polos aparentemente irreconciliables. De un lado la materia con su imperativo de necesidad insoslayable. Del otro, el espíritu con sus vaporosas promesas.

La materia cuenta con la incontestable realidad que le confieren los sentidos externos y el inevitable reclamo del cuerpo. En cuanto al espíritu, mucho se ha dicho en su favor y en su contra desde posiciones opuestas. No parece que haya habido dos realidades más polarizadas en la Historia que estas de materia y espíritu.

La materia y el espíritu están planteados como polares desde un punto de vista que los toma como objetos de conciencia, como si fueran estímulos pertenecientes a distintos tipos posibles de sensibilidad, o pensando en un ser humano que puede ser “atrapado” por la una y “liberado” por el otro. Y ninguno de ambos fenómenos tiene semejantes propiedades.

Se habla de este mundo “materialista” porque se han peraltado los valores “materiales” y se contraponen el mundo a lo espiritual, que se supone desentendido de aquél. Más aún, se pone la prescindencia de lo material como condición necesaria para poder acceder a la esfera del espíritu. Se los concibe como mutuamente excluyentes: para vivir “en el espíritu” hay que alejarse de la “materia” y quien goza de lo material no podrá gozar de lo espiritual. Más allá de esta terminología pervive esta evidencia: **hay un estado de conciencia en que lo espiritual no es advertido y puede hasta ser negado de plano.** Esto es una cuestión de experiencia.

Lo espiritual se encuentra confundido con lo psicológico y se hace necesario despejar los términos de la ecuación de acuerdo a los conocimientos que se manejan.

El mundo es un apoyo primordial para el conocimiento de mí en tanto es ocasión del hacer que me permite relevar la información que necesito sobre mi experiencia. Dependo de él para la subsistencia y el desarrollo personal y en esta interacción puedo observar mi funcionamiento interno.

La síntesis de esa observación es que soy una mirada y del mundo tengo una visión, un paisaje que estructura esa mirada. Y toda la actividad humana está dirigida a superar el resultado del desajuste en esa estructura, el sufrimiento. El sistema de ideación que subyace a la mirada es la unidad productora de sentido que moviliza el comportamiento humano. Su actividad no es registrable en la experiencia directa, lo que ha generado un mito acerca de una entidad que nos gobierna, el inconciente. La necesidad de ocultar el sufrimiento por lo intolerable de su sensación da razón de este mito y tiene también fundamento en el fenómeno de la anestesia corporal. A partir de ésto es que se hace necesario formular ciertas explicaciones acerca de la experiencia.

Una vez revisada la dinámica psicológica queda delimitada la región de la experiencia que requiere algunos parámetros para mantener el rumbo que uno se ha trazado. La vida es un “ir hacia” que no tiene destino prefijado. Las metas las va poniendo uno y dependerá de las elecciones y de la capacidad de visión la permanencia del sentido.

Pero la vida es. Y es a través mío. Puedo sentir su flujo.

Por tanto, hay un sentido de la vida que está más acá de los sentidos transitorios y puede orientarme hacia una región de la experiencia que todavía permanece desconocida.

Un sentido al que puedo acceder mediante la experiencia.

Una experiencia por la que la mirada puede tejer la trama del espíritu.

## SINOPSIS

El “hoy” en el título del tema propuesto impone una actualización de la concepción de la sociedad. La de hoy es un conjunto de culturas<sup>1</sup> que desarrollan una actividad de autosostén y, al mismo tiempo, de desarrollo de relaciones que van configurando una unidad planetaria: el llamado proceso de mundialización<sup>2</sup>.

Esas culturas han ganado un grado de autonomía relativa frente al medio natural hasta el punto de generar en sus integrantes la ilusión de que han dominado la Naturaleza. Los seres humanos de hoy vivimos de manera primordial en un medio humano, no en un medio natural como fue el paisaje social hasta hace poco más de un siglo.

Esto complica aún más la adecuación de las creencias a la realidad. La experiencia social ha pasado a ser un producto envasado que se pretende transmitir institucionalmente de generación a generación en paquetes racionalizados y no en la convivencia cotidiana. La interferencia que se produce, a través de la educación institucional, sobre la convivial que se da a través de la familia y los grupos de pertenencia, genera nuevas instancias especulares en el ya complejo mundo interno del ser humano.

Pero la transmisión convivial no se interrumpe por ello, generando códigos que distorsionan aquella concepción institucional.

Por sí misma, la realidad es paradójica dado que el mundo no es *lo que vemos* sino *como lo vemos*. Esta verdad esotérica tradicional que hoy ha consagrado la ciencia cognitiva nos dice que no vemos el mundo sino que éste es una configuración de la conciencia en base a materia entregada por sentidos y memoria (Husserl, Silo, Dennett, Ramachandran).

Este principio quita sustento al objetivismo clásico y abre otra instancia en la comprensión del mundo. De modo que lo que veo no es como creo que se me presenta sino que tengo que descubrirlo.

Este proceso de alumbramiento de la propia experiencia puede ser formulado a través de las paradojas que nos guiarán a través del texto:

**1. El mundo es mi cuerpo:** Desde la posición del observador espontáneo, él mismo no existe. En sus sentidos sólo impacta el mundo. Al que él pertenece. Esto lo sabe. Pero ese mundo está mediatizado por mi filtro perceptual y éste, en definitiva, es mi cuerpo porque mis sentidos son órganos corporales. De modo que actuar sobre mi cuerpo es actuar sobre el mundo pero, también, actuar sobre el mundo es actuar sobre mi cuerpo. (Sistema de tensiones).

**2. MI cuerpo es mi estado interno:** En mi percepción, más inmediato que mi cuerpo está mi estado interno. Que es lo que estructura el cuerpo, dado que éste responde al mundo pero es mi estado interno el que determina la percepción del mundo. (Climas)

**3. Mi estado interno es mi mirada:** Mi estado interno responde a lo que veo pero no depende de lo que ve, sino de la valoración que hace mi mirada al configurar el paisaje. Es la mirada lo que estructura el paisaje. (Sistema de ideación).

---

<sup>1</sup> El de “cultura” es un término plurivalente, que ha sido utilizado en muchos sentidos. Lo empleo en el que quizás sea el más lato de todos los sentidos porque la entiendo como el conjunto de las conductas regulares de sus miembros. Las regularidades conductuales, repetición de conductas sociales, son las que caracterizan la actividad del conjunto social.

<sup>2</sup> No confundir con el llamado proceso de globalización (de mercados). Lo que se mundializa son las culturas en el intercambio provocado por el acercamiento y el intercambio.

**4. Mi mirada es el paisaje:** Si quiero conocer cómo es mi mirada, cuáles son mis valores, tengo que estudiar el paisaje que se extiende ante mí. La mirada es en sí transparente y sólo puedo descubrirla por la configuración del paisaje.

**5. El paisaje soy yo:** Al descubrir mi mirada en el paisaje voy descubriéndome, voy echando luz sobre los distintos aspectos de mí, que también son imágenes y constituyen una única imagen: la imagen de mí. El yo se constituye con la realimentación del mundo.

**6. El yo es el sentido:** Como “el yo” es una “sustancia”, entendida como una imagen base en la que puedo discriminar las distintas imágenes visuales y cenestésicas de cada situación, es esa base de sensación la que da sentido al mundo.

**7. El sentido es el mundo:** Ese sentido que mencionamos en general, tal como lo plantea el concepto desnudo, no existe. El sentido es en tanto es un sentido singular, sentido de algo, estado interno que concomita con el fenómeno externo. El sentido que para mí tienen las cosas es el sentido que cada cosa tiene para mí. Por tanto, el sentido es el mundo que me provoca y convoca, que hace que me tienda hacia él.

**8. El mundo es dirección:** El ser vivo forma una estructura con su medio. el ser humano también. Yo soy en situación, instante tras instante. Mi actividad no es de respuesta al medio sino de interacción con él. Desde mi origen estamos integrados y somos uno. En cada instante estoy en situación, pero en el modo de estar lanzado a ella. El mundo me estimula y mi permanente estado de actividad toma esa estimulación como ocasión para desarrollarse. De modo que el mundo orienta mi actividad, le da dirección.

**9. La dirección es vida:** Esa actividad con dirección es la vital. El estar dirigida hacia algo es lo que caracteriza a la vida humana. La vida no es sino en, por y a través de cada uno de las vidas de los individuos que anima y que la llevamos adelante. Por eso, es esencialmente dinámica, movimiento, actividad. De modo absoluto es lo contrario de la quietud. Y no es un movimiento en sí sino hacia. La vida humana es un ir hacia, un estar lanzado en una dirección y en permanente cambio. Es cambio en y por sí misma al tiempo que transforma el mundo. Por eso la existencia humana es proyecto, estar lanzado hacia.

**10. La vida es el espíritu:** La vida humana está dirigida al mundo por la estimulación que provoca, pero no es mero reflejo sino intención operativa. Se lanza al mundo para hacer algo con él. Pero quiere hacer algo con él, para sí misma. Su actividad es una compensación estructurada de su estado interno. Esto que es la regla básica de comprensión de la actividad biológica no agota el sentido del ser humano. Así como la Vida es un proceso de complejificación creciente de las formas que genera, del cual resulta la organización psicofísica que soporta lo humano, esto cumple con una función que apenas comenzamos a avizorar. La Conciencia es generadora de formas. El mundo es con-formado por la Conciencia, que también se configura a sí misma. La organización de la experiencia interna al servicio del anhelo humano es una nueva región de formas a generar. Allí se vislumbra el espíritu como forma integradora de la vida humana y el mundo, entretejiendo a aquélla en la trama de éste. Pero de eso no se puede hablar todavía, si acaso puede hablarse.

## INTRODUCCIÓN: LA CUESTIÓN DE LO ESPIRITUAL

### La contradicción entre la materia y el espíritu

El desarrollo del ser humano a lo largo de la Historia -como el de cada ser humano a lo largo de su vida- se juega en una tensión de difícil resolución entre dos polos aparentemente irreconciliables. Por un lado está la materia con su imperativo de necesidad insoslayable. Por el otro está el espíritu, con sus vaporosas promesas.

La materia cuenta con la realidad que no se le puede negar: puede ser vista, tocada; en definitiva, puede ser percibida. Para cada uno, la realidad depende de los sentidos externos y está reforzada por **el inevitable reclamo del cuerpo: materia que pide materia.**

Lo real goza de la contundencia de la cosa, su concreción, su peso, su dureza. Aún cuando no sean propiamente materiales, mientras muevan nuestra sensibilidad, mientras nos afecten, los objetos gozan de esa cualidad de la cosa, su realidad.

Así, podríamos decir que real **es lo que afecta mi cuerpo desde afuera.**

Distinto es cuando lo que se ve afectado es mi “alma”: eso que se ve afectado y lo siento dentro del cuerpo. Que puede ser afectado por lo que está afuera del cuerpo pero también, por lo que no está afuera. En ese caso, digo que lo que me afecta no es real. Digo que es fantasioso, imaginario, que no pertenece a la realidad sino al vago y poco claro “mundo interno”

En cuanto al espíritu, mucho se ha dicho en su favor y en su contra desde posiciones que no parece que puedan conciliarse. No parece que haya habido dos ideas más polarizadas en la Historia que estas de materia y espíritu. Sin embargo, el combate teórico se ha entablado entre otros términos: materia e idea, porque lo que está en cuestión es si la realidad de las cosas es ideal (por tanto, espiritual) o material.

Esa polaridad entre materia y espíritu siempre pretende resolverla el bando del espíritu con una conciliación que solo sirve a los espiritualistas. Los más extremistas niegan toda realidad a la materia mientras los conciliadores aceptan que la materia “está ahí”... pero realidad es la de las ideas.

Por su lado, más coherentes, los materialistas niegan el espíritu. En todo caso, los más modernos aceptan que existen procesos de pensamiento... que tienen base orgánica, claro está.

Los que niegan la existencia del espíritu tienen razones atendibles para hacerlo.

¿Quién ha visto alguna vez un alma? Sin embargo, jamás dejó de afirmarse su existencia. ¿Quién ha visto a Dios? Pero hay quienes afirman comunicarse con él y hasta haber estado en su Presencia. ¿Quién volvió para contar si hay vida después de la muerte? La literatura médica ha recopilado en los últimos años infinidad de historias que resultan de la muerte clínica, pero ¿quién prueba que no se trata de alucinaciones?

Materia y espíritu son presentados como polaridades desde un punto de vista que recuerda el maniqueísmo: el espíritu es bueno y la materia, mala. Así, no advierte lo que importa: la materia es materia porque hay alguien que la percibe como tal y el espíritu es espíritu, por lo mismo.

Sí existe polaridad, al afirmar que la materia nunca deja de ser otra cosa que objeto para el observador mientras que el espíritu no puede ser objeto de observación. Agrego: porque cuando es, absorbe al observador. Hay una sensación más o menos intensa del “observador” y la misma sensación de observar señala la presencia de la actividad espiritual.

La materia y el espíritu están planteados como polares desde un punto de vista que los toma como puros objetos de conciencia por propia naturaleza, como si fueran estímulos correspondientes a distintos tipos posibles de sensibilidad. O pensando en un ser humano que

puede ser “atrapado” por la una y “liberado” por el otro. Ninguno de ambos tiene semejantes propiedades.

### **Una cuestión de punto de vista**

Se suele hablar de este mundo “materialista” porque se han peraltado los valores “materiales”, lo que en otros tiempos en los ámbitos cristianos se solía llamar concupiscentes, porque “excitaban” los sentidos y esclavizaban a los seres humanos.

Se contrapone el mundo a lo espiritual, que aparece en la otra punta de la escala de valores, desentendido del mundo y más aún, prescindente de lo material como condición necesaria para poder acceder a aquél. No sólo son polares sino que se los concibe como mutuamente excluyentes: para vivir “en el espíritu” hay que alejarse de la “materia” y quien está perdido entre lo material no puede acceder a la percepción de lo espiritual.

Más allá de esta terminología pasada de moda, pervive esta evidencia que no termino de asir desde *este* lado: hay un estado de conciencia en que lo espiritual no es advertido y puede hasta ser negado de plano. (Y digo que no puedo asir, porque cuando uno ha *percibido* la “otra” dimensión, la visión materialista resulta difícil de entender.)

Así, el espíritu es pensado como un mito de otros tiempos: los primitivos tenían esas creencias absurdas respecto de que la Naturaleza estaba animada por fuerzas, que todo tenía algo así como un “alma”, suerte de principio inmaterial a partir del cual se explicaba todas las cosas. Ya se sabe a qué excesos llegó el asunto con la superchería medieval y los absurdos planteos del tipo de cuántos ángeles caben en la cabeza de un alfiler. Ángeles y demonios son miembros típicos de la fauna que habita la región de los espíritus y todo esto, incluyendo la divinidad se llame como se la llame, no es más que un conjunto imaginario producido por la necesidad del ser humano de explicarse lo que en ese momento histórico no se podía explicar. No había herramientas lógicas, técnicas adecuadas ni aparatos que permitieran advertir que el cielo no estaba dividido en esferas fijas, que la Tierra no era el centro del universo y que el Sol no da vueltas alrededor de aquélla sino al revés. Dios fue expulsado de los cielos por la Astronomía y la Física, y de la mente humana por el Yo concebido como imagen de lo humano, supuesto como escalón último de la Evolución.

Es cierto que al multiplicarse los estudios anatómicos se reiteró la evidencia de que no había alma alguna dentro del cuerpo como se pregonaba pero ¿quién dijo que el alma es visible para los ojos?

Lo cierto es que las construcciones teóricas sostenidas por premisas indemostrables se derrumbaron estrepitosamente y la era de la evidencia material irrumpió, arrasando con todo lo improbable. Y estuvo bien que así fuera porque limpió el panorama imaginario de la Humanidad, si bien no lo ha logrado en extensión y cantidad, pero el despeje que produjo la arremetida científica sirvió para conmovier las estructuras mentales y promover la reubicación de las cosas.

### **Replanteo de la cuestión**

Creo necesario plantear el tema en otros términos: ¿acaso lo espiritual puede ser útil? Una respuesta rápida desde el punto de vista del pragmatismo contemporáneo (muy alejado, por cierto, de los intereses de William James e, incluso, del utilitarismo de John Stuart Mill) me dirá que el espíritu no sirve para nada. Lo espiritual es una pérdida de tiempo cuando lo que interesa es ganar dinero para gastarlo en adornos, en cosas que “me pongo” para ser mirado (el valor de la cosa no está en la función que cumple o la necesidad que cubre, sino en la ostentación, en cómo voy a ser mirado, y esto abarca también a las personas que uno elige para su entorno).

Coincido plenamente con la primera premisa de ese pragmatismo burdo (lo espiritual no sirve para nada). Pero me parece necesario despejar la incógnita sobre el espíritu para saber qué y porqué lo estoy descalificando.

El tema de lo espiritual tiene dos limitaciones claras:

1) La primera es de carácter formal y tan obvia que no se advierte fácilmente: *lo espiritual no puede ser explicado*. No hay manera de explicar el espíritu. Incluso intentar hablar del espíritu es paradójal, es un vano intento de comunicar lo incomunicable. No se puede hablar de él, hacerlo objeto de la palabra. No hay discurso posible capaz de transmitir la vivencia de lo espiritual. El lenguaje es más que insuficiente para entablar esta comunicación. Sin embargo, es un tema privilegiado para el discurso (hablado y escrito).

2) La segunda limitación es el contenido o materia de la anterior, si asumo que aquélla es formal: *lo espiritual es pura materia de experiencia*. No importa el grado de esa experiencia, su intensidad, calidad, profundidad o como se le quiera llamar: se está en lo espiritual o no se está. A uno no lo pueden convencer con argumentos sobre lo espiritual. *Es la percepción de lo espiritual lo que atrae*. Si uno percibe esa atracción... ya “cayó” en lo espiritual.

Estas dos limitaciones son serias dificultades para abordar el tema. Porque hablar del espíritu no “produce” necesariamente lo espiritual. Puede acompañar la experiencia o no.

Si la experiencia no es previa al discurso o si no lo acompaña, difícilmente se produzca por él. Por aquella primera limitación: el espíritu no puede captarse ni ser portado por la palabra. O, mejor dicho, cuando no hay experiencia se verifica esta limitación. Por más que se hable de él, el espíritu no se da por aludido.

Nos encontramos entonces con que la segunda limitación es, más bien, un principio: el espíritu es materia de experiencia.

Tan principio es que habría que decirlo así: *el espíritu sólo es materia de experiencia*.

Los que hablan del espíritu –no los que teorizan sobre él-, los que intentan comunicar algo sobre el espíritu, intentan hablar de algo que les pasó, que sintieron. Intentan comunicar una experiencia.

Es obvio que uno no percibe lo que no está. Por tanto, si uno percibe que “algo” le pasa, que algo lo atrae, algo habrá que le hace percibirlo.

Sobre esta experiencia parecería que hay “iniciaciones” y todo un desarrollo necesario. Sin embargo, hay quienes “caen” en lo espiritual sin aviso alguno, o irrumpe con sus fenómenos sin pedir permiso.

De modo que hay que tener presente que tampoco hay grados o jerarquías en lo espiritual: no hay una región periférica para principiantes, que sea “menos” espiritual, y una región central definidamente espiritual. En todo caso hay grados en la experiencia, quizás calidades de esclarecimiento de la experiencia. Y también graduada y proporcionada al esclarecimiento, hay confusión.

Como resulta evidente que lo espiritual es un tema de sensibilidad, podemos afirmar que lo que hay es un darse cuenta de lo espiritual, un estar más o menos advertido de su presencia.

Como de la ausencia de esta presencia –no sólo de ésta - se han dicho muchas cosas, haré un breve repaso sintetizando las posiciones conocidas.

### **La irracionalidad del racionalismo materialista**

Es necesario dejar en claro que *es imposible desconocer que lo material es real*.

Muchas han sido las teorías que descalificaron la realidad de la materia y en el último siglo se han montado sobre los descubrimientos científicos para hacerlo. Sin embargo, aunque la teoría cuántica me diga que eso que veo como concreto es vacío, para mis sentidos ese vacío no se presenta, sino que *vivo lo concreto*. Y eso es lo real, lo propio de la cosa, de la “res” que sostiene el significado de “realidad”: *lo que impacta mis sentidos*.

Lo real es real en términos de sentido común que es, además, lo que compartimos. Real no es lo que es real para mí, sino para nosotros. Si lo que vivo como real no lo es para otros, por muy fuerte que sea la experiencia que tenga, tenderé a ubicarla como perteneciente al vagoroso mundo de lo imaginario.

Para el materialismo no hay otra dimensión posible fuera de la materia. Por tanto, lo humano está sometido a las leyes de la materia, que son las naturales. Esta visión invalida todos los sentidos posibles de lo humano, aún cuando éstos surjan de la exuberancia de lo sensorial.

Lo sensorial es corporal y sigue la suerte de la materia. Se sabe que el cuerpo se agota, y está sometido por ley natural a la enfermedad, el envejecimiento y la muerte. La decadencia de la materia y su descomposición, están inscriptas en el mismo principio que la rige. Y este principio es de toda evidencia: basta observar lo que pasa con cualquier ser vivo.

Esta observación, claro está, es incontestable en lo que hace a la suerte que siguen los cuerpos de los seres animados. Resulta, por tanto, aparentemente legítima la conclusión por la cual se excluye toda dimensión que no sea la natural.

Sin embargo, toda argumentación dentro de este circuito ideológico se pretende racional cuando, en realidad, es racionalista: *su fuente de evidencia es el pensar*. Sus procesos de validación son relaciones entre ideologemas o conceptos que remiten los unos a los otros. Esto es, responden a una teoría que se funda en una visión de “lo que pasa” a la que llaman “evidencia empírica”.

Este concepto de lo empírico es el clásico del observador científico decimonónico: mira lo que pasa... afuera y llama evidente a lo patente.

Aún cuando pretende investigar lo que a él atañe como humano, estudia la experiencia de otros. La muerte, para él (y para todos), existe porque *los otros* se mueren y nada viene después porque ve que sus cuerpos se pudren. Si se abre un cuerpo solo se encuentra vísceras. El investigador ve ésto y toma esa imagen para sí, imaginando su propia muerte. Como ve en otros que los cuerpos se pudren, dado que él tiene también un cuerpo (o, más bien desde este punto de vista, él siente que solo es un cuerpo), concluye que con la muerte termina todo. Así, con ese silogismo pseudoempírico cierra toda posible indagación.

De ese modo niega la primera evidencia que me da la muerte de otros: la de que, efectivamente, no se puede verificar que exista otra posibilidad *si miro a otros*.

Para el observador, lo evidente es lo que ve: el cuerpo se pudre y eso niega toda otra posibilidad. Pero al observar, él se siente transparente (a sí mismo). No se toma en cuenta cuando observa la realidad externa. De ese modo, no advierte que lo que para él es evidente (el cuerpo del otro se pudre y, por tanto, no hay otra posibilidad), lo es porque *se trata de la muerte de otro*.

Por tanto, la patencia de que el cuerpo se pudre no es evidencia, y menos, suficiente para negar que exista otra posibilidad.

Pero como esa conclusión que dice que no hay otra posibilidad para lo humano después de la muerte se funda en una “evidencia” objetiva (los cuerpos se pudren), el científico la convierte en un principio teórico.

La experiencia que toman por válida los científicos clásicos es la que se funda en los hechos que perciben con regularidad. Como la repetición de los hechos es la que importa, más allá de las variaciones que ocurran en el observador, éste no es tomado en cuenta aún cuando la experiencia que se estudia le pueda sobrevenir a él mismo.

La muerte se observa en una serie de cuerpos que, como consecuencia de ellas, se pudren. Yo soy mi cuerpo, de modo que éste será uno más en la serie de cuerpos que se pudren. Por tanto, si yo soy mi cuerpo y mi cuerpo se pudre, no hay otra posibilidad después de la muerte.

Este razonamiento, como se puede apreciar, se apoya en la premisa de que yo soy mi cuerpo.

¿Es así la cosa?

Esta conclusión desatiende una evidencia más constante aún que la putrefacción de los



cadáveres: la inquietud interna, el desasosiego, la angustia que me provoca la idea de finitud y sus parientes, la pérdida de seres queridos u objetos, la enfermedad y la muerte. Algo me pasa según la suerte que imagino para mi cuerpo. Nada resulta grato en definitiva, dado que todo termina en la muerte. Puedo imaginar el mejor de mis futuros posibles... pero igual moriré.

La ciencia trata de explicar esos estados internos con argumentos teóricos en un intento de encorsetar el sentir en los moldes pensados. Si adhiero a sus postulados me someto a mí mismo a los dictados de una razón irracional. Apoyándose en conclusiones fundadas en evidencias incontestables pero de cuestionable relación con sigo mismos, incurren en juicios de una racionalidad que resulta meramente aparente.

Lo racional es atender a la experiencia y fundarse en sus evidencias. Pero la experiencia en esta materia no es la externa.

Es incuestionable que el cuerpo se pudre. Pero no es cierto que yo sea mi cuerpo.

Por tanto, la experiencia que procede en este caso es la interna. Debo atender a lo que a mí me pasa. El científico debe hacerse cuestión de lo que le pasa dentro de él.

Justamente, esos grados de confusión “espiritual” que menciono arriba, derivan de la creencia que dicta que la realidad es material. Como de eso tengo evidencia a cada paso, no advierto que, en realidad, no es un criterio materialista sino perceptualista.

La creencia de que la materia es real se funda en la materialidad que atribuyo a las cosas que percibo por los sentidos externos. Así, soslayo la evidencia interna, que es lo que puede darme cuenta de otra dimensión de la realidad.<sup>3</sup> Tomando como realidad lo que impacta mis sentidos, pero incluyendo al sentido interno.

Si la realidad es compartida, queda todavía una evidencia más que en estos días se puede verificar de manera abrumadora: en cuanto a cantidad de adherentes, la creencia en lo trascendente supera con exceso al escepticismo o nihilismo. La multiplicación de nominaciones cristianas, la cantidad de adeptos que ha ganado el orientalismo con todas sus variantes y también ese ámbito sincrético tan colorido y difuso que es la New Age, ha puesto en tela de juicio la vigencia del racionalismo científico positivista, también cuestionado desde el propio interior de la ciencia.

## **La evidencia interna**

En aquellos que se encuadran dentro del escepticismo, los que dudan y cuestionan toda posibilidad más allá de la muerte, materialistas o no, encuentro siempre la misma dificultad: la evidencia. Pese al aparente rigor de su pensamiento, pese a los juicios aparentemente fundados como hemos visto, ellos no razonan sino que creen. Sostienen una creencia negatoria aún cuando sea en el modo de la duda, del cuestionamiento. Sus pensamientos sostienen su creencia y ésta los hace pensar en la misma dirección, reforzándola. Pero esa dirección es, en realidad, ninguna dirección. Creen que con la muerte termina todo porque el cuerpo se pudre. Y ya. Creen que eso les va a acontecer a ellos, así que lo que importa es dedicarse a la vida. Y la vida son las cosas que me rodean.

Ahora bien, con su finitud, la materia resulta contundente. Lo concreto le aporta solidez a la realidad. Y es esa solidez la que captan mis sentidos y provoca la confusión entre lo real y lo

---

<sup>3</sup> Este es uno de los temas, el más interesante por la claridad con que se hace patente, del film “Contacto” inspirado en la novela de Carl Sagan: cuando el pastor le habla a la astrofísica de cómo Dios se le reveló, ella no lo entiende; y cuando ella cuenta lo que vivió en el tiempo que para los otros fueron 10 segundos, conoce trágicamente la imposibilidad de demostrar la “verdad” de su historia porque es su experiencia y solo suya, sin otro fundamento empírico (en el momento que se desarrolla la audiencia pública del final del film). El problema de la evidencia interna es éste: incuestionable para el que la vive, pero intransmisible hacia los demás.

concreto. Lo tangible es la valla que se alza entre el espíritu y los “incrédulos”.

Es cierto que no “existe” el alma. No puede plantarse frente a mí como lo hace una roca, un árbol, un perro, otro ser humano. Otros cuerpos. Cuerpos.

Los cuerpos materiales, sin importar a qué “reino” pertenezcan, si al mineral, vegetal o animal, son cuerpos concretos, aptos para ser percibidos por los sentidos externos.

Pero los externos no son los únicos sentidos que existen. Hay otras evidencias, otras formas de evidencia, ya anunciadas por Renato Descartes con su famoso “cogito ergo sum”, que son tan evidentes como (o más que, para algunos) las materiales.

El “Dios ha muerto” de Nietzsche inauguró formalmente el fenómeno que Martin Buber llamó “el eclipse de Dios”, el desplazamiento que lo divino sufrió “a manos” del yo. Al mismo tiempo, la vida interna comenzó a agitarse en los laboratorios de Psicología. Y también en el consultorio de un médico vienés, Sigmund Freud, que la llevaría al estrellato con el psicoanalismo (que es más que el psicoanálisis, una suerte de ideología derivada de sus conceptos básicos).

Relegado a las sombras que provocaba la iluminación epocal de los descubrimientos psicoanalíticos y su difusión, un discípulo de Freud de cuando estudiaba con Franz Brentano, sentaba las bases del estudio de la conciencia en el intento de una “ciencia” nueva: la Fenomenología. Se llamaba Edmundo Husserl.

Mientras las ideas freudianas iban ganando los sectores intelectualizados, unos pocos fenomenólogos echaban las bases para el estudio del “espíritu” mismo, desentendiéndose de la variación infinita que podían presentar los contenidos de conciencia, que tanto ocupaban a los psicólogos de las distintas tendencias.

Silenciosamente, los fenómenos internos se fueron instalando como una realidad que todavía no ha sido reconocida en toda su extensión. Y esto, porque lo interno condiciona en su misma base todo intento que se haga para abordar lo humano.

¿Por qué es tan difícil la evidencia interna? Hay muchas alegorías mitológicas pero me parece más útil la aplicación alegórica de un dato científico: los sentidos tienen umbrales y también los tiene la experiencia interna.

Los sentidos tienen umbrales de tolerancia más acá o más allá de los cuales la percepción no es posible. El estímulo puede existir pero el sentido no lo capta porque está fuera de su rango, de los límites de captación, esto es, la franja de estímulos que es capaz de percibir.

Ahora bien, lo que habilita mi experiencia es la sensibilidad. Esa sensibilidad tiene umbrales de captación, de tolerancia, de asimilación. Esos umbrales tienen una base fisiológica que es universal. Se puede medir la capacidad sensorial del ser humano y se sabe que se maneja entre ciertos valores.

Dentro de esos valores puede variar para cada individuo porque, además, hay una determinación dada por el aprendizaje, la estimulación del medio, las condiciones internas.

En la misma experiencia hay umbrales, momentos de transición que no tienen marcha atrás, como el que atravieso al salir del útero al nacer.

Todo esto hace que la sensibilidad sea universal en su existencia, como capacidad humana, pero sujeta a las variaciones subjetivas, porque depende de las condiciones de cada uno.

Y la sensibilidad interna es aún más delicada porque está condicionada por la experiencia externa y la estructura de creencias vigente en el medio.

De ahí que la experiencia interna esté tan deficientemente desarrollada en términos generales.

## **El espíritu no existe**

De modo que desde la lógica de la evidencia interna puedo afirmar que le asiste razón al materialismo cuando afirma que el espíritu no existe. Efectivamente, no existe. Nadie puede percibirlo. Y eso, por dos razones:

- 1) lo evidente: no es material;
- 2) lo no evidente: no está dado en el ser humano.

Lo primero no admite discusión. El espíritu no está encuadrado en el espacio-tiempo, la dimensión de lo existente, de lo que aparece ante nuestros sentidos externos.

En cuanto a lo segundo, no se nace con un espíritu. Pero admito que puede configurarse a partir de ciertos trabajos. No quiero entrar en precisiones al respecto, porque para un nivel de experiencia normal hablar del desarrollo espiritual suena a mera teoría. Por tanto, resulta inútil.

Retomando lo dicho arriba, en lo espiritual “se cae”: parecería que la voluntad no tiene ingerencia alguna y que nadie, por propia determinación, podría ingresar en la esfera del espíritu.

Por propia voluntad uno puede apuntar a la experiencia, pero solo apuntar. Cuando la experiencia suceda, uno dejará de sentir que “la provocó”. Es como que ella “vino hacia uno” o se hizo sola. Tal es el cambio que produce.

Podría también pensarse que una vez que uno “cayó” es como un pozo del que no se sale. Uno querría que fuera así, pero no: se podría alegorizar el tránsito como pasar por una puerta batiente a otro lado. Porque de ese lado, en cualquier momento, puedo ser devuelto de mil maneras (en realidad, de una sola: por un “pase” de mi pensamiento que me reintegra a la inercia habitual).

También puede uno buscar inspiración en las lecturas clásicas en la materia, sea en textos de sabiduría de distintos tipos y culturas o en los de enseñanza espiritual. Los ámbitos espirituales resuenan en uno y desde ese “eco” se puede empezar a reconocer aquello que me anima.

Lo humano se ve como un diapasón enterrado: se piensa que para vibrar necesita un shock externo que sacuda la tierra que lo cubre. Pero como no es tierra lo que cubre lo humano, también puede vibrar por resonancia. Esta alegoría nos da una idea remota de lo que en realidad es una materia como gaseosa: el eco profundo que imagino puede darse en mí es más bien una concomitancia extendida que invita a unir ese ser disperso.

### **Otra dimensión de la misma realidad**

Podría acudir a la autoridad de los cuánticos para “demostrar” la verdad de mis afirmaciones. Pero sé que no sirven. Son razones inútiles y no interesa argumentar sobre el punto.

La verdad, la auténtica, la “aletheia” de los griegos, es la evidencia, la patencia de lo que se vive, una revelación o des-velación, des-cubrimiento.

Y eso es experiencia.

De modo que no cabe la discusión. En todo caso, cabe invitar a atreverse. Del mismo modo que para un pequeñín el mundo cambia cuando se lanza a dar sus primeros pasos, o ya niño sale solo a hacer su primer mandado, o cuando comienza a moverse solo por su ciudad (y así podría seguir enunciando cada momento irreversible de cambio en la vida), de ese modo se da el acceso al mundo del espíritu.

Solo que no es posible hacer algo externo: no se trata de mover el cuerpo.

El problema de lo espiritual no es, entonces, el de su utilidad. Pretender convencer a alguien de las bondades del espíritu es injusto para ambos. El espíritu no es algo bueno de adquirir. Tampoco malo.

Es simple: *lo espiritual es otra dimensión de la experiencia*. La que corresponde al ser humano para su desarrollo pleno, ese que conduce hacia la felicidad.

Planteadas así las cosas, parecería que hay que ocuparse de explicar la experiencia. A mi modo de ver, es lo que no hay que hacer. ¿Puede uno explicar los colores a un ciego de nacimiento?

De modo que voy a tratar de “volar bajito” y circunscribirme a mi experiencia. Me limitaré a revisar mi situación existencial. El punto de partida de cada mañana al despertar, las circunstancias en que me encuentro: la experiencia cotidiana y todo lo que la compone. Porque ése es el ámbito en que tendré que conocerme.

Haré un repaso somero de las circunstancias de mi experiencia y lo que habitualmente se cree de ella porque son esas creencias las que velan lo espiritual. Pero solo desde ella puedo acceder a otra dimensión. Porque desde ella parto y a ella vuelvo.

Desde antiguo lo psicológico estuvo ligado a lo espiritual. Estaba subsumido en la esfera de lo divino, dado que el alma era parte de ésto. La Psicología echó luz sobre la penumbra interna y el alma quedó esfumada, reducida a la idea globalizadora del conjunto de los mecanismos internos, deslucida, desplazada de la centralidad teórica que tuvo para la escolástica. Y fue desapareciendo, reemplazada por el término griego que la designa: psique o psiquis. Y con ella se fue esfumando aquello de lo que formaba parte: Dios.

Concomitante con el desplazamiento de la divinidad en el imaginario colectivo, la problemática psicológica, los conflictos del yo fueron ocupando su lugar. Más concretos, más palpables para lo cotidiano del ser humano, pasaron a ser el objeto de ocupación por la relevancia cada vez mayor de la patología mental en la sociedad actual. Desaparece Dios y aparece la neurosis. ¿Tendrán alguna relación? Paralelamente, los demonios son sustituidos por las enfermedades mentales.

Lo cierto es que entre el “ruido” que puede encontrarse descripto en los textos y que se puede relevar en los consultorios, los problemas clínicos resultan semejantes a las dificultades, tentaciones y obstáculos que los místicos documentan en sus escritos.

Será necesario despejar entonces ese ruido por lo que me ocuparé de esa zona que en otro tiempo perteneciera a lo espiritual, para luego ocuparme con lo que queda como residuo que le es propio: la cuestión del sentido. Para ello describiré su mecánica e intentaré graficar mi vivencia.

Para todo esto trataré de no alejarme más de lo necesario del punto de vista de la experiencia, de atenerme a lo que es verificable en la experiencia de cualquier otro ser humano. Así, quizás pueda orientar la atención hacia esa zona residual, aparentemente alejada de nuestra vida cotidiana. Algo así como hacer el vacío de aquello que ocupa mi conciencia todo el tiempo: el mundo. Cosa que no puede ser de otra manera ya que no sólo pertenecemos a él, sino que somos el mundo.

Paso, entonces, al ámbito mayor que me contiene y que por destino me corresponde: la sociedad.

## 1. LA CONDICIÓN BÁSICA DE LA EXPERIENCIA: LO SOCIAL

### Una actitud integradora

En materia de espiritualidad, lo clásico es que si se habla de lo espiritual, se desatienda el mundo. O, desde un punto de vista místico, se lo considere como el obstáculo con que se tropieza a cada paso en la senda espiritual. Desde un punto de vista más moderno, se lo puede considerar como el punto de aplicación de nuestra actividad, como la ocasión de nuestro perfeccionamiento.

Más cerca de esta última concepción y acorde con el planteo de Silo<sup>4</sup>, tomaré al mundo como el medio que nos constituye y al que está destinada nuestra energía.

De modo que haré una revisión somera de esto que llamamos “mundo”.

### La realidad social de lo histórico

La historia humana se me presenta a través de imágenes de acontecimientos, de determinados momentos, de sucesos que aparecen aislados en una sucesión: eso que llamamos Historia.

Uno no se detiene a pensar que en cualquiera de esos momentos –y en todos, o sea, siempre– hubo una cotidianeidad vivida monótonamente por una masa de gente sumida en el anonimato. Esa masa que “alimentó” los grandes procesos históricos son las multitudes que suelen aparecer en la instantánea del momento en que esa monotonía se rompió, produciéndose el hecho histórico.

Tal como fue entonces, es ahora. La sociedad a la que pertenezco se mantiene y se reproduce a sí misma en esa cotidianeidad a la que el tiempo social impone sus ciclos y ritmos, coordinando los tiempos individuales y grupales que incluye.

Vida humana y temporalidad son una misma cosa. Sociedad e historia son dos aspectos del mismo fenómeno: el devenir de la multiplicidad de los individuos que integramos la Humanidad<sup>5</sup>.

De esa cotidianeidad participamos todos los seres humanos, los que “hacen Historia” y los que permanecemos en el anonimato. Esa uniformidad cotidiana convierte al individuo en una masa anónima. Pero esa masa es la misma Humanidad como actora de miles de gestos, de acciones, de conductas repetidas millones de veces, simultánea y sucesivamente. Conductas que todos actuamos, con las diferencias que imponen las modas, los estilos, las culturas.

Esas conductas cotidianas parecen intrascendentes porque no parece que por ellas hayan caído reyes, ni se ganaran o perdieran batallas. Pero sobre esa cotidianeidad sí se levantaron, mantuvieron y desintegraron civilizaciones.

Es la repetición de esas conductas a lo largo y lo ancho del espacio social lo que configura la trama sobre la que se dibuja el hecho histórico. Esas conductas cobran relevancia porque de ellas dependió la evolución de la especie. De esas acciones que escapan a la vista de los historiadores, también participaron los “grandes” protagonistas de la historia porque era la atmósfera cultural que nutría a todos los que compartieron la misma época.

---

4 “...así como constituyo al mundo social por comprensión de intenciones, soy constituido por él.”, *Cartas a mis amigos*, carta IV, 2. Los conceptos que sustentan lo que se expone en este capítulo están expuestos en esta Carta y en *El paisaje humano* (en *Humanizar la Tierra, Obras Completas, T. I*).

5 “La constitución social es tan histórica como la vida humana, es configurante de la vida humana.” Silo, *Cartas...*, IV, 5. Cornelius Castoriadis planteó expresamente a nivel teórico, la unidad de los campos social e histórico (*La institución imaginaria de la sociedad*, Ed. Anagrama).

En esas “pequeñeces” sin importancia aparente están integradas las vivencias, las emociones que son el motor de la sociedad, organizadas por las actitudes que matiza el conjunto social. Es más, la regularidad de esas pequeñeces, el conjunto de las interacciones entre individuos, repetidas, son las que dan consistencia al “ser” social. La repetición, que es reiteración en el devenir de la existencia, “fija” las conductas dándole concreción a la sociedad.

Esa repetición es posible por la temporalidad. Porque hay un tiempo social es posible la reiteración de las conductas individuales. Historia y sociedad no son más que dos aspectos de un mismo fenómeno.

### **La mundialización tecnológica**

Desde ya descarto el intento de dar una visión “objetiva” de la sociedad porque no existe un mirador desde el que pueda verla en perspectiva. La sociedad no es perceptible. La “visión” de la sociedad ha sido siempre una presentación medianamente ordenada de conceptos que pretenden fijar esa dinámica. Esos conceptos están fundados en inducciones hechas a partir de percepciones. De la observación reiterada de un hecho se saca conclusiones acerca de él, se lo conceptualiza. Además, parte de ese proceso de investigación es su medición, que se refleja en las estadísticas.

Desde una perspectiva histórica, las culturas pasadas aparecen como islotes sociales inmersos en una Naturaleza indómita que sometía lo humano con sus fuerzas incontrolables. Por contraste, los seres humanos de hoy, en abrumadora cantidad, forman conglomerados urbanos donde ya no miden sus fuerzas con la Naturaleza de modo individual y cotidiano sino que están medianamente a salvo de ella merced a todos los recursos que generó la tecnología.

El cuerpo humano actual no es, entonces, el mismo cuerpo de quien tiene que ganarse el sustento con su fuerza. Pero esta afirmación está referida a un concepto de actualidad que se define por un contexto intelectual. Esa visión del cuerpo es “actual” porque resulta de las concepciones producidas por las distintas disciplinas que aportan a su conocimiento, y considera la situación de ese “cuerpo” en las sociedades más “avanzadas”.

Esto de la “actualidad” de los fenómenos sociales es, entonces, muy relativa. El sector mayoritario de la población de nuestro planeta está todavía en esa situación de sometimiento a la naturaleza. Y el ser mayoría no impide que no se los considere formando parte de la “actualidad” cultural.

La mirada “objetiva”, esa que caracteriza al “pensador” paradigmático (un ejemplar que no existe) y se expresa a través de los medios de comunicación, considera la vida en esas condiciones como restos de primitivas culturas, ya superadas por la civilización urbana. Mejor dicho, por las poblaciones urbanizadas.

Sin embargo, esos vastos sectores de la humanidad ya no permanecen ajenos a la cultura urbana porque hasta ellos llega la acción de los medios tecnológicos. Y en ese contexto, la cultura urbana se presenta como lo más avanzado del proceso humano.

Por ende, no puedo decir que la conciencia humana de estos días esté sometida a los padecimientos de un cuerpo limitado por el medio ambiente. En términos relativos, existen los medios suficientes para que goce de autonomía respecto de la inclemente y azarosa naturaleza.

El ser humano urbanizado se encuentra sumergido en un medio casi excluyentemente humano, donde lo natural es algo no cotidiano. Y aún para quienes viven en un medio natural, la extensión de los medios de comunicación les permite integrarse a la dinámica de la sociedad actual.

El desarrollo científico y tecnológico disparó el crecimiento demográfico, sentando las condiciones que llevaron a las distintas culturas que pueblan el planeta a la generación de un tejido cada vez más estrecho. Hoy, la actividad de la Humanidad no está sometida a la

discontinuidad que impone la geografía. Lo espacial ya no impone impedimentos a la temporalidad compartida de las distintas culturas que van orientándose hacia un proceso mundial donde comienza a haber simultaneidad de respuestas entre distintas culturas.

El desarrollo de las comunicaciones creó una dimensión donde la información vive por sí misma, con independencia de las conciencias que la generan, reciben y reproducen. Internet es la concreción de esa dimensión, dando un lugar externo a lo virtual que antes solo ocupaba la mente humana.

En realidad este medio virtual no es externo. Lo que se da como externo es el monitor en que se me presenta. Lo virtual en sí genera el curioso fenómeno de una suerte de identidad entre sus contenidos virtuales y los que se presentan en mis representaciones internas.

Ahora bien, el medio virtual que soportan las computadoras y el medio imaginario en que vivo parecen pertenecer a la misma “naturaleza”.

La Humanidad, día a día, va progresando en la construcción de una sola sociedad, integrada por distintas culturas interconectadas en una dinámica creciente de sincretización: las ideas, los bienes (y las costumbres que implican) y entre éstos, los íconos colectivos, circulan casi sin freno alguno y son reciclados en cada contexto cultural, que es modificado por ellos a su vez, en una dinámica integradora que va cambiando la misma imagen que el ser humano tiene de sí mismo.

### **La autoinstitución de la sociedad**

Este proceso de mundialización creciente avanza a pasos acelerados derribando sin clemencia las barreras imaginarias que separaron las culturas. Estamos viviendo un proceso de integración de las diferencias que, al mismo tiempo, se ven afirmadas como tales dentro de una nueva visión de la Humanidad, preparando el camino para el advenimiento de una nación universal.

El fenómeno de intercomunicación generalizada está preparando el terreno para un nuevo nivel de organización, aquello que Teilhard de Chardin denominó “noosfera”, la esfera del espíritu que sucederá a las esferas mineral y de la vida, (geosfera y biosfera, respectivamente). En el otro extremo ideológico, pero de modo afín, Cornelius Castoriadis concibió la dinámica de la sociedad como autoinstituyente, dentro del contexto mayor del Universo. Según él, lo social se apoya en estratos organizativos previos que le sirven de soporte (lo mineral y lo animal). Además, concibió una “fuerza formadora” que es el origen constante de esa autoinstitución (la llama “vis formandi”), materializada en la imaginación radical, en el flujo constante y variable de imágenes que constituyen las vivencias y crean la realidad. Si bien Castoriadis no lo explicita, dentro del marco de la Física moderna su visión puede ser conectada con la dimensión cuántica de las fuerzas subatómicas y desde lo macro, con fenómenos como la radiación de fondo y las corrientes energéticas que recorren la galaxia en particular y el universo, en general.

La Humanidad se autoinstituye a sí misma como sociedad ejerciendo una potencia creadora que la distingue y caracteriza en el contexto del Universo conocido. Y esa actividad instituyente se ejerce a través de la dinámica constante de la imaginación radical. Ésta actúa a través de cada individuo, reproduciendo y recreando a cada instante las representaciones de la realidad a partir de los modelos imaginarios sociales que vertebran el imaginario colectivo y preforman los imaginarios individuales.

El ser humano es en situación, como enuncia Heidegger con su caracterización del Da-Sein (ser-ahí) que Ortega y Gasset simplificó con su conocida fórmula existencial: “yo soy yo y mi circunstancia”.

Hoy más que nunca, lo humano es parte de algo que lo constituye (a través de la socialización), lo contiene y sirve de marco constante para su desarrollo, o para su

cristalización en una mera función biológico-organizativa individual, según sea su elección de vida.

Desde este punto de vista, “la sociedad” podría ser concebida como un factor impeditivo para el desarrollo humano en tanto podría parecer que a “ella” solo le interesa su autoconservación. Su exigencia de conductas adaptadas, de regularizar la conducta individual para mantener su propia consistencia, podría ser tomada como un factor inercial, por propia naturaleza opuesto al cambio.

Pero éste no transita por la sociedad sino por su momento creativo o reproductivo: la imaginación radical que actúa a través de cada individuo. De modo que el cambio o la conservación dependen del libre albedrío.

En todo caso *la sociedad es el vehículo de la Vida* en el nivel evolutivo de organización que me corresponde.

### **La visión teórica del individuo frente a la realidad múltiple y diversa**

Todo esto está visto desde afuera, como dice Silo, “desde una mirada externa”<sup>6</sup>. Ese fue el punto de vista del pensamiento clásico desde la Antigüedad más remota.

Esta visión que enuncié recién ha sido un gráfico sintético de la Evolución, punto de partida elemental para mi indagación, porque la realidad indica que no estoy solo. Ni en el espacio ni en el tiempo. Puedo sentirme “solo frente al mundo” y, concomitantemente, sentir a los otros seres humanos como formando parte del mundo que me enfrenta. Pero lo cierto es que ellos son la constante compañía que tengo desde que me incorporo a este estado transitorio que es la vida humana.

Transitorio porque *nuestra situación vital es transitar*. La vida es un constante cambio de un estado a otro, de una situación a otra. Quizás, como afirman las grandes tradiciones, también sea un tránsito de un estadio a otro, “sobrenaturales”, metafísicos o trascendentales, pero eso es cuestión de experiencia.

Habitualmente se tiende a pensar el ser humano como individuo por estar separado (no por indiviso) aún cuando se destaque su característica de persona, de ser en relación con otros.

Sin embargo, la realidad “objetiva” indica lo contrario. Si pudiera ver este planeta (¿acaso hay otra realidad primera para comenzar mi indagación?) lo encontraría poblado por variadas formas de vida con una miríada de ejemplares individuales que la manifiestan. Entre esas variadas formas de vida están los seres humanos. Con la imaginación puedo abstraer al resto y quedarme solo con los humanos. Ahora, si quiero estudiar lo humano ¿podría elegir a alguno de esos ejemplares y desechar a los demás? La evidencia golpea fuerte: *somos muchos y muy distintos*. Estoy rodeado de otros que son distintos de mí y distintos entre sí.

Es evidente que *lo humano es múltiple y diverso*.

Los investigadores clásicos elaboraron su concepción de lo humano focalizando su visión en la imagen de *un* individuo. Así, al leer sus explicaciones pierdo de vista que ese “ejemplar” en estudio no está dado solo, que desde siempre fueron muchos los seres humanos. Por eso se habló del “espíritu gregario”, de la tendencia a vivir con otros que tiene el “hombre” (utilizo el mismo término epocal). Sin embargo, lo que se verifica histórica y perceptualmente, es que la realidad de la humanidad se da en grupos y se desarrolla en grupos. No es que “el hombre” tienda a juntarse con otros. Es que los humanos nacemos unos de otros, y crecemos y vivimos en el seno de uno o varios grupos.

De modo que *la realidad primaria es social*.

*La realidad no es mía: es nuestra realidad*.

---

<sup>6</sup> *El paisaje humano, cap. II, 2 y stes, Obras Completas, v. I.*



La matriz que imprimieron las teorías clásicas hace que confunda eso que concibo (que es abstracto) con lo que percibo (que es concreto). Las realidades que percibo son escorzadas, parciales. Completo lo que veo con lo que sé. Lo que no aparece en mi percepción es presentado por las representaciones que actualizan la información que tengo de esa realidad que percibo. A partir de esa “visión” se habla de “la sociedad” como “asociación” o conglomerado de individuos.

Sin embargo, lo real e histórico es que ese “conglomerado” preexiste a los individuos que lo reproducen. De modo que, más que un conglomerado, es un conjunto del que los individuos formamos parte.

La multiplicidad de congéneres (y su consecuente diversidad) caracteriza mi medio social, tanto el inmediato como el mediato. En ese medio puedo distinguir actividades y relaciones entre los integrantes de esa multiplicidad. Puedo agrupar eso que veo y decir que hay franjas de actividad (laboral, familiar, deportiva, etc.) y tipos de relaciones (jerárquicas, afectivas, etc.).

Según sea lo que Silo llama mi paisaje de formación<sup>7</sup>, mi visión del mundo y mis intereses, puedo concebir distintos mundos o distintos aspectos de la sociedad. Y de la sociedad se puede hoy decir muchas cosas, distintas entre sí.

### **El paraíso tecnológico**

Desde un punto de vista, alguien podrá hablar de la sociedad de hoy como un “paraíso” tecnológico, dado que lo tecnológico ya no se presenta dentro de un contexto natural como sucedió durante el siglo XIX. El contexto que envuelve al paisaje humano de hoy es el resultado de la tecnología, mediatizando (cuando no erradicó) lo natural.

Ya no tiene sentido seguir hablando de “adelantos”, “logros” ni “conquistas” tecnológicas. La tecnología ha generado un nuevo tipo de mundo que se advierte con mayor fuerza en los centros urbanos pero alcanza a todos los rincones del planeta. En los centros urbanos lo tecnológico soporta lo humano en sus más variadas manifestaciones. Aunque las comunidades rurales estén rodeadas por un medio natural, su integración a ese ámbito mayor que es la sociedad está dada por la tecnología.

En ese paraíso que me presenta esta visión ya no es necesario moverse de la casa para trabajar, procurarse alimentos o vestido; para informarse, estudiar o divertirse; para comunicarse y percibir a quienes están a grandes distancias de uno. Prácticamente la gran mayoría de las tareas cotidianas están asistidas por máquinas, cuando no han suplantado a los seres humanos. No me doy cuenta pero estoy lleno de prótesis técnicas por todos lados: para ver, para escribir, para moverme, para limpiar, para asearme. Ya casi no hay actividad que desarrolle que no tenga una prótesis adaptada para facilitarla. ¿Es esto cierto? ¿Y cómo no? si lo puedo ver en la TV, los diarios, revistas, videos. ¿Quién puede discutir esa evidencia?

### **La “utopía” de mercado**

Desde un punto de vista no muy lejano a éste, podría decirse que la sociedad actual es un paradigma de organización. La gran mayoría de las actividades están organizadas en forma institucional o empresaria, dependiendo de las culturas de que se trate. Pero la organización empresaria es la que más ha avanzado en la coordinación de actividades para la producción de bienes y servicios y la provisión de puestos de trabajo, todo al servicio del bienestar y el progreso social (supuestamente).

---

<sup>7</sup> Idem , *cap. IV, 31; Cartas a mis amigos, idem, Segunda carta, 2.*

Bajo la forma de las multinacionales, las empresas han generado hoy una red planetaria que coadyuva a la intercomunicación, el intercambio y la generalización del progreso en todas las latitudes. Las “bondades” de la economía de mercado se manifiestan paradigmáticamente en la globalización de los mercados que permiten interconectar continentes y culturas distantes en pro de intereses comunes. ¿Acaso no hay empresas que tienen su administración en un país y las unidades de producción en países alejados a los que han llevado tecnología y trabajo? Estos paisajes afines a la literatura futurista de los ideólogos de la economía de mercado pueden sustentar su veracidad en una miríada de documentación gráfica, filmada y escrita, estadísticas publicadas en revistas, libros y papers universitarios que no permiten la desmentida.

### **Las multitudes y el imperio**

Por debajo de esta franja de la realidad ampliamente difundida por los medios, se dan corrientes subterráneas de tráfico demográfico entre los continentes. Con su promesa de bienestar, los países desarrollados son un factor de atracción para millones de habitantes de los países periféricos. Así, provocan un flujo migratorio constante con el que se cubren puestos de trabajo pero también se importa miseria. De este modo, como un apartheid sutil, ha surgido la exclusión como fenómeno social y las multitudes como nuevos agentes sociológicos (no sociales), ya que surgieron a la existencia en la visión de intelectuales europeos que buscaron nuevas formas conceptuales para viejas realidades.

La división de clases trocó en exclusión; el proletariado pasó a ser multitud. Nuevas etiquetas para fenómenos de siempre. Es otro punto de vista para concebir –so color de percepción- la marginación social.

La miseria, un fenómeno que parecía haber sido erradicado del imaginario en boga durante del siglo XX, volvió a instalarse. ¿Acaso se puede discutir esta realidad? ¿O no son reales los balseros africanos, los trabajadores turcos, la inmigración árabe, en Europa? O los balseros cubanos, los homeless y las “zonas de combate” en los EEUU. O los piqueteros y los cartoneros en la Argentina. Y los okupas de todo el mundo.

Se podrá estar de acuerdo o no, pero esta es otra visión de la sociedad actual.

### **Una cuestión de modelos**

¿A qué vienen estas consideraciones que para algunos podría ser “politizadas”?

En la actualidad la realidad es urbana para la gran parte de la Humanidad. En especial, para quienes vivimos en la “vanguardia” de los cambios: las grandes urbes. Y la extensión de las comunicaciones ya lleva esa realidad y sus productos a todos los rincones. De modo que la cultura urbana se ha difundido por el planeta.

La información está en todos lados. Esa información no es un mero dato. Principalmente, está codificada en forma de imágenes de la realidad urbana que se transmiten como se intercambian en la comunicación cara a cara. Son impresiones sobre la realidad que, en algunos casos y gracias al medio que se use pueden parecer un asomarse a la misma realidad. Que a veces, es radicalmente ajena a la propia.

El ser humano mira y piensa: toma datos de lo que lo rodea, los procesa y los aplica en una nueva mirada que guía la acción. Ese pensamiento que crea la realidad que se vive está configurado por la percepción. Trabaja con representaciones del mundo. Con imágenes. Y además de las imágenes que representan el medio inmediato, las situaciones que vivo, hay modelos. Éstos ya no son tan perceptuales. Son abstractos, ideas de cómo tienen que ser las cosas.

Esto quise sintetizar arriba: las grandes líneas de modelos sociales hoy vigentes. Los modelos

de la satisfacción por un lado y los de la transformación social, por otro. Solo que ambos participan de *una creencia básica: el mundo está ahí. Y yo estoy aquí*. Como consecuencia de ello, vivo las cosas como que *“el mundo me hace”*. Dentro de este contexto, la sociedad no es más que la idea que me puedo hacer de ella a través de mi formación y de la información que pueda conseguir. De modo que de todo tengo imágenes, representaciones que orientan mi conducta. Mi mundo, la realidad, es paisaje y, principalmente, paisaje humano. Y ese paisaje es mi mirada. Uno y otra forman una estructura<sup>8</sup>.

### **La sociedad organiza el tiempo**

¿Qué es, entonces, la sociedad? ¿Una trama empresaria que sustenta un paraíso tecnológico o un conglomerado urbano industrial que expulsa más seres humanos que los que incorpora? Para un empleado de una multinacional y para un progresista (moderna etiqueta del socialista de hace unas décadas), está clara la cosa. Pero ¿qué es la sociedad a la que tantos males se atribuye? que cada día provoca tantas quejas. Sea porque no me permite disfrutar los bienes que he conseguido o porque me agobia con la necesidad de llegar a fin de mes, con la dificultad para cubrir las necesidades básicas, desde comer y dar de comer a mi familia hasta comprarse una casa, un auto o terminar los estudios, según la posición que uno ocupe. La sociedad se presenta como aquello que se interpone entre mis sueños y su concreción, cualesquiera que sean. Parece entorpecer la marcha, me hace perder tiempo.

Perder tiempo. Ganar tiempo. Robar tiempo. Sea un atasco de tránsito que interrumpe el paso o la carga horaria de la diaria labor, *la sociedad me quita tiempo*.

En sus distintas funciones, “los otros” se presentan a mi percepción como un ente multiforme. De ésto tengo una percepción sesgada según sean las relaciones en que esté con aquéllos. Así, *esa aparente realidad a la que se llama sociedad, organiza mi tiempo*. O maneja mi tiempo, según como se lo quiera ver.

*La sociedad es ese conjunto de seres humanos al que pertenezco porque en él me siento inmerso*. Más acá de todas las visiones que pueda tener, por ella, de ella, con ella y para ella vivo. Debajo de todas las etiquetas o las historias que se quiera contar sobre la sociedad, está la organización del tiempo.

De una manera u otra, entro en contradicción con “la sociedad” porque me demanda, me obliga, me somete bajo algunos de sus aspectos. ¿Cómo? tomando, pidiendo, exigiendo o robando mi tiempo.

*Y tiempo es lo único que tengo*.

Por más que el tiempo sea lo único a lo que se puede reducir la vida desde un punto de vista conceptual, esa idea no sirve más que para pensarla un rato y considerarla como una idea interesante. Porque lo que vivo de la sociedad no es eso.

### **La percepción cotidiana de la sociedad**

Lo que puedo percibir cada día es el grupo familiar con el que convivo, los amigos, las personas con que me relaciono para ganarme el sustento (o para ver cómo, en el caso de los desocupados).

En suma, *lo que percibo de la sociedad son las personas con las que comparto mi vida*. Sin embargo, eso no me da la vivencia de estar en sociedad. Quizás lo que más se aproxime a eso podrían ser los esporádicos (para la mayoría) contactos con las instituciones como la policía,

---

<sup>8</sup> Idem, cap. I.

los tribunales, los distintos organismos de la administración pública. A través de esos conjuntos humanos generalmente ubicados en edificios especiales, diferenciados del resto, puedo vivir la presencia de esa totalidad que me abarca y rige mi destino.

He hablado de la sociedad como si fuera algo concreto: como el planeta que puedo ver en fotos, como las personas, los animales o las plantas. Imagino la sociedad como un individuo único, separado, y puedo concebirla así, como si fuera la percepción que tengo, por caso, de un bosque. La sociedad parece ser como un bosque, pero de personas. (¿Acaso no se habla de los “jardines” de infantes, de los institutos de formación como “semilleros”?)

Sin embargo, *no percibo la sociedad. Su realidad es paradójica: es una pero múltiple y tan diversa como puedan ser las miradas que la configuran.* Esa unidad que se puede concebir en la noción de sociedad, escapa a las posibilidades de la percepción. Es abstracta.

Pero esa unidad sirve de soporte conceptual para que pueda concebir la sociedad por analogía con el cuerpo. Así, la noción de cuerpo social remite al del individuo y, con ese modo analógico de concebir, se desplazan a lo social los atributos del individuo.

De este modo, la “voluntad” que se atribuye a la sociedad no es abstracta, como ésta, sino imaginaria.

Si se toma cualquiera de los conceptos de sociedad que circulan en los libros y se lo coteja con mi realidad cotidiana, se deshace entre los dedos. En esos términos aparentemente teóricos, la sociedad no existe. No la puedo tener ante mi mirada. Sólo puedo concebirla, imaginarla.

Entonces, *de la sociedad solo tengo una visión.*

### **Somos un paisaje humano**

Desde mi nacimiento soy objeto de las miradas de los otros. Lo que los sociólogos llaman “socialización” es un proceso que está basado más en la comunicación gestual, en las miradas, que en lo verbal. Aprendo imitando a mis mayores y mi cuerpo se amolda a las exigencias del medio en que crezco. Con sus miradas ese medio me reclama compostura. Me impone determinados modos y gestos, que representan actitudes y se traducen en tensiones permanentes de mi cuerpo. Así, mi medio domina mi postura y desde ella mi movilidad, mi libertad. De ese modo, el medio me moldea a semejanza de sus expectativas.

Planteado en esos términos, siento que *el mundo me hace cosas*: me somete, me traba, me domina, se me impone.

El mundo me hace cosas.

Estoy inmerso en un paisaje humano<sup>9</sup> que me modifica y recreo a cada instante. Soy esa recreación.

Esa recreación me trasciende en tanto se origina en ese paisaje humano, quienes me rodean o quienes influyen en mí a la distancia. Y también porque está dirigida a ese paisaje humano que se presenta como futuro. Una vez cumplido, ese futuro se convierte en huella, como pasado.

Ese paisaje humano es eso: paisaje. Es una visión de la realidad que varía según el punto de vista en que me emplace para considerarla, y según el momento en que lo hago. Eso que veo es un paisaje compuesto por conductas de otros seres humanos.

Quienes me rodean hacen cosas que me tienen por destinatario de manera explícita, e incluyo las omisiones como acciones. Pero también puedo serlo de manera implícita, porque las cosas que creo me deben o tendrían que hacer para mí, son tanto o más relevantes a veces que las que efectivamente me hacen.

---

<sup>9</sup> Idem, II,5 y IV.

Destaco ésto: lo que creo, lo que pienso..., *soy una visión que se concreta a través de la acción*. Detrás de cada acción hay una visión.

La sociedad me nutre, metabolizo su energía y se la devuelvo convertida en acción. Cuando ese objetivo se cumple, restablezco el equilibrio.

Desde otro punto de vista: concibo el mundo, lo veo de una manera y oriento mi acción a plasmar esa visión. Cuando ese objetivo se cumple, la situación metaboliza mi acción con las condiciones que impone y termina modificando mi visión.

*Soy lo que veo. Y lo que veo, siempre es mundo.*

Sea porque lo fue o porque podría serlo<sup>10</sup>

## **El proceso actual de desestructuración**

En estos tiempos que corren todo se está acelerando. Esta aceleración deriva del uso masivo de la tecnología que produjo el acortamiento de los tiempos. La automatización de las tareas y la facilidad en las comunicaciones han acelerado los procesos de las actividades a un punto tal que somos sus creadores los que hemos quedado cortos para esos procesos. Parece que nuestro invento nos supera.

Esta aceleración ha provocado un estado de crisis constante. Los modelos institucionales de organización del tiempo que todavía rigen, fueron pensados para un mundo en el que había una relación inmediata con la Naturaleza, donde los ciclos naturales se imponían.

Esta vorágine en la que me veo envuelto (o por la que me siento arrastrado) es la sociedad actual: un inmenso sujeto histórico que está en proceso acelerado y cada vez más independiente de la Naturaleza. Me lleva consigo sin que consiga vislumbrar adónde, desde este reducido mirador que es mi situación cotidiana.

Las propuestas clásicas de autoconocimiento consideran que uno es una figura cambiante que se recorta sobre un fondo estable. El medio en que me desenvuelvo es ese fondo estable. Pero el proceso actual de desestructuración social está poniendo condiciones originales. Nuestra situación vital se encuentra sujeta a los cambios que se están operando en el medio. Ya no se trata de una estructura social estable a la que me incorporo con una conducta ajustada a patrones conductuales predeterminados. Las situaciones básicas de la vida social están en un proceso de desestructuración y no me sirven los patrones de conducta que incorporé.

El sujeto de la Historia (¿podría ser el verdadero sujeto viviente?) es la sociedad.

Las transformaciones que se están dando son sociales, lo que implica un fenómeno mucho más complejo que los cambios que puedan darse en el sistema vital de un individuo. Se trata de cambios en la trama de las relaciones, en las instituciones y, por supuesto, en las creencias que los soportan.

La visión de sociedad que todavía rige fue consagrada por el sociologismo mediático, acuñada en ese momento de bienestar alegorizado por el “sueño americano”. En las décadas de los cincuenta, sesenta y hasta principios de los setenta (del siglo XX) un joven se incorporaba a la vida laboral con un empleo que se esperaba podía durarle toda la vida, a menos que quisiera cambiarlo (porque ese modelo idealizado lo permitía). En estos días, la desocupación está incluida en el horizonte vital de la mayoría porque un amplio sector de la población se va incorporando progresivamente a ese estado. Hoy los empleos no son seguros (ni siquiera los del Estado).

Otro caso, hace veinte años los jóvenes consideraban el matrimonio como un proyecto para

---

<sup>10</sup> La visión, en tanto ver, siempre es actual. Pero lo visto, en tanto “lo que aparece” en el ver, nunca es actual. Porque lo que veo, ya fue. Cuando llega a mis ojos la luz que me trae la información de lo que me rodea, lo que veo ya fue.

toda la vida. Hoy, el divorcio es una alternativa instalada.

Es en este marco de movilidad de la trama social que me tengo que plantear el autoconocimiento. El qué, porqué y para qué del conocerse a sí mismo.

Y no es ésta una condición intelectual o lógica. Arriba dije que la sociedad me roba lo único que tengo: el tiempo. Desde otro ángulo, frustra mis sueños, no me da el tiempo que creo necesario para concretarlos. Ese robo es actuado por las instituciones, ya sea la exigencia laboral o la del medio familiar; por entidades sociales o personas concretas. Quienes toman nuestro tiempo son, desde mi vivencia, seres humanos que están afuera de mí y se oponen a lo que quiero.

## **El cuerpo organiza la sociedad**

De modo que, en esto que se llama sociedad, encuentro:

- 1) desde un punto de vista perceptual, sólo cuerpos humanos;
- 2) desde un punto de vista organizativo, pautas de coordinación de las actividades sociales cuyo objeto, básicamente, son la reproducción y formación nuevos individuos, y la obtención de recursos para la conservación de la vida.

De esto podemos sacar algunas consecuencias.

*Los cuerpos imponen sus necesidades básicas:* alimentarse, reproducirse, conservarse. La alimentación y la conservación determinaron las actividades productivas y de servicios (instituciones incluídas) que constituyen la trama económica de la sociedad. La reproducción ha dado lugar a la organización básica de las relaciones personales en torno a la familia.

En lo que hace a la organización del tiempo, hasta hace poco (en términos históricos) los ciclos naturales se imponían de manera determinante sobre las actividades sociales. Hoy determinan primariamente las actividades de explotación de recursos naturales y la moda. Pero no hay que olvidar que la naturaleza se hace presente en los ciclos corporales.

Para servir a las necesidades del cuerpo humano, la sociedad ha ido organizando actividades que se fueron plasmando en instituciones sociales. En los orígenes, la familia fue la primera institución, la primera coordinación de conductas en torno a la reproducción y la supervivencia del grupo familiar. Era una unidad socio-económica: crianza y producción eran actividades integradas por los mismos protagonistas. Las especializaciones desarrolladas por las distintas actividades generaron una mayor complejidad en la organización social instituyendo una actividad de coordinación global, la política. La familia fue quedando cada vez más relegada al delegarse el poder que en sus orígenes detentaba el pater familias. Hoy, la familia es el “pilar” de la sociedad solo en el discurso de los factores de poder.

En el caso de la antigua familia romana, aquella situación básica y totalizadora de la familia imponía tres roles básicos desde el punto de vista institucional: padre (jefe), hijo (subordinado) y cliente (subordinados relativamente independientes que se sumaban al grupo sin tener vínculos de sangre). Mujeres y esclavos participaban de la misma situación de sumisión y privación consecuente de libertad aunque gozaran de diferentes status dentro del grupo. Amo y marido se confundían en un mismo rol. En ese ámbito las normas las imponía el paterfamilias aunque había tradiciones heredadas, costumbres, normas compartidas.

En ese contexto, los hábitos son el margen de libertad que le quedaba a la persona para desempeñar el rol que le imponía su status dentro del grupo. “Personna” era el nombre de la máscara que usaban los actores del teatro griego antiguo e implicaba también el rol que desempeñaban dentro del argumento social que se tratara. Porque, como en una obra teatral, las situaciones instituídas tenían guiones básicos que las estructuraban, o sea, argumentos.

Con el progresivo desmembramiento de las funciones sociales y su especialización, las situaciones se fueron diversificando. Algunas se formalizaron como instituciones jurídicas, otras como meras costumbres.

Cada situación impone un rol. En el caso del pater familias, además de padre -rol biológico- tenía un rol religioso, era el que llevaba a cabo los rituales; y un rol político, era el *cives* (ciudadano) que participaba del gobierno de la ciudad; un rol económico en tanto organizaba la producción en su villa; y un rol militar porque en los primeros tiempos de Roma el ejército se componía sólo de ciudadanos.

A partir de este marco conceptual abordaré el comportamiento humano.

¿Qué sentido tienen estas consideraciones sobre lo de afuera si lo que interesa es lo de adentro? Repito lo ya dicho: *lo social es la condición básica de mi experiencia*. Por esa elemental circunstancia, la condición social de mi existencia es eso mismo: una condición a la que hay que atender porque *el mundo es mi horizonte y referencia constante*.

Lo externo, el medio que me rodea, mi mundo, es el “fondo” contra el que “me hago figura”. Me da la ocasión de hacer y recuperar mi presencia en ese hacer: esa presencia es mi única manifestación “concreta”, lo que permite observarme y conocerme.

Además, aunque no resulte evidente desde el punto de vista de mi experiencia cotidiana, *somos el mundo*.

¿Cómo será eso?

## 2. LA ACTITUD BÁSICA: LA DEPENDENCIA DEL MUNDO

### Las exigencias del mundo

*Lo que me rodea es mi fuente de recursos*, por eso condiciona mi existencia de manera elemental: ahí está lo que necesito para vivir, crecer, desarrollarme. Pero no es una mera fuente de recursos que está allí, esperando que eche mano de lo que quiera.

No es un mundo pródigo como el de las películas de Hollywood, donde nadie paga, compra o trabaja si no es por necesidades del argumento y en la medida de los deseos de los protagonistas. Más bien es un mundo que escamotea lo que necesito o deseo. No sólo lo escamotea sino que exige que me ocupe para conseguirlo. Me pide dedicación, tiempo.

*El mundo impone que lo sirva*. No es un mundo a mi servicio. Así, aprendo a responder a las demandas del mundo. Aprendo a desplegar conductas, a actuar en el mundo obedeciendo sus exigencias, acatando sus leyes.

Este mundo no es abstracto, es bien concreto. Y sus demandas son, por lo general, imperativos insoslayables. Tengo que portarme bien, en términos generales, si quiero obtener lo que me ofrece. Además, se supone que es lo que anhelo. Eso significa que tengo que ir a la escuela, tengo que trabajar, tengo que formar una familia... tengo... tengo... tengo que.

Mi vida está regida por deberes que se oponen a los placeres. Estos consisten, básicamente, en divertirme y no esforzarme, si no es por gusto.

Se me reclama tener conciencia de los deberes porque se supone la tengo dispuesta a gozar o, mejor dicho, porque es grato perderla en los placeres. En el placer me sumerjo alegremente pero tengo resistencia para cumplir mis deberes.

Y en estos tiempos nuevos, para complicarme más la cosa, se mantiene la exigencia de una disposición para el deber mientras, por otro lado, se me niega el acceso a las condiciones básicas -educación y trabajo- que habilitarían el cumplimiento de lo que se me reclama.

Se me reclama todo esto porque la continuidad de la sociedad no puede pender del capricho individual. Un conjunto humano necesita la coordinación de las conductas de sus miembros para mantenerse unido, lo que implica correlación y en algunos casos, simultaneidad.. Ése es el sentido profundo de la moral, de la normativa elaborada por la costumbre, las “mores”, las reglas aceptadas, lo que se acostumbra o debe hacer, lo que se espera que se haga. Sobre todo ésto: la mirada social está atenta a que uno haga lo que se acostumbra, que es lo que se debe porque sirve a los intereses del conjunto (se supone).

*La sociedad depende del cumplimiento oportuno de las acciones de sus miembros*. Para eso es necesario organizar el tiempo individual a partir de las condiciones sociales y las que pone el medio natural con sus ciclos y ritmos.

Así se instituyeron las funciones sociales que luego se convirtieron en las “instituciones”. Con el tiempo, la especialización progresiva en las funciones llevó a la diferenciación multiplicativa. Las funciones de las instituciones se subdividieron en nuevas instituciones, los deberes<sup>11</sup> se fueron especificando y formalizando al punto de quedar dissociados del sentido

---

<sup>11</sup> Cabe destacar que el modelo de la pareja como núcleo fundador de la familia ha sido desplazado al ensueño de la pareja como objeto ideal para compensar la confusión emotiva y la inseguridad que está en su base. Así, al desencanto por la realidad desnuda que se presenta en la convivencia, le sigue la búsqueda en otra persona de eso mismo que ya no me da mi pareja. Por supuesto, la frustración sexual que sobreviene a la rutina cotidiana por la monotonía y el desinterés consecuente, juega un papel primordial y básico en este desencanto. Así, en lugar de abrir el juego y desintoxicar el ámbito liberando la espontaneidad del instinto, se busca otra persona a la que ser fiel con el placer del encantamiento amoroso. Así, la fidelidad, que fue pensada como reaseguro de la familia, le juega en contra al echar un cerrojo sobre la dinámica vital de los miembros de la pareja.



que tenían en el origen de la institución.

Tomemos por caso la familia, que ha pasado a ser un ensueño ligado al placer de manera inmediata más que un ámbito de reproducción y socialización deliberada. De ese modo el divorcio se ha convertido en la solución a la mano para el displacer que sobreviene con la etapa de instalación de la pareja y sus rutinas de trabajo, crianza, etc. Y el ámbito de crianza ha pasado a un segundo plano (con suerte, segundo).

Del mismo modo, así como Dios fue desplazado del imaginario colectivo, el dinero desplazó al sentido de servicio en la finalidad del trabajo y las funciones sociales, lo que torna más complejo el panorama de la sociedad actual.

### **Los hábitos y los roles**

Las costumbres determinan lo estable en la sociedad al fijar las conductas regulares, esto es, lo que hacemos todos. Las funciones sociales se cumplen a través de los roles que se juega en cada situación.

Los hábitos son las conductas repetitivas que uno juega como modalidad personal en el hacer las cosas que todos hacemos: hay quienes se bañan por la mañana, otros por la noche y quienes lo hacen algunas veces por semana o ninguna. Quienes se afeitan antes de bañarse, otros durante, otros después y quienes se dejan la barba. Quienes desayunan y quienes no; quienes comen algo y quienes sólo beben. Quienes toman alcohol, quienes no, quienes de vez en cuando. Son modalidades personales en franjas comunes de conducta.

Los roles son las conductas que uno despliega según la situación y porque ésta impone sus códigos. En tanto respuestas a una situación tienen que tener cierto grado de adaptación: uno puede tener conductas corporalmente afectuosas con sus amigos pero no con policías; puede estar dispuesto a las bromas y el chacoteo con sus amigos, pero no con sus jefes. Este contrapunto de polaridades da una idea de cómo codifica las conductas cada situación para una mejor adaptación.

Hábitos y roles son aspectos de la regularidad conductual que uno despliega en el mundo y forman una suerte de códigos de respuesta que economizan energía en la medida que no exigen que uno tenga que ponerse a pensar cómo responde ante la situación. Uno ya tiene la respuesta preparada y la dispara cuando entra en situación.

La variedad de roles indica ductilidad en la adaptación a distintas situaciones. O puede suceder que uno tenga roles fijados y ande con el mismo código de respuesta frente a varias situaciones.

Los hábitos, en cambio, en tanto códigos de respuesta que ahorran tiempo de deliberación frente a conductas que se repiten día tras día, son más personales y menos dependientes de la situación. Encarnan más bien, la modalidad que cada uno tiene de hacer las cosas que el modo de adaptarse a una situación, si bien cada uno tiene hábitos que pueden variar también según la situación.

El modo en que organizo mis respuestas situacionales es un indicador interesante de mi relación con el mundo y describir los roles suele echar bastante luz sobre mis inconvenientes de relación. Bueno será, entonces, que pregunte a otros cómo me ven en ese aspecto.

También será interesante revisar mis hábitos y atender a las necesidades que sirven.

Pero se puede dar un paso más en el análisis de mi conducta.

### **Las funciones internas**

Dije arriba que la primera evidencia que tengo de la sociedad son los cuerpos humanos a los que sirve primariamente. Las regularidades, las conductas repetidas ya sea por norma o costumbre, los roles y los hábitos, son abstracciones de lo que veo hacer a los cuerpos. Desde

afuera, desde una mirada teórica.

Pero considero al cuerpo desde adentro, ya es otra cosa. Se puede hacer abstracción de la circunstancia y ver lo que se vive desde adentro del cuerpo. Las funciones internas son abstracciones de lo que se puede recoger en la observación directa, fruto de la experiencia que muchos seres humanos describen como interna<sup>12</sup>.

Sin entrar en mayores detalles puedo observar mi comportamiento y discriminar en él varias funciones:

- 1) el pensamiento, todo lo que hago “con la cabeza”: imaginar, recordar, ensoñar, calcular o abstraer;
- 2) la emoción: mis sentimientos y estados de ánimo;
- 3) la motricidad: la postura y el movimiento corporal;
- 4) el funcionamiento vegetativo-sexual: todo lo que hace a la actividad de autorregulación biológica y la sexualidad.

El pensamiento y la motricidad son funciones voluntarias porque puedo decidir ponerlas en marcha o no.

La emoción participa en parte de características voluntarias y en parte involuntarias dado que si bien no puedo decidir al instante qué estado de ánimo quiero tener, sí puedo influir sobre ellos indirectamente. Y, claro está, puedo bloquear sus manifestaciones, como contener el llanto por caso.

En cambio, las funciones vegetativa y sexual son involuntarias. No las manejo: simplemente funcionan y, a veces, siento que me manejan. Al sexo puedo hacerle lugar o no, pero mi cuerpo seguirá sus mandatos y cambiará según ellos. Por su lado, la vegetativa funciona según sus necesidades.

Por supuesto que estas funciones no se presentan en estado puro sino en distintas proporciones según la situación y mi disponibilidad interna.

Entre las funciones voluntarias y las involuntarias hay una relación inversamente proporcional: para que el intelecto y la motricidad puedan funcionar necesitan el plus energético que produce la vegetativa y cuando ésta trabaja en recomposición (sueño o enfermedad), aquéllas se bloquean.

En cambio, entre emoción y vegetativa hay una conexión directa: cuando la emoción es buena, el estado vegetativo es alto, y cuando cae, también lo hace la vegetativa. A su vez, cuando algún órgano falla se oscurecen los estados de ánimo y cuando la vegetativa funciona equilibradamente los estados de ánimo tienden a ser positivos.

Atender a ellas me será útil también para examinar el grado de adaptación de mis respuestas ya que según la situación será más adecuado que unas funciones prevalezcan sobre otras.

Todo esto lo puedo comprobar en mi experiencia pero ¿cómo funciona uno?

## **El sistema de ideación**

Veo que los cuerpos humanos se desplazan de un lugar a otro, permanecen en unos lugares y en otros por distintos lapsos y hacen distintas cosas. Los cuerpos se sitúan y a esa circunstancia en que se emplaza el cuerpo la llamo “situación”. Según la situación veo distintos comportamientos, o similares según las semejanzas entre situaciones y a esas conductas regulares las llamo roles.

Y hasta ahí llevo mirando desde afuera: en distintos lugares veo cuerpos haciendo distintas cosas. Veo que en situaciones similares, por caso, esos cuerpos se meten cosas adentro, y lo

---

<sup>12</sup> La conceptualización que formulo respecto a lo psicológico sigue estrechamente el esquema dado por Silo en sus *Apuntes de Psicología, en especial, I, II, y III, O.C. T. II.*

llamo comer y puedo rastrear una serie de actividades concatenadas que se organizan en torno a ello.

En mi experiencia puedo discriminar que pienso todo el tiempo, que “algo” siempre tengo en la cabeza, que siempre siento algo aún cuando tenga gusto a indiferencia o neutralidad, y que tengo un cierto estado corporal que puedo discriminar entre sensaciones que me dan cuenta de cómo anda el cuerpo y otras que me informan del tono muscular, de su estado de tensión.

De todo tengo noticia a través del sentido interno (cenestésico/kinestésico) que me da la información correspondiente.

Puedo deslindar, entonces, un nivel de experiencia de pensamiento, emoción y tensiones que funcionan de manera integrada. Y un nivel de funcionamiento vegetativo que soporta y es influenciado por el primero.

Puedo simplificar la visión del estado interno como una estructura integrada por el pensamiento y el cuerpo, como se lo ha visto en la Psicología clásica, especialmente, la bioenergética de Wilhelm Reich<sup>13</sup> y Alexander Lowen<sup>14</sup>. Silo propone el concepto de *un sistema de ideación integrado por pensamiento, emoción y tensiones, en el que las variaciones en cualquiera de ellos provoca variaciones en los demás*<sup>15</sup>.

Además, habrá que considerar que *la conciencia tiene distintos niveles de trabajo –vigilia, semisueño y sueño- poniendo cada uno su ámbito formal*<sup>16</sup>, determinando la mayor o menor participación de sentidos externos o internos y, concomitantemente, las características de la representación.

En dinámica, cada situación que vivo queda grabada, impresa en mi memoria. Usualmente creo que los recuerdos son sólo imágenes visuales, como si fueran fotos que quedan archivadas y que uno puede ver, si no son olvidadas, si no quedan bloqueadas en la memoria. Tal idea de la memoria no alcanza a explicar el peso del pasado en mi vida presente.

En la memoria no quedan grabadas sólo las imágenes del mundo externo. Cada situación externa que vivo es acompañada por los estados internos que se suscitan en nosotros al vivirlas y por las tensiones corporales asociadas, y quedan grabados en la memoria, asociados a las sensaciones que retienen la situación externa.

Los estados internos y las situaciones externas quedan grabados en la memoria de manera estructurada, de modo tal que el recuerdo de uno atrae al otro. Para dar un ejemplo, alguna vez he oído una melodía que me trajo inmediatamente un cierto estado emotivo del pasado. O, a la inversa, un estado emotivo puede “traer” algún recuerdo asociado. Y, en todo caso, las emociones provocan las tensiones que se les asocian.

Del mismo modo que los recuerdos, los pensamientos a futuro -también contruidos en base a material de memoria<sup>17</sup>- provocan variaciones en mi estado de ánimo y relajan o disparan tensiones corporales.

La tensión es una sensación que surge cuando aumenta la intensidad del tono de trabajo de la estructura psicofísica. Al tono muscular se lo define como el estado de semicontracción permanente de los músculos, es un nivel óptimo de intensidad que permite las variaciones

---

<sup>13</sup> La función del orgasmo, Psicología del carácter.

<sup>14</sup> Bioenergética, La depresión y el cuerpo.

<sup>15</sup> *Loc. Cit, Psicología II.*

<sup>16</sup> *Loc. Cit, Psicología I, II y III.*

<sup>17</sup> Ver *Autoliberación* de Luis Ammann, en el Vocabulario el término “representación”.

necesarias para ajustarse a las exigencias de la situación. La ausencia del tono determina el estado que se conoce como relajación.

Claro está que la estructura no realiza siempre el mismo tipo de trabajo, no es la misma la tensión en cada una de sus partes, ni la de toda la estructura en cada situación. Las representaciones y las emociones sirven para modular las tensiones y, a su vez, son influenciadas por éstas.

Y en esa dinámica integrada del sistema de ideación voy gobernando la conducta del cuerpo.

### **La interfase representativa**

Además de las funciones que puedo observar, lo que percibo dentro del cuerpo es el resultado de esas funciones. En mayor medida tengo evidencia de mis pensamientos ya sea como recuerdos, fantasías o futuriciones, y de mis emociones, que configuran, en tanto fenómenos manifiestos, mi mundo interno, donde puedo descubrir muchas capas.

Codificado en imágenes que a veces tienen más fuerza y otras son más débiles, a mi mirada se extiende el mundo interno con sus distintas regiones. A veces más evidente, otras menos según mi estado interno y el nivel de trabajo de la conciencia.

Entonces, por un lado tengo el mundo percibido y por otro, uno representado. Y una realidad que es más un paisaje, porque se compone de lo percibido y lo representado en distintas proporciones según situación y estado interno. La situación laboral, por ejemplo, es una realidad de fuerte impronta externa, tanto por la coerción que implica la necesidad que la impone, como porque por lo general ocupa más tiempo cada día y en horario pautado. En esa situación se depende fuertemente de la circunstancia. Por lo contrario, el noviazgo es más una ilusión alimentada por una realidad dosificada con cuentagotas, a veces con frecuencia semanal y, cuando sobreviene el matrimonio, difícilmente soporta la “encarnación” que implica la convivencia cotidiana.

Sin embargo, como bien dicen los conductistas, el cerebro humano es una caja negra: veo que entran estímulos y que salen respuestas. Pero nada se sabe de lo que pasa adentro. Si se mira desde afuera, claro, y no se pregunta.

Mi visión de una situación no es una mera foto, un recuerdo o una imagen simple e inocua, sino que tiene asociados, al menos en potencia, tensiones y estados de ánimo. Siempre. Mi modo de estar en situación está compuesto por la percepción de la situación y, simultáneamente, por la representación de la misma que acompaña a la percepción “en la cabeza”, por dentro. Y esa representación codifica mi estado interno y corporal, lo lleva asociado.

Además, siento. No solo tengo sensaciones externas, no solo veo, oigo, etc. También tengo sensaciones de lo que sucede dentro del cuerpo y esas sensaciones constituyen el “sabor interno”, el teñido interno de cada vivencia que me permite reconocerlas cuando busco en mi memoria. Cada vivencia queda guardada por una sensación interna que la distingue e identifica y es lo que me permite buscar aún sin saber qué busco. Como cuando me pasa que olvido algo y sé que algo olvidé y quiero recordar qué fue. Busco una imagen pero orientado por su sensación interna, por la huella que dejó en mí.

*Desde adentro se experimentan dos tipos de presentaciones del mundo: las percepciones y las representaciones.* En ambos casos producen sensaciones complejas de distinto tipo cuyo resultado es la permanencia o modificación del cuerpo en la situación. Un ejemplo muy burdo: tengo ganas de comer pizza. Esas ganas no se me presentan con la imagen visual de un destornillador y el sabor amargo de un remedio. Tan solo al leer esta frase, si se la lee lentamente dejando que se asocien las sensaciones correspondientes (la de la pizza evocando el gusto a pizza, la imagen del destornillador y el recuerdo de lo amargo) uno puede percatarse del contraste y la desmovilización que produce frente a la excitación del primer

sabor. Si quiero pizza, asociaré pizzería o harina, agua, sal, etc. Y serán esas representaciones las que me guíen a la pizzería, o a la cocina y me ponga a amasar.

De modo que *la representación orienta la acción*<sup>18</sup>. Es la interfase que articula al individuo con el medio al que pertenece. Y es lo que permite avanzar al mundo en su proceso de desarrollo a través de la imaginación creadora del ser humano. De modo que *hago cosas porque creo en ellas*, las haya visto o no. “Están en mí” y me movilizan. *Creer es lo que resulta de la dinámica coherente del sistema de ideación que le corresponde*, lo que yo vivo en esa situación. Lo que no quiere decir que no haya en mí creencias contradictorias.

Así como se puede decir que las representaciones articulan al individuo con su mundo, estas representaciones pertenecen a un conjunto de representaciones colectivas que circulan en un imaginario común. Mis representaciones se formalizan en base a modelos colectivos que me permiten decir harina, pizza, cocina. Y también codifican las valoraciones que se puede hacer grupal y socialmente respecto del mundo.

Las creencias, en el sentido habitual, son los elementos imaginarios que organizan la adecuación de los modelos individuales a los sociales, lo que hace que un individuo participe de las actividades sociales en el sentido que se necesita. Las creencias compartidas son imágenes visuales, sí, pero si la reacción no es uniforme en el sentido de obrar conforme a lo creído, resulta que no se cree y por tanto no se comparte. Además, esas imágenes visuales portan el código necesario para movilizar el cuerpo, para provocar las sensaciones que las “hacen carne”.

Por supuesto, habrá distintos tipos de creencias según las valoraciones de las que se participe, aún referidas a las mismas cosas y situaciones y en esto se basa la dinámica social.

Estas valoraciones no resultan de pautas abstractas -los llamados valores- sino que éstos son la abstracción formalizada en conceptos, a partir de la experiencia valorativa de los grupos humanos.

En términos descriptivos, el mundo no *es* para mí sino que *vale para mí*<sup>19</sup>. O, más claro, *el mundo vale*, y ese valer del mundo implica el sentido que dono, un sistema de ideación cuya dinámica es la evaluación constante de la situación vivida.

Las creencias se codifican en modelos que quedan plasmados en signos que pueden ser hablados o escritos, sirviendo también a la conservación de la memoria individual y colectiva. Y eso se lo llama lenguaje, que es la formalización y materialización en distintos niveles, de las representaciones internas. El lenguaje exterioriza las representaciones internas a través de los signos convenidos socialmente a lo largo de la tradición y las reglas de uso, permitiendo compartirlas en la medida que pueden serlo en base a los parámetros compartidos. Hasta ahora, han sido básicamente del mundo externo.

## **Representación e imitación**

No es fácil armar un modelo teórico que dé cuenta acabada de un fenómeno tan sutil y complejo como nosotros los humanos, en todos sus niveles de participación.

La figura de la interfase puede sernos útil para comprender cómo se mueve en el mundo el organismo humano. El mecanismo de percepción/representación me da una idea aproximada de su funcionamiento.

---

<sup>18</sup> *Esta es la idea básica que Silo desarrolla en su Psicología de la Imagen en Contribuciones al Pensamiento, O.C. T. I.*

<sup>19</sup> En esto sigo a Husserl que constantemente se refiere a que la donación de sentido que efectúa la conciencia resulta en el valer el mundo para uno, como situación dada espontáneamente, el estar en el mundo del ser humano (*Investigaciones Lógicas I, Meditaciones Cartesianas*).

Pero es sólo aproximada. A partir de esa idea uno tiende a creer que el mundo que está ahí es medido/evaluado (pensado) para la elaboración de la respuesta mediante la representación. Uno tiende a creerse actor en ese proceso, algo así como “yo percibo.../yo represento.../yo actúo”. Y no.

Destaco que el mecanismo es complejo y simultáneo: percibo/represento. *La percepción es ya una interpretación de la situación* y su posibilidad es presentada por la representación que orienta mi respuesta para concretarla. No hay aquí proceso alguno de deliberación. Y esto se juega probablemente con el 85% de las situaciones aún cuando creo que estoy “pensando”. Es que los “paquetes” de respuesta ya están preparados. Los códigos están ahí y sólo necesitan que se presente el “estímulo” que los dispara, que es la representación de lo que estimula.

Estas representaciones tampoco son aisladas sino que son verdaderas constelaciones de representaciones donde unas actúan en presencia orientando la conducta, mientras otras orbitan alrededor porque son posibles. Éstas son convocadas por asociación dado que pertenecen a la gama de cursos posibles de acción. Son paisajes de situación que mueven el cuerpo y presentan alternativas.

La tentación racionalista es decir que el mundo estimula y uno responde con un proceso racional de decisión que se desarrolla entre la percepción y la respuesta. No es así. Por empezar, las respuestas están grabadas y no por huellas de experiencias adquiridas mediante aprendizajes de ensayo/error. No. Las conductas de base, las conductas más antiguas se han aprendido por imitación de los modelos, de aquellas figuras que impactaron como para querer ser como ellos.

Por supuesto que ahí están los padres pero después hay otros: algún amigo mayor o más desenvuelto, o algún personaje de ficción.

Es cierto que hay experiencia, que se ha aprendido cosas por ensayo/error. Pero las conductas sociales que configuran la mayor cantidad del “repertorio” personal se aprenden por imitación.

Se imita conductas de los modelos y con ellas las creencias que las configuran. De modo que el paquete viene completo: las imágenes de lo que hay que hacer más las representaciones que las motivan o justifican. Y de eso se suele no tener experiencia hasta que los desajustes frustran las expectativas y dejan al descubierto las ilusiones que las envuelven. Hasta que surgen nuevas ilusiones que vuelven a movilizar.

De ilusión en ilusión a través de los fracasos que desilusionan, uno se va moviendo en la vida, justificando a Calderón de la Barca con su famoso “la vida es sueño y los sueños, sueños son”.

Esos paisajes situacionales configuran mi mundo interno como una re-presentación del que vivo afuera, en una versión adaptada, claro está. De modo que *las posibilidades que me brindan esos paisajes son mis posibilidades*. Mis conductas serán posibles en la medida que sean habilitadas por lo que veo. Por tanto *esos paisajes son también mi limitación*.

## **La dinámica existencial**

*Lo humano es tiempo*, desde un punto de vista. Lo propio de lo humano es la existencia, el aparecernos en un mundo que ya está dado. Así, cada ser humano encuentra como anteriores a él las cosas que le rodean. Aparecen ante su mirada y lo humano se emplaza ante las cosas. Eso es existir. Aparezco en el mundo y, simultáneamente, el mundo aparece ante mí. Me emplaza con su estimulación, con su demanda.

Ese existir transcurre, se desarrolla en el tiempo. Y ése es mi único capital, lo único que tengo, lo que soy.

El pasado está en mí, guardado en la memoria. En base a él puedo interpretar el presente para construir el futuro.

Desde un punto de vista existencial estoy lanzado hacia un futuro que se hace presente en el instante. Para convertirse en pasado. Así, si bien es cierto que el pasado me condiciona con sus códigos grabados, es el futuro lo que me determina a través de mi expectativa. Porque soy temporalidad. Lo que importa será lo que me espera, no lo que he vivido. Y eso es lo que yo imagino que me espera.

Más aún si quiero ese futuro. La fuerza del propósito puede sobrepasar el condicionamiento pasado. Si es más fuerte.

De modo que todo lo que hago es en función del futuro. Aún cuando no parezca, como en el caso extremo del suicidio, siempre se busca salir de la situación sufriente o, elementalmente, busco estar mejor.

De modo que *el sentido de la acción humana es, en la base, la superación del sufrimiento*<sup>20</sup>.

---

<sup>20</sup> Silo, *Cartas a mis amigos*, II.4; IV, 5

### 3. LA CUESTIÓN DEL SUFRIMIENTO

Antes dije que la actividad social está organizada en torno a las necesidades del cuerpo humano. Eso, visto desde afuera, desde un punto de vista teórico.

Desde un punto de vista político se habla del “bien común”, que sería lo bueno para el común de los seres humanos. Esto es, desde este punto de vista, disponer lo necesario para la conservación del organismo humano y el desarrollo de sus potencialidades.

Desde el punto de vista existencial, vivo la frustración de las necesidades corporales como dolor o sufrimiento. Todo lo que hago es para asegurar su satisfacción y evitar el sufrimiento que conlleva la carencia. No importa en este sentido que mis conductas o acciones sean adecuadas a tal fin. Basta tener presente que tiñe como objetivo genérico todas mis acciones.

Por fin, la presencia constante de las necesidades corporales velan la verdadera raíz del sufrimiento.

#### **Creencias o actitudes ante el sufrimiento.**

Cuando pienso en el sufrimiento, lo identifico con problemas. Rápidamente ubico los problemas en el medio que me rodea, en las circunstancias que vivo, donde se supone que se generan (porque como dije arriba, mi actitud espontánea es que “el mundo me hace...”).

Creo que la vida es difícil. Me repito constantemente que la vida es una lucha y esa frase me lleva a concebir que soy un guerrero en constante pelea con lo que me rodea.

Dichos populares como “todo tiene su precio” son frases que me digo cuando necesito justificar alguna nueva mutilación producida en el combate por el cumplimiento de mis ensueños, o si se prefiere, por la satisfacción de mis necesidades. Ese “precio” que “pago” es el sufrimiento.

Se ha concebido el sufrimiento como consustanciado con lo humano, al punto que nadie cree –aunque lo desee profundamente– que pueda dejar de sufrir alguna vez. Sin embargo, la creencia en la posibilidad de su superación tiene su raíz en lo más íntimo de la humanidad. Y constituye la meta de todos mis empeños. Los logros que les corresponden dependen del esfuerzo, que es condición de la vida humana. Desde este punto de vista, podría decir que el sufrimiento deriva de la falta de esfuerzo o del esfuerzo mal realizado.

También suele sucederme que cuando me enfrento con la necesidad del esfuerzo que me demanda el encarar una meta, lo confundo con sufrimiento.

Estas confusiones que surgen en la interpretación de la experiencia de sufrir, revelan que la cuestión está lejos de haber sido esclarecida. Históricamente hubo dos bandos: de un lado, los abanderados del sufrimiento (estoicos, idealistas) y del otro los promotores del placer (hedonistas, materialistas). De todos modos, sostener ideas contrarias al sufrimiento no exime de participar de la experiencia sufriente de todo el mundo, porque la persecución del placer me encadena al sufrimiento<sup>21</sup>.

Los seres humanos sufrimos. Algunos lo reconocemos. Otros lo niegan. No somos muchos los que tratamos de superarlo. La actitud respecto del propio sufrimiento genera distintas actitudes frente a la vida: “sacrificados” los unos, “despreocupados” los otros. Estas dos actitudes, con todos los matices que uno quiera descubrir y combinar, pueden dar origen a una tipología muy variada, pero de trasfondo, juegan esas dos en la mayoría de las personas.

Pocos son los que tratamos de superar nuestro estado sufriente, y los menos, tratamos de comprenderlo.

Algunos “sacrificados” cargan sobre sus espaldas las circunstancias guardando su sufrimiento

---

<sup>21</sup> Silo, *La Mirada Interna*, cap. XIII, principio 6, en *Humanizar la Tierra*, O.C., T. I.



para sí; otros se lanzan al mundo proclamando la necesidad de sufrir para ser virtuoso, o aún para sobrevivir.

Los “despreocupados” predicán que no hay que complicarse la existencia y sufren tratando de evitar las complicaciones y de conseguir aquellos objetos que creen placenteros.

Los que intentamos superar el sufrimiento sufrimos, claro. Pero tenemos la oportunidad de comprender que esa superación depende de la comprensión que se tenga del mismo. Y empieza por el reconocimiento de su existencia: uno sufre. Y también, de lo que a uno le pasa con eso: uno no quiere sufrir.

## **Entendimiento y comprensión**

Se suele confundir el entendimiento y la comprensión. Se tiende más a la aprehensión intelectual – entendimiento-, a pensar las cosas tratando de definir las en un instante por medio de una imagen o de un pensamiento que se pretende sea válido eternamente.

De ese modo puedo encasillar, clasificar, rotular el resto de las cosas según que se parezcan, se opongan o, aunque más no sea, porque aparecen cerca de esa primera cosa que he entendido. Entonces veo el mundo blanco o negro; y lo que no es ni uno ni otro lo echo a la enorme bolsa de los matices del gris, que por lo general no intento discriminar o definir.

Es cierto que no todos somos tan esquemáticos. Hay muchos que notamos esas diferencias, que hay cosas que no son ni tan blancas ni tan negras. No obstante, seguimos rotulando de esa manera, encasillando, tratando de acomodar lo nuevo en los viejos moldes que archiva mi memoria.

Como sea, los frutos del entendimiento no tienen el sello de lo definitivo. Siempre pueden ser pasibles de cuestionamiento si se modifica el punto de vista. Básicamente, porque el entendimiento trabaja considerando las cosas desde afuera de la experiencia del entender.

Comprender es distinto.

La comprensión es un proceso. Es dinámica. Jamás se detiene, no termina sus productos. Nunca concluye la imagen, el concepto, el pensamiento de algo, en forma definitiva. Siempre hace lugar a la existencia de posibles cambios que seguro han de sobrevenir, por ser el cambio, la evolución, la misma esencia de lo vivo.

La comprensión no es la disección analítica, no es el detenimiento, la parálisis de aquello que se intenta desentrañar. Es análisis, claro que sí, pero es mucho más también, es observación, relación con lo que se intenta comprender, es tiempo transcurrido para el que comprende y para lo comprendido. Es interacción entre el observador y lo observado.

Podría alegorizar la comprensión como la confusión cálida en el abrazo con lo que se desea comprender, hasta que surge *la certeza*, que es *la señal de que se ha comprendido*. Y que abre nuevas preguntas.

Esa certeza es un estado interno que instantáneamente confirma la imagen que había configurado el intelecto. Es el fruto de mi intuición. Para comprender es necesario poner distancia en algunos momentos con el fin de ordenar las vivencias, relacionar los datos, clarificar un poco la experiencia. Pero sólo para volver a sumergirme otra vez en la corriente de la vida, de la experiencia que fluye constantemente.

## **El sentido del sufrimiento**

El comportamiento humano, como el de todo ser viviente, apunta a restablecer el equilibrio de la estructura psicofísica, que se ve alterado ya sea por estímulos internos o externos.

Las necesidades vitales se manifiestan a través de estímulos internos, mediante sensaciones no agradables y hasta dolorosas, y me muevo, despliego conductas para hacerlas desaparecer. Sentir hambre o sed no es agradable, y me movilizo, en primer lugar, para hacer desaparecer

esas sensaciones. Por supuesto que también lo hago para cumplir con las necesidades vitales que esas sensaciones manifiestan, pero sin ellas no sabría que tengo necesidades.

Cuando satisfago una necesidad, desaparece la sensación desagradable que la acompaña, y eso lo siento como placentero.

Cuando no satisfago una necesidad mi estructura se siente peligrar y la sensación se intensifica, pudiendo llegar a sentir lo que conozco como dolor.

El placer y el dolor orientan primariamente mi conducta. Mis acciones se dirigen básicamente a obtener el placer o eliminar el dolor.

Puedo descubrir distintos tipos de motivaciones en mi conducta, fundarla en distintos órdenes de cosas: economía, cultura, afectos, necesidades, pero en el trasfondo de todas ellas están la obtención del placer y la eliminación del dolor.

Pero hay un estado que no tiene la focalización y agudeza del dolor. Es difuso, varía y permanece. Es el sufrimiento, que puede convertirse en un hábito de indiferencia, apatía, de melancolía como actitud frente al mundo.

¿Para qué puede servir semejante estado?

Las sensaciones de hambre o de sed me dan cuenta de necesidades que reclaman satisfacción.

El dolor me avisa que una parte de la estructura está afectada gravemente en su funcionamiento o su integridad. Del mismo modo el sufrimiento me da cuenta de un mal funcionamiento general de la estructura. Me dice que las cosas no andan bien, que no hay equilibrio en mí.

El sufrimiento llama mi atención. Pero como la sensación de sufrimiento no es agradable, quiero dejar de sufrir, y entonces trato de hacer desaparecer la sensación negándola, haciendo oídos sordos a su llamado. Y con esto, creo que al desaparecer la sensación, o más bien, que al desconocer que tal sensación es sufriente, hago desaparecer las disfunciones que son su origen.

Entonces, importa tener presente que *el sufrimiento es la señal de que hay algo que anda mal dentro mío*. Es la manifestación de un estado interno de mi estructura psicofísica que señala su disfunción.

En eso puedo ver la función del sufrimiento: opera como señal de alarma. Me pone en alerta acerca del mal funcionamiento de mi estructura.

## **La raíz del sufrimiento**

Conozco, entonces, dos tipos de estados: sufrientes y no sufrientes. Por experiencia sé que tanto unos como otros son estados internos, manifestaciones de lo que sucede en el interior de mi estructura psicofísica. Sufro porque algo anda mal. Y lo que no anda bien está ubicado dentro mío, aunque no pueda precisar dónde ni cómo.

Pese a que siento que cuando sufro algo anda mal *adentro*, busco las “causas” *afuera*. Esto se debe a muchas razones, pero simplificando, las más importantes pueden ser las siguientes:

a) Por un lado, *lo que sucede afuera aparece como más claro que lo que sucede adentro*. La patencia del mundo externo me resulta más fuerte que la evidencia del interno. Eso, porque no estoy acostumbrado a vivir mi mundo interno. Siento que el mundo interno es oscuro e indescifrable, por simple falta de entrenamiento, de experiencia. También me resultó indescifrable en algún momento la palabra hablada o escrita, pero con práctica aprendí a desentrañar su significado. En eso radica el misterio de mi mundo interno. Permanezco ajeno a mí mismo por no haber realizado el aprendizaje, porque no fui entrenado en mi experiencia interna.

b) Por otro lado, *mi forma de ser – mis hábitos- se resiste a ser modificada*. Soy de un modo al que estoy acostumbrado y me identifica, me hace ser quien soy. Muestro a los demás un ser afable, bromeo con ellos o soy solícito, o por lo contrario soy distante, no me involucro en las

cosas del otro. Puedo argumentar muchas cosas para justificar una u otra elección, pero cualquiera sea, mi modo de ser me hace sentir que soy yo y no otro el que hace las cosas.

Puede suceder que así se refuerce las defensas del mundo interno, podría aumentar el resquemor a tratar de mirar adentro de mí y para compensarlo, justifico todo lo que pasa porque “el mundo está echado a perder”.

Las raíces del sufrimiento no están en el medio que me rodea. Están en mí. Tampoco están alojadas en algún recóndito lugar de mi mundo interno, concepción que me facilitaría la ilusión de que bastaría saber donde están para ir a buscarlas.

La raíz del sufrimiento la voy a encontrar en el presente. Porque soy en el presente. Por más que busque en el pasado no voy a poder encontrarla. No hay duda que es de utilidad conocerlo, en tanto ayuda a aclarar el proceso de las cosas. Pero la comprensión del sufrimiento sólo la puedo tener en el presente, y referida exclusivamente a mi presente.

Toda situación impone al cuerpo un cierto nivel de tensión para adecuarse a ella. Para levantar una silla necesito cierta tensión en el brazo que uso, asociada con los músculos de los hombros, pectorales y dorsales del lado que está trabajando. Pero puedo responder con más tensión que la necesaria. Puedo tensar los abdominales y glúteos de ambos lados. El ejemplo muestra un esfuerzo absurdo manifiesto. Pero cuando se trata de tensiones internas y mental, y de una postura fijada a lo largo del tiempo, no es tan manifiesto y puede parecer adecuado. ¿Acaso juzgo fuera de lugar que el miedo me endurezca la boca del estómago? Es algo habitual, sin embargo, *en esa tensión excesiva (mental, muscular o visceral) radica el sufrimiento.*

Cada situación pone su nivel en la exigencia de respuesta que me plantea. Esa intensidad del trabajo de respuesta varía respecto de otras situaciones e incluso de sí misma en el transcurso del tiempo. Esto es tensión situacional, es la tensión necesaria, adecuada a la situación.

Por contraposición, hay tensiones *permanentes*, que no desaparecen una vez concluida la situación, y que, al dispararse nuevamente la tensión *situacional*, provocan un exceso de tensión en el trabajo, que es innecesaria o excesiva.

Este funcionamiento excesivamente tenso, innecesario, es lo que describo cotidianamente como “estar tenso”, como stress. Digo que estoy tenso cuando padezco una tensión excesiva en relación a la situación que vivo. Vuelvo a casa abrumado por un problema de trabajo, entro y tropiezo con un juguete. Lo más probable es que, en lugar de agacharme y levantarlo, o de correrlo con el pie y seguir adelante, me ponga a gritar como un energúmeno retando a mi hijo por dejarlo en el paso donde cualquiera puede tropezar con él, romperlo, etc.

Al hablar de tensiones, pues, me refiero a las tensiones *excesivas*.

*Las tensiones no son exclusivas del cuerpo*, sino que también hay tensión mental, un trabajo tenso en los mecanismos psicológicos de mi conducta. Mente y cuerpo son una unidad estructural indisoluble, y no se puede definir claramente qué es puramente corporal o puramente mental.

Las tensiones determinan el trabajo de toda la estructura, la dinámica total de mi vida: las posturas corporales, el funcionamiento orgánico, el movimiento, las emociones, el pensamiento. En suma, mi modo de ser, mi conducta general.

*Este exceso de tensión deriva de no saber cómo regular las tensiones, cómo adaptarme a cada situación.*

Esto me lleva a no saber relajar cuando es necesario y, de ese modo, se fijan las tensiones. En realidad, en lugar de oscilar cada día entre el descanso-relajación y la mayor tensión, oscilo entre el descanso-menor tensión a mayor tensión. De ese modo, acumulo constantemente una base de tensiones fijada que va aumentando de intensidad, configurando un sistema de tensiones crecientes, que se retroalimenta a sí mismo.

Así, cada momento de mi vida lo enfrento con una cierta cantidad de tensión excesiva desde el comienzo. Y esa tensión excesiva, innecesaria, es la que genera la sensación de sufrimiento.

## La ocultación del sufrimiento

¿Modifica esto lo dicho sobre el sistema de ideación? En principio, me brinda un anclaje operativo para la aplicación de técnicas corporales. Mi organismo es una estructura psicofísica: mente-cuerpo integrados, como se los ha descrito tradicionalmente. La formulación del sistema de ideación como una tríada apunta a graficar las manifestaciones de mi dinámica interna. Imágenes y emociones no existen “objetivamente” más que en su posibilidad de ser comunicadas con palabras. No obstante, no tengo dudas de la existencia de representaciones y que ellas provienen “de la cabeza”. Tampoco dudo de la existencia del cuerpo y sus tensiones.

En cambio, las emociones son una cosa vaporosa, indefinida, muchas veces confusa. Los estados de ánimo son como “climas” cambiantes que sirven de trasfondo a mi vida. Aparecen, se modifican lentamente, a veces de pronto, permanecen pero no se sabe muy bien cómo ni porqué. La tristeza puede ser un trasfondo casi permanente que baja el tono de mi vitalidad y, sin embargo, no lo advierto.

Esos climas son fruto de la traducción de señales profundas que provienen de las tensiones viscerales. Las tensiones que percibo como tales son las del sistema muscular voluntario, de los músculos estriados que componen el andamiaje del cuerpo con los huesos. En cambio los órganos son músculos lisos, involuntarios y de ellos no hay señal directa, puntual, como sucede con la musculatura. Pero también se tensan y esas señales llegan a conciencia y se traducen como estados de ánimo, como climas difusos.

De modo que en un esquema simplificado, mi dinámica se reduce a imágenes que tensan o relajan el cuerpo. Pero esto es una simplificación porque las emociones no sólo son fenómenos discernibles en mi experiencia interna que se presentan como independientes, sino que pueden ser trabajadas y modificadas como tales. Pero será útil saber que *la relajación es una condición imprescindible para la superación del sufrimiento*.

De modo que el sufrimiento puede ser considerado como señal o indicador de la adecuación de mi conducta a las situaciones que me toca vivir. Por desagradable, uno trata de desconocerlo. Así que dirá que “tan sólo” padece “algunas” tensiones, o “meros” temores, ansiedades, inhibiciones, molestias orgánicas, emociones negativas, etc. Pues bien, todo eso, quiera reconocérselo o no, es sufrimiento.

Del mismo modo en que aprendí a hablar, a leer y escribir; aprendí a sentir, a estar alegre o a sufrir. Los estados internos son sensaciones aprendidas. Desde este punto de vista, el sufrimiento es involuntario. Como también es involuntaria la alegría. Caigo en estados de sufrimiento sin quererlo. Pero puedo evitarlo, como puedo alegrarme si busco la alegría.

Pero no suelo hacerlo y de ese modo vivo prisionero del azar, pendiente del vaivén situacional que provoca en mí uno u otro estado. Esto explica que los seres humanos nos hayamos sentido alguna vez como títeres en manos del destino o de la divinidad y negáramos la posibilidad humana de la superación del sufrimiento.

Porque la primera manera de ocultar el sufrimiento es disfrazarlo, minimizarlo, desconocerlo. A esto se agrega que, desde una mirada social, sufrir es disvalioso. Esa mirada me exige ser divertido, estar dispuesto, animoso, ser enérgico. Y por eso me empeño en mostrar eso que me piden.

En esta ocultación o negación del sufrimiento radica el escollo para el desarrollo de mi experiencia.

## 4. EL MITO DEL INCONCIENTE

### ¿Qué es lo que uno ve?

El conocimiento de sí pivota sobre esta pregunta. Las diferentes respuestas que puedo dar a la pregunta “¿Qué es lo que veo?” si me la hace con el propósito de responderla, irán tejiendo la trama de ese conocimiento.

Desde un punto de vista, lo que veo es lo conciente. Aquello de lo que me doy cuenta. Pero mucho se ha cuestionado respecto de la validez y verdad de lo que veo o, mejor dicho, de lo que se presenta ante mi vista. Aquello de lo que me doy cuenta. Y se han tejido muchas explicaciones acerca de la cuestión.

La premisa básica del conocimiento de sí es que *verdad es lo que es verdad para mí*.

Destaco que si asumo esta premisa tendré que hacerme cargo de lo que sobrevenga a mi credulidad (o mi holgazanería). Quiero decir: hay verdades reveladas, sí, hay verdades que se presentan espontáneamente, pero la experiencia dice que la verdad es un trabajo de discernimiento hasta obtener la “revelación”, hasta que se presente la evidencia con su certeza indudable. Quiero resaltarlo: indudable. Se discierne hasta que no cabe lugar a dudas. ¿Cómo es eso? Haciéndolo.

La verdad interna resulta de un hacer. Si nada hago, ninguna certeza puedo esperar acerca de mí.

Para ese hacer puedo utilizar la misma duda como indicador, como señal. Profundizo en la duda, doy vueltas, la miro desde todos los ángulos posibles. No acepto cualquier resultado si tengo dudas, mantengo la actitud cuestionadora.

No me resigno si no tengo resultado. Pero no intento ir más allá. Acepto el obstáculo que se presenta. Si me mantengo firme, la verdad vendrá, se mostrará. Ella sola y por sí misma. ¿Creencia mágica? No, mi conciencia trabaja aún cuando no reparo en su trabajo, como durante el sueño. Esa zona de experiencia me está casi vedada en la medida que, si bien tengo la vivencia de lo que sucede en sueños, regularmente no lo recuerdo. Son cosas que me acontecen en otro nivel de trabajo de la conciencia que genera otro tipo de realidad. Sé que vivo cosas, a veces semejantes a las cotidianas, otras distorsionadas, pero sé que algo vivo en sueños.

Mi conciencia habitual, lo que normalmente llamo conciencia, es la vigílica. Mi conciencia del estar despierto. Pero además, hay niveles de sueño y semisueño que se alternan según las necesidades de recomposición del cuerpo. Y a esos niveles corresponden sistemas de registro de la experiencia distintos al de la vigilia que no por eso dejan de ser experiencia. Son otros códigos, otras estructuraciones de mi experiencia que no responden a las de vigilia, que son las habituales para uno.

Esas zonas de mi experiencia configuran una suerte de espacio oculto a mi visión normal y por eso se hacen, muchas veces, difíciles de comprender. Las vivo como inconcientes.

### El brillo del oscuro inconciente

Durante el siglo XX las alteraciones conductuales que desde el Medioevo se atribuyeron a los demonios, necesitaron un nuevo ropaje para poder ser asimiladas, y las fuerzas demoníacas se convirtieron en las fuerzas de “el inconciente”. Ahí estaba Freud atisbando el fenómeno psíquico y relevando en precisas descripciones lo que acontecía con esas conductas que eran vividas por sus pacientes como ajenas a su voluntad, como extrañas al “yo”. De sus observaciones y conceptualizaciones apareció una nueva explicación para el drama humano que rápidamente se difundió para terminar siendo asimilada como una visión de lo humano generalmente aceptada por las capas medias de la población.

Freud conceptualizó el inconciente, ese lugar mental de extensión aparentemente inabarcable, para poder explicarse el origen de las conductas compulsivas. Inicialmente calificó a los contenidos mentales como concientes e inconcientes (lo que técnicamente denominó la primera “tópica”) porque unos se advertían y los otros no. En tanto modelo teórico para una práctica terapéutica cuyo ámbito de destino era la intimidad del consultorio, fue un punto de partida interesante para explorar los fenómenos internos del ser humano. Sin embargo resulta llamativo cómo fue asimilada esa concepción por amplios sectores sociales, sobre todo los intelectuales. Y al publicar la segunda formulación de la cuestión, la segunda “tópica”, el Ello y el Superyo ocuparon cómodamente los lugares que antes ocuparon Satanás y Dios.

Al convertirse en visión generalizada, la concepción del inconciente presenta un ser humano sometido a fuerzas que vive como ajenas. Como siempre se lo había visto desde la Antigüedad, como cuando los humanos eran juguetes de los dioses en las tragedias griegas y, luego, de los demonios que los tentaban o incluso se les metían en el cuerpo. Con su fuerza, el inconciente doblegaba la voluntad humana. Una voluntad moldeada, programada por la sociedad, claro. Por tanto, el inconciente imponía su voluntad contra la de la sociedad provocando en el individuo conductas reprochadas. Hasta por él mismo. ¿Qué puede hacer ese pobre humano sometido a compulsiones? Si él siente que nada tiene que ver con el asunto. El mundo, el inconciente, las fuerzas extrañas a la propia voluntad cargan con la causalidad, a mis ojos inhabilitan la posibilidad de que se me impute esas conductas y operan como justificación para el desmadre. Así, la concepción del inconciente devino en “inconcientismo”, una suerte de ideología que brinda una explicación pretendidamente objetiva de la propia conducta que, en tanto visión del mundo, me releva de responsabilidad por mi comportamiento.

Esta expresión bien puede aplicarse también a quienes viven su experiencia como producida por el mundo, como eso que dije arriba, que “el mundo les hace”. Son espontáneamente inconcientistas porque se ven librados a la acción de fuerzas que los superan, que no tienen que ver con ellos y no pueden gobernar.

### **La opacidad de la traslúcida intencionalidad**

A mediados del siglo XIX, un alemán llamado Franz Brentano se puso a observar los mecanismos psíquicos retomando un viejo concepto de la escolástica: el de la intencionalidad. Es un principio que dice que todo acto de conciencia tiene objeto: toda conciencia es *conciencia de algo*.

Entre sus discípulos se destacaron dos: uno fue Freud. El otro, que no tuvo el mismo destino de popularidad, fue Edmund Husserl, quien determinó con su Fenomenología la corriente conocida como existencialismo, cuyos exponentes más relevantes fueron Heidegger, Sartre, Merleau-Ponty y Jaspers, y en nuestra lengua tuvimos el privilegio de gozar de uno de sus discípulos más lúcidos: Ortega y Gasset.

Las diferencias entre ambos fueron radicalmente opuestas: Freud puso el acento en los contenidos de conciencia y formuló su concepción de los mecanismos a partir de su resultado, de la configuración que en los contenidos advertía un observador. En cambio, Husserl observó la propia dinámica de conciencia y con un procedimiento estricto pero difícil de aplicar, llegó a develar el misterio de la esencia y la apariencia

En torno a esas ideas podrían decirse muchas cosas que aquí no interesan, porque lo me interesa destacar es solo esto que dije: la visión psicoanalítica pivota en los contenidos de conciencia, en lo que “ata” al sujeto; mientras que la visión fenomenológica se centra en el sentido que pone el sujeto en el mundo, liberándolo de aquella atadura. Dicho en estos términos y en un nivel conceptual parecería que son concepciones complementarias, y podrían serlo.

En el extremo opuesto del inconcientismo se encuentra el existencialismo con su concepción del ser humano, cuya esencia es la libertad aunque se encuentre “arrojado” en un mundo que lo condiciona desde el nacimiento. El ser humano es libre pero responsable de lo que hace con esa libertad. Lo que haga con su vida es cosa suya, y lo que sobrevenga a sus acciones, también.

El existencialismo no tuvo la misma difusión que el inconcientismo. Al difundirse la expresión sartreana que describe al ser humano como una “pasión inútil”, terminó inspirando una postura que se divulgó como “existencialista” pero se expresaría mejor como el “pasota” español de las últimas décadas, el que “pasa” de todo porque todo da igual ya que nada tiene sentido. Esto que podría ser una dilución extrema del existencialismo presenta una postura semejante a la del inconcientismo: consagra la pasividad frente al acontecimiento alimentando un escepticismo radical. Nada tiene sentido en definitiva porque todo termina con la muerte.

La exposición fenomenológica de la dinámica de la conciencia se caracteriza por una claridad que, vista con ojos críticos, resulta tramposa por racionalizadora. La lúcida transparencia con que las apariencias quedan reducidas a esencias en los análisis fenomenológicos despoja a las vivencias de las notas que resultan más distintivas para los especialistas del sufrimiento. La elevación de la mirada hacia abstracciones universales que parecen alejarnos de la fuerza de la vivencia tal como se presenta a cada momento, es vista como una fuga de la realidad. La transparencia cristalina de esa forma de pensamiento fue tomada como un velo que opaca la cruda realidad de la existencia. La “conciencia en general” que propone la Fenomenología no existe ni puede existir según la crítica que la ve viciada de un teoricismo solipsista irremediable.

La mirada cargada de “realidad” de los críticos no pudo advertir la delicada abstracción husserliana que desentrañó la dinámica del sentido humano elevándose por sobre el drama de la oposición mecánica de las fuerzas contrapuestas. Ese drama no tiene solución en el plano que plantean la oposición. Desarraigándose de la “naturalidad” de esa actitud espontánea Husserl remontó la corriente de la conciencia desnudándola de sus configuraciones aparentes hasta desentrañar la permanencia de las esencias, desandando nuevamente el camino para comprender que la intencionalidad de la conciencia, entendida como destino, no puede resultar más que en su trascendencia, porque siempre está tendida al mundo. Y el mundo es mío pero también de otros seres humanos por lo que, por destino también, *la conciencia es intersubjetividad. Y por el mismo principio intencional, es temporalidad y está permanentemente tendida hacia el futuro.*

### **La tendenciosa absorción de las ideas por el imaginario colectivo**

Es interesante resaltar cómo, al ser absorbidas por el imaginario colectivo, ideas con determinados sentidos terminan expresando o acomodándose a la justificación del sinsentido. Como si una tendencia colectiva las despojara de su sentido originario para expresarse mediante ese apoderamiento de las palabras.

Antes del siglo XX el imaginario colectivo estaba dominado por la superchería contra la que luchaba el “deber ser”, ya fuera el cristiano, primero, o el racional-cientificista después. Para su divulgación el cristianismo canalizó los rituales de la superchería popular a través de la adoración de los santos, por ejemplo, con ese poder de sincretismo que lo caracteriza. Pero la práctica popular asimiló las imágenes y las vistió con el sentido que pervivía en el imaginario popular, con la superstición y los rituales paganos sincretizados con formas cristianas. El libre albedrío fue devorado por la predestinación, la esperanza sucumbió al fatalismo y el pecado se justificó con la “naturaleza” humana dado que, al fin y al cabo, resulta lavado por las prácticas culturales. Esta mezcla aconteció ya desde el principio, repitiéndose a lo largo de los siglos con cada nueva cultura que conquistaba. El imaginario colectivo parece imponer

sentidos más fuertes que los que la Razón propone.

Por su lado, los científicos encontraron en Freud una concepción aceptable para dar razón de sí mismos y compatible, además, con el desorden de que informa la cuántica. Y desde su objetivismo el racionalismo científico confluyó con el inconcientismo en la visión de lo humano, en una suerte de realismo bastante pesimista que concebía la suerte del ser humano como sometida a fuerzas que lo superan. Destaco: desde su objetivismo, desde la contemplación del organismo humano como tal, como un organismo biológico.

Dije realismo porque ya sea que vengan de afuera o de adentro, hay fuerzas que se me imponen. Y lo que tiene fuerza es real. Lo que resiste o doblega mi voluntad es lo real. Como si quisiera levantar un camión: el peso se opone a mi voluntad porque supera mis fuerzas.

### **La vigencia de las fuerzas oscuras**

¿A qué viene todo esto? Más parece que tendría que ver con una historia de las ideas que con el tema que me ocupa. Es que este breve asomarme al proceso de las concepciones vigentes hace evidente un fenómeno raramente considerado por los historiadores: *las ideas que resultan de la divulgación de las ideas generadas en los círculos intelectuales... no son las mismas*. No son las ideas que se viven. El ser humano común y corriente no sólo no estudia sino que apenas lee. Una frase que destaca esta asimilación distorsionante es la que se produce cuando los estudiantes quieren reproducir lo que han estudiado y lo hacen “con sus propias palabras”. El problema está en que no sólo los estudiantes utilizan “sus propias palabras”. Ante pensamientos que intentan tornar visible lo que no lo es, “las propias palabras” imponen la propia visión y prolongan el ocultamiento.

Ahora bien, la asimilación que se hace de unas ideas y no de otras, y la distorsión que padecen en su divulgación, me da cuenta de los modelos presentes en el imaginario colectivo. En el caso, la idea de “fuerzas oscuras” del inconciente no es una creación freudiana. Se las llame inconciente, demonios o sin sentido, estas fuerzas están constantemente presentes en la vida de cualquiera. Son un dato que la constituye. Estas fuerzas son las de la vida y contra ellas no se puede ir. Su fuerza no se puede doblegar y triunfa sobre la “débil voluntad” del ser humano.

Este fenómeno lo puede constatar uno en su propia experiencia. Quiero hacer una cosa pero “algo” interno se opone o “tira para otro lado” o no quiere obedecer mis designios. O, por lo contrario, potencia algo que quiero hacer y me desborda, me arrastra más allá o más intensamente o más –lo que fuera- de lo que había previsto.

He ahí la fuerza que percibo, *pero que no puedo ver*.

Y no sé de qué se trata. Esa fuerza actúa y no entiendo porqué ni a qué obedece. En eso radica su oscuridad, que coincide con que uno no ve, uno está como ciego en su visión interna.

Otras veces esa oscuridad que advierto en esas fuerzas no es la que tiene lo que no puede verse sino que es la oscuridad con que la moral vigente califica lo que no acepta. *No se trata, en ese caso, de lo que uno no puede ver sino de lo que no se puede mirar*. En ese caso no son fuerzas internas cuya motivación u origen uno no percibe sino de motivaciones que percibe, pero que no puede aceptar porque su moral no lo permite.

Esta oscuridad de las fuerzas internas coincidió en la concepción freudiana con la represión sexual impuesta por la moral victoriana. Sin embargo, no puede decirse que las fuerzas se hayan ido aclarando y que lo inconciente se fuera haciendo más inteligible al irse aceptando la sexualidad en el curso del siglo XX. Lo que sí sucedió fue que se comenzó a atisbar la experiencia interna y a advertir el desorden que provoca la represión sexual. Y buscando ordenarla, claro, los que la aceptamos.

Este fenómeno de la calificación de las fuerzas internas como “oscuras” me lleva a preguntar ¿a la luz de qué se produce la oscuridad? Cuando la respuesta involucra de algún modo a la



moral, queda aclarada la necesidad que tengo de incluir lo social como parte de mi interés en el conocimiento de sí. Con la reproducción interna de esos patrones morales en mi visión del mundo, se bloquea la visión y la comprensión cabal de lo que esas fuerzas son. Comprender esos patrones morales y cómo actúan sobre nosotros esclarece mi situación interna. Así se fue haciendo evidente una suerte de estado de contradicción.

Ahora bien, el inconcientismo no sólo es “occidental y cristiano”. Desde el orientalismo se lo ha asimilado en la difusión de sus doctrinas. Pero vistas desde occidente, el concepto de inconciente resultó útil para homologar todo lo que en esas doctrinas se plantea como no racional, como no sujeto a la razón y el conocimiento científico. En términos generales, a ese conocimiento se lo llama “ocultista” porque habla de lo que no se advierte en la experiencia normal, de la experiencia que se oculta a la mirada habitual.

Tal parece que el inconcientismo y la difusión, la generalización, la llegada al ser humano cotidiano, van de la mano. No es extraño, desde el punto de vista de la educación recibida y la falta de interés en modificar los patrones de experiencia. El ser humano normal acepta su destino mortal sin rebelarse y con él, el estar manejado por fuerzas que son ajenas y para nada oscuras. La necesidad de sentirse seguro es muy fuerte.

### **La conciencia de lo inconciente**

Este fenómeno del inconciente, que a tantos les ha parecido tan evidente porque cada uno puede constatarlo en sí mismo, porque puede vivir la acción de esas fuerzas en su propia experiencia, sin embargo, NO EXISTE.

Entonces ¿qué es lo que uno constata en su experiencia? Que el cuerpo no obedece, sea porque no sigue a la cabeza y hace otra cosa o se paraliza, o porque uno siente algo distinto de lo que piensa o hace, o que uno piensa de manera inadecuada a la situación.

Todo esto lo vivo en el cuerpo.

No es lo mismo decir que lo vive mi cuerpo. El sujeto soy yo, no mi cuerpo.

Por tanto, hay cosas claras: esto lo siento yo en el cuerpo y asumo que mi cuerpo es mío. Pero no sólo son cosas del cuerpo sino que también le pasan cosas a mi emoción y a mi pensamiento. Y esas fuerzas se dan en mi experiencia, dentro de mi cuerpo, ni allende ni aquende. Está en mi cuerpo lo que actúa resistiendo mi voluntad. Estas fuerzas son un dato más que constituye mi vida. Son la fuerza de la vida, repito. Y contra ella no se puede ir. Se paga caro. Como fuerza del cuerpo que es, se paga con su enfermedad.

Esto también lo puede constatar uno en su experiencia.

Cuando hablo de experiencia se entiende que es racional, conciente, que sé de qué se trata. Y justamente, lo “inconciente” se trata de lo contrario. Porque siento las fuerzas que actúan en mi interior, que me impulsan, me frenan, me turban, me confunden, me euforizan. Y no sé de qué se trata. No sé qué fuerzas son, de dónde vienen, cómo se producen. Carecen de etiquetas, vienen sin recuerdos asociados, sin elementos que me permitan comprender. ¿Son por eso inconcientes? No. Son concientes. Me doy cuenta de que esas fuerzas están y actúan, y doy cuenta de ellas, puedo hablar de ellas y describirlas. Que no las pueda *explicar* es otra historia. Que no pueda dar razón de su origen y destino, de su evolución dentro mío, es parte del problema que nos ocupa.

Como fuerzas que en mí se oponen puedo hablar de contradicción, de un estado interno de contradicción.

¿De que se trata, entonces, esto de las fuerzas?

### **La dinámica oculta de la experiencia**

En base a la dinámica básica que antes expuse como sistema de ideación, puedo echar luz

sobre la oscuridad de mi vida interna.

Lo que para mí es evidente en mi experiencia de modo espontáneo, lo que no se me ocurre discutir a mí ni a nadie en el momento que se vive, es que *el mundo está ahí*. Lo que percibo no es materia de discusión. Podrá cuestionarse la adecuación de la percepción, su modo y variedades, pero no el hecho de que algo estoy percibiendo.

El impacto sensorial es tan fuerte que compromete mi cuerpo más allá de mis sentidos, lo mueve aunque más no sea por las concomitancias del cuerpo o la sensación interna que suscita. El mundo, lo percibido, no me es indiferente. Nunca.

Y ese impacto me compromete. *Yo no soy sólo lo impactado, también soy el impacto y su modalidad y sus resultados*. Yo soy la acción de recibir el impacto y hacer algo con ese mundo que impacta. Estoy confundido con lo que me impacta.

En esa respuesta el componente básico es la representación de lo que impacta ya que, una vez aparecido en el campo de conciencia aún cuando fuera en el modo de una imagen desvaída, es tomado por el pensamiento que comienza a asociar y procesar sus posibilidades.

Esto es una aproximación teórica a la vivencia que puedo tener de la integración dinámica del sistema de ideación. Imagen, clima y tensión son elementos que puedo separar conceptualmente e, incluso, discernir en la experiencia. Pero no se dan por separado a mi experiencia, porque no existen separados, no se mueven con independencia unos de otros. Puedo discriminarlos en la observación prestando más atención a uno que a otro, pero no puedo borrar los términos no observados, simplemente los dejo en un cono de sombra porque privilegio focalizar sobre uno de ellos.

A partir de esa observación es que puedo apuntar lo siguiente.

### **La anestesia corporal**

El dato que siempre me ha impactado es el hecho de que zonas del cuerpo, a veces extensas, a veces como redes internas, pasen desapercibidas a mi mirada, a la observación, esa suerte de paneo o escaneo que puedo hacer de mi cuerpo por dentro.

*Hay zonas del cuerpo que no se sienten* y eso ocurre porque no “dan” señal, lo que en realidad es que *no se recibe la señal que proviene de ellas*. Siguiendo leyes dinámicas del funcionamiento neurofisiológico, la repetición de una señal, el hecho de que una señal esté siempre ahí, igual, monótona, hace que sea desconectada. Pasa a ser un fondo de ruido constante que el cerebro desatiende por invariable. Las tensiones localizadas, fijadas en determinados puntos o zonas del cuerpo, dan ese tipo de señal constante y son desatendidas porque estorban, no sirven a la circulación de información necesaria para la coordinación de las funciones internas. Por tanto, si no sirve no se recibe.

Así, zonas enteras del cuerpo pueden quedar “sepultadas”. ¿Acaso siento todo el tiempo la molestia de una contractura en el cuello o en la cintura? Solo aparece cuando lo muevo en determinado sentido o me pongo en determinada postura. Entonces, lo siento por lo general como doloroso. Sin embargo esos músculos están siempre contraídos.

Este fondo de ruido que se elimina como señal, no desaparece como fondo de ruido ya que esas tensiones, por muy puntuales que sean, siempre están asociadas a otras aún cuando sus señales sean desconectadas. Sea porque se traducen en imágenes inoportunas o porque distorsionan las restantes señales, ese fondo de ruido me altera.

Está claro que ahí hay una zona oscura de mi experiencia y muy concreta. La dinámica de circulación de la información por el sistema nervioso en forma de impulsos bioeléctricos, es la base del funcionamiento psíquico. Pero el peso de esta afirmación es pura teoría, porque *de la dinámica de los impulsos no tengo registro*.

Los impulsos llegan desde sentidos y memoria a conciencia y allí se genera la imagen que les corresponde. Este esquema teórico se ajusta porque los impulsos que llegan a conciencia no

son sólo los de sentidos externos portando información de lo que hay afuera, sino que también llega la realimentación de la actividad interna por los sentidos internos y eso puede distorsionar las traducciones que opera conciencia.

De este modo se puede comprender que son muchas las señales que llegan a conciencia y que la autorregulación hace que algunas sean consideradas o desechadas para dar lugar a otras.

Si hay tensiones que quedan sepultadas, si no están habilitadas en la dinámica normal, no aparecerán asociadas a las imágenes que les corresponden y los estados de ánimo serán confusos o contradictorios.

Las tensiones son el elemento corporal que define o señala el sentido o carga de una imagen y son las tensiones profundas, viscerales, las que determinan los estados de ánimo. Por tanto, si se bloquea su señal, la dinámica interna funciona como en falso, de modo inadecuado a la situación dejando ese sabor de inautenticidad, de falta de realización. Si no siento lo que corresponde a lo que vivo y a lo que pienso de lo que vivo, siento que estoy actuando algo que me es ajeno, que carezco de consistencia. Básicamente, si no quiero lo que vivo, si no resulta de un proyecto.

De modo que, en la experiencia, lo más frecuente es que me encuentre con que, si bien jamás dejan de interactuar las imágenes, los estados de ánimo y las tensiones, por lo general no hay una correspondencia profunda entre esos elementos sino circunstancial. A veces, está forzada por mi intención de vivir algo de un modo determinado. Y otras sucede que “algo” pasa, se me descontrola, desborda mi voluntad o supera mi cálculo, y se frustra mi intención. Es entonces cuando le echo la culpa al inconciente, a esas fuerzas que escapan a mi control.

Lo que sucede es que determinadas vivencias resultan bloqueadas porque desbordan mi umbral de percepción interna, porque son demasiado dolorosas o intolerables para mi concepción de las cosas. Porque mi concepción de las cosas también es un sistema de ideación. No es una mera representación intelectual, una idea desentendida de mi cuerpo. Por lo contrario, es un complejo de representaciones que ancla en mi cuerpo a través de las cargas que fija.

Ante el desequilibrio la conciencia tiene que reequilibrar el medio interno, balancear las fuerzas para poder seguir adelante. Elimina los elementos perturbadores, por lo general bloquea la imagen o rechaza el sentimiento y para eso tensa más de lo necesario el cuerpo. Y esa tensión excesiva provoca anestesia al hacerse permanente. Y la anestesia me priva de la única referencia que tengo para saber cómo andan las cosas en mi andar por el mundo: las sensaciones, lo que le pasa al cuerpo.

*El cuerpo es mi referencia*, mi antena, mi vehículo, mi ancla, mi cable a tierra.

Así, la anestesia me priva de vivenciar la totalidad que somos y a la que pertenezco, que queda velada por mi punto de vista. Es una cuestión de visión.

La salida de esta encrucijada depende de la pregunta que abrió este capítulo: ¿qué es lo que veo? Porque resume las condiciones de mi experiencia, mis umbrales de experiencia.

## 5. EL ESPÍRITU ¿DÓNDE ESTÁ?

### Lo humano: la posibilidad del mundo

Guiándonos por el criterio materialista, lo que se puede “observar”<sup>22</sup> hasta aquí es la superficie del planeta Tierra (según el nombre que le hemos puesto porque Dios sabe cómo lo llamarán desde afuera). Sobre ella, imagino un fenómeno que se llama Humanidad, actuado por miles de millones de seres distribuidos en regiones donde habitan poblaciones que se reconocen formando agrupaciones mayores que puedo llamar cultura desde el punto de vista de las pautas comunes de los movimientos -conductas- conjuntos que puedo imaginar, pero que desde otros puntos de vista se llama sociedad o nación.

Dado que esas poblaciones están en constante actividad me atenderé al punto de vista dinámico, considerando que la cultura es actividad. Más precisamente, *la cultura es actividad de cultivo del tiempo*. Es lo que los seres humanos hacen en común aplicando su tiempo (y deviniendo durante ello) en tareas que, en gran medida, están destinadas a la conservación de la sociedad que actúa esa cultura.

Esa cultura o actividad general está distribuida en franjas de actividades que se concretan en situaciones, en ámbitos espaciotemporales que coordinan las acciones de quienes participan de ellas, distribuyendo roles. Esos roles pueden ser ejercidos con distintas modalidades, los hábitos que modulan la aplicación del tiempo individual.

La coordinación de las acciones se realiza a través del lenguaje que sirve a la circulación y conservación de la información que vertebra esa cultura y esa información está plasmada en modelos, en significaciones o modelos colectivos<sup>23</sup>.

Todo lo cultural es abstracto porque no se percibe, pero se reconoce desde la experiencia de los que participan de una misma cultura. Los modelos compartidos son los que vertebran la identificación que deriva de la pertenencia a un grupo. Por caso, la historia común, las grandes gestas, los próceres, proveen esos modelos que brinda un pasado en común.

Los cuerpos de quienes participan de esa cultura pueden desarrollar las actividades gracias al complejo sistema de ideación que coordina su actividad interna y externa. La facultad de representación de los seres humanos es lo que los distingue como organizadores y creadores.

Las representaciones son internas y no pueden ser percibidas. En todo caso pueden ser imprecisamente codificadas y transmitidas a través del lenguaje.

Unificando el trabajo de los psiquismos que participan de una misma cultura se podría ver a la sociedad como una conciencia colectiva que percibe el mundo y concibe la transformación del mismo en función de sus intereses. Esa conciencia acumula la experiencia histórica y su horizonte se maneja con una escala universal. Solo que esa conciencia carece de conciencia de sí, a menos que se pueda verificar.

Hay una determinación básica de la vida de los seres humanos en función de sus necesidades de conservación, que incluye para ello su transformación adaptativa tanto a las condiciones del medio natural como del medio interno de sus miembros. Cultura es lo que los humanos hacen para desarrollar lo que les ha sido dado (la existencia, el estar “arrojados” en una situación ya dada que nos precede) en la dimensión que les es propia: el tiempo. Por eso digo que la cultura es cultivo del tiempo. Y “las” culturas son las distintas maneras en que se

---

<sup>22</sup> Teniendo presente que esta “observación” no es de la realidad sino de una representación construida en base a datos intermediados por las prótesis tecnológicas con que contamos.

<sup>23</sup> Castoriadis hace un interesante desarrollo de la dinámica de lo que llama significaciones sociales imaginarias en su obra basal *La institución imaginaria de la sociedad*.

desarrolla esa actividad.

A su vez, gracias a la representación que no sólo re-presenta el mundo sino que lo recrea en función de las necesidades de esos organismos individuales, los seres humanos gozan de un margen variable de libertad frente a las circunstancias. Pueden hacerlo a “su” modo frente a la modalidad que propone la costumbre y también, pueden hacer cosas distintas. Tiene libre albedrío.

*La conciencia es posibilidad.* Inaugura una nueva dimensión para la Evolución: la de lo posible. *La Humanidad es, desde este punto de vista, la posibilidad del mundo.*

## **El mundo es una visión**

La Humanidad también es mundo. Más precisamente, *lo humano es la interioridad del mundo.*

La Humanidad es lo posible para el mundo y, a su vez, cada ser humano es una nueva y distinta posibilidad. Cada uno está equipado con la experiencia que su grupo pueda transmitirle y puede acceder, además, a la experiencia de toda la Humanidad, registrada hoy de distintas maneras. Tradicionalmente fue verbal y luego, por escrito.

Pero frente a ese condicionamiento básico que implica una visión del mundo predeterminada que incluye modos predeterminados de hacer las cosas y de vivir, cada uno puede repetirlos, recrearlos, modificarlos o hacer algo nuevo. Cada ser humano es una combinatoria única de condiciones y solo por eso, me animo a afirmar que *cada uno de nosotros es una singularidad* en el sentido que se usa en Cosmología: un evento único e irrepetible.

Nazco en un momento dado y eso dado implica una situación dispuesta de un modo que no se ha de repetir. Mi vida es una travesía temporal a través de espacios que creo pertenecientes primariamente al mundo físico porque mi percepción así lo dice y porque la tradición no cuenta con las dimensiones que ofrece mi imaginación. Y elijo. A cada momento. ¿Qué? Por lo menos, cómo vivirlo.

No sólo soy una singularidad sino que *cada momento es singular*. Porque cada momento de la Humanidad y del planeta y del Universo es singular. Los elementos que puedo describir según el nivel de organización que considere, varían su disposición, sus relaciones y su estado, de un momento a otro. Claro está que esos “momentos” corresponden a distintas escalas temporales. “Así como es arriba es abajo”: el panorama de incontables bolas de fuego que llamo estrellas y veo diseminadas en el Universo se repite sobre la superficie del planeta. Solo que no puedo captar como singularidades lo que se presenta como repetido o uniforme (por regular) a mi percepción, y se opaca por la uniformidad a que se somete.

Es cierto que los seres humanos son iguales (al menos, los cuerpos) y que el psiquismo de todos funciona de la misma manera pero, así como la combinatoria de rasgos difiere, también el modo en que están dispuestos los rasgos psíquicos, eso que se llama personalidad.

Todo esto, que bien podría responder a una descripción del fenómeno desde el punto de vista del materialismo, sin embargo, *no puede ser percibido*. No tiene posibilidad de verificación inmediata. Es el resultado de una tarea de construcción de conocimiento que ha durado siglos y miles de cabezas pensantes.

Es una visión de la realidad más o menos compartida que, al menos, tiene consenso en el ámbito científico y también más allá. Sin embargo, repito, *no puede ser percibida*. Acepto vivir en un planeta que sólo conozco por fotos porque no puedo percibirlo directamente (excepción hecha de los privilegiados que han salido al espacio exterior, y les doy crédito porque son semejantes a mí). Del mismo modo acepto vivir en una “sociedad” porque algunos hablan de eso sin que tampoco lo hayan visto.

Toda esta concepción... no existe. Es una construcción representativa que me sirve para tener referencias del mundo. Una visión del mundo.

Por supuesto, habrá quien diga que no es una visión materialista pero, si se es estricto ¿acaso la misma materia no es vacío? según los modernos descubrimientos de la cuántica. Y si acudo al llamado materialismo histórico ¿quién ha visto alguna vez una clase social o un modo de producción?

*El mundo es una visión.* Ahora ¿cómo es ese mundo visto desde la perspectiva individual?

Desde mi limitada perspectiva puedo percibir a quienes me acompañan cada día en mis actividades, a aquellos que me preceden y los que me suceden, los lugares por los que transito y las cosas que hay en ellos. *Mi experiencia se limita a lo que he podido vivir dadas las circunstancias que me tocaron, la capacidad de creación que tenga y la libertad que pueda desplegar en función de las posibilidades de mi mirada.* Mi horizonte estará dado por la porción de mundo que he percibido y puedo imaginar, y mis motivaciones tendrán que ver más con mi base biológica que con mis posibilidades creativas.

De modo que el margen de desvío que existe entre la conducta individual y la cultura, sobre todo en su finalidad determinada por los modelos, es bastante grande dada la amplitud del rango posible de interpretación.

### **Necesidad y posibilidad**

La Humanidad es un fenómeno complejo que participa de una doble naturaleza: por un lado tiene una base o infraestructura biológica, el cuerpo, y por el otro, un nivel de coordinación del organismo con su medio en función de sus necesidades básicas, el psiquismo.

Me muevo primariamente, entonces, según las necesidades corporales.

Para vivir no necesito más que una buena adaptación al medio y un eficiente trabajo psíquico en función de eso. Sin embargo, no me basta con el cumplimiento de las necesidades básicas. Eso no me deja tranquilo.

Sin perjuicio de destacar que solo una minoría cumple con sus necesidades y un mínimo sector de la población se destaca por acumular los recursos que bastarían para cubrir las necesidades del resto (cuya gran mayoría no las cubre). Suena absurdo, pero este problema se podría resolver racionalmente. ¿Porqué este desequilibrio, entonces? Si existen recursos psíquicos que están destinados a coordinar las acciones para la conservación de la especie ¿porqué atentar contra ella de ese modo? Aquí me encuentro con un problema ético, de comportamiento.

¿Será por ésto que la felicidad resulta esquiva para quienes cumplen con sus necesidades mientras la mayoría carece de lo mínimo? Otro problema ético.

Si formo parte de un sistema que tendría que autorregularse para su conservación y desarrollo pero resulta que tiene una disfunción distributiva ¿dónde está la falla?

En un sistema mecánico complejo las partes suelen ser distintas entre sí y esas diferencias las hacen complementarias. En mi sistema biosocial resulta que las partes son iguales entre sí y están diferenciadas. Están separadas físicamente las unas de otras. En un sistema mecánico las partes no pueden ver el todo y solo pueden hacer aquello para lo que están preparadas. En un sistema biológico sucede lo mismo pero hay una función de regulación central. En cambio en el sistema biosocial las cosas cambian. Cada parte tiene una visión del todo que resulta distinta en proporciones variables respecto de la que tienen las otras partes. Y una visión de su tarea que alcanza, como las partes de un sistema mecánico, a su entorno situacional. Sin embargo, cada parte tiene una facultad de representación, una capacidad de visión que le permitiría (y de hecho lo hace, distorsionando con su filtro) captar el conjunto al que pertenece.

Otra vez, se trata de lo que veo.

Pero todo esto se encuentra dentro de las facultades normales del psiquismo humano. De hecho, ha habido momentos históricos en que por un tiempo las culturas evolucionan con

cierto equilibrio funcional.

Todo lo expuesto aquí es del mundo y es el mundo. En tanto *lo humano es el desarrollo de la interioridad del mundo en función de su organización.*

Pero en la interioridad de cada ser humano anida la posibilidad de saberse, de percibirse a sí mismo. Y esa posibilidad es, por ahora, solo eso. Una posibilidad.

### **Una cuestión de experiencia**

Ya dije al principio que lo espiritual no es útil. La sociedad es útil para conservar y desarrollar la especie humana. Y lo psicológico sirve a las necesidades de organización que implica la continuación del proceso de complejificación de la Vida en este nivel de desarrollo que es lo humano.

En estas cosas, elementales para seguir viviendo y multiplicarse, no parece que el espíritu tenga nada que ver.

En todo caso lo que interesa es esa posibilidad que parece difundirse cada vez más por la población planetaria como una nueva necesidad no precisada, no aclarada, apenas intuida pero imposible de evitar.

Esta singularidad que soy, sin embargo, parece ejercer una peculiar renuncia a su destino. Como veo que son las cosas afuera, así quiero ser. Me considero y juzgo desde una mirada externa que no tiene en cuenta lo que pasa dentro de mí. Mi aprendizaje se basa en la imitación de lo que veo y eso dura, por lo general, toda la vida. Y desoigo por ello mi voz interna, mis ocurrencias. Descarto mi creatividad porque “son cuestiones más”. Opaco mi brillo singular con la uniformidad interna que me impone la apariencia que adopto.

Mi experiencia no es sólo experiencia del mundo o, mejor dicho, experiencia en el mundo externo. Está también la experiencia interna que procesa ese mundo. Por supuesto, los parámetros de esa experiencia son psicológicos. Tienen explicación. Pero qué cosa pasa a cada uno y qué cosa hace cada uno con los recursos que cuenta, es otra cuestión.

Es una cuestión de experiencia.

## 6. LA EXPERIENCIA

### **Experiencia es vivencia.**

Con este título rescato términos que se usan cotidianamente pero no se encuentran siempre en el discurso científico. De las acepciones distintas que encontré para el término “experiencia” surge una multivocidad que mantengo, pero precisando dos aspectos de un mismo sentido: *experiencia es lo vivencial*, ya sea entendida como la vivencia que tengo al vivir una situación o como referida al conjunto global o parcial de vivencias (experiencia de vida o experiencia profesional, matrimonial, deportiva, por ejemplo)

De modo que al referirme a la experiencia estaré hablando del cúmulo de experiencias que tuve y también, en el presente, del modo de registrar o producir vivencias. En cualquier caso, sea que se trate de una vivencia recordada o una vivencia que siento en el presente, de modo espontáneo o producido, *la experiencia siempre es vivencia, algo que se vive*. Pero tiene esta carga de sedimentación, de pasado.

En ese sentido, la experiencia tiene autoridad. “A mí me pasó y por eso puedo hablar” es, más o menos, lo que uno dice a veces cuando rescata esa autoridad frente a otros. Así, se convierte en molde preparatorio o referencia para nuevas experiencias. Si bien es algo que pasó o que se vive, la experiencia es también matriz en tanto enseñanza o referencia, sirve para preparar la experiencia que se va a tener.

Una cosa es obrar por experiencia y otra, de manera espontánea o por intuición. En aquella uno se guía por la cabeza y en ésta, por una sensación difusa que se suele adjudicar al “corazón”. Son las “corazonadas”. Así que si la experiencia va a ser molde para otras experiencias uno tendrá que revisar con más cuidado lo que ha pasado y qué enseñanza le dejó. Porque una cosa es lo que aprendí de una experiencia y otra distinta, muy distinta, cómo me “marcó”.

La marca de la experiencia puede ser que uno esté advertido respecto de ciertas cosas que sabe que pasan. Otra cosa es que uno esté “escaldado”, como quemado por lo que pasó y eso le haya dejado pautas conductuales disponibles para actuar en cuanto se presente la señal que las dispara. Uno puede tener un accidente de tránsito. De ahí podrá aprender determinadas precauciones a tomar pero algo muy distinto es que no quiera volver a conducir o salir a la calle, por dar casos muy groseros que pueden derivar de una misma experiencia.

No es “la voz de la experiencia” lo que hace que uno actúe compulsivamente. Esa “voz”, en todo caso, sugiere, advierte, recuerda situaciones para poder rescatar en el presente lo que resulte más conveniente de acuerdo a esas representaciones.

Volviendo a los términos, una cosa es que uno recuerde vivencias para cotejar con la situación presente o por vivir, y otra, que a uno se le impongan vivencias que tienen por matriz el pasado.

### **Formación y experiencia.**

Durante la etapa de formación voy haciendo mi experiencia de un modo impuesto en una proporción que depende de mi medio de pertenencia. Mis mayores me someten a la participación en ámbitos que han sido programados –las instituciones educativas- para producir en uno una determinada experiencia, determinadas vivencias acordes con las del resto de la sociedad o, al menos, de mi ámbito de pertenencia.

Una cosa es la educación, la pauta del cincelado, el molde de la matriz que me quieren imprimir, y otra es la experiencia que voy acuñando, viviendo en ese proceso de formación.

Ya en el útero materno, el cuerpo que me contiene y la forma como reacciona ante el mundo que me rodea, comienza a imprimir experiencias en mí. Más claramente en el medio familiar



y luego en la escuela, me van estimulando vivencias en una dirección por lo general coincidente: apuntan a hacerme incorporar reglas de conducta que contienen más “noes” que “síes”. De ese modo configuran límites que me lastiman y hasta mutilan, si considero la posible atrofia de facultades que dejo relegadas, como resultado del rechazo que recibo como respuesta ante los primeros despliegues que intento.

La nota común en la educación que recibí es que tenía que desarrollar la inteligencia y convertirme en un ser racional, en alguien que lo entiende todo y es capaz de razonarlo y, por supuesto, que debe entender cómo comportarse y ser capaz de controlarse y conducirse como los demás esperan que lo haga.

Tanto la educación familiar como la institucional tienden a hacerme entender las cosas y a incorporar los límites desde el puro entendimiento, sin posibilidad de comprensión por experiencia. La sensibilidad no es considerada en modo alguno. Lo que siento frente a las situaciones en que me hacen participar no es relevante. Lo que importa es que aprenda a conducirme como indican, haciendo caso omiso de mis sensaciones y sentimientos.

Importa que me amolde al mundo e incorpore sus pautas. El mundo interno, lo que siento es totalmente secundario. Con el tiempo, se supone que aprenderé a sentir “como se debe”.

La educación, dadas esas condiciones, no asegura en modo alguno el resultado que persigue. Lo que se intenta formar no necesariamente termina formado como se intentó.

Para ese proceso de formación, quien es objeto del mismo aparece como pasivo. Se lo ubica como pasivo al mismo tiempo que se le exige actividad, que sea actor (y no agente) de una conducta esperada. Se lo emplaza en una posición de virtual sometimiento, merced al sistema de estimulación con premios y castigos. Todo llega desde afuera y el niño debe someterse y aceptar. No sólo aceptar lo que le llega, sino que además debe aceptar el mismo hecho de la estimulación y el momento en que se produce. Dudo que las modernas técnicas pedagógicas mejoren la estimulación porque el desencanto o la disconformidad de los educadores pueden ser sentidos como castigos en tanto no son reconocimiento. Amén de que puede sentirse una falta de atención o indiferencia.

Por tanto, el hecho de que *llegué a este mundo en una situación que no he elegido*, determina que lo mismo sucedería con las posteriores situaciones que viví. Durante mucho tiempo, durante el interminable período de la socialización, desde niño y hasta adolescente, continué en la imposibilidad de elegir la situación en que quería participar. Y no sólo de elegir la situación en la cual participar socialmente sino que, incluso, se me impedía desplegar las situaciones que me resultaban imprescindibles para el desarrollo funcional de mi cuerpo, como es el caso de la actividad sexual.

Incorporé las pautas que imprimía el molde, pero la experiencia resultante fue, por lo general, distinta de lo que se pretendía.

### **Experiencia y visión de la realidad.**

Tengo vivencias acumuladas en la memoria y tengo vivencia de esa experiencia. Pero también voy haciendo mi experiencia a cada momento, al tiempo que actualizo las vivencias pasadas e imagino las futuras.

Esa experiencia que hice y hago, constituye mi visión de la realidad. Para mí es real lo que experimento, pero no vivencio todo lo que pasa a mi alrededor, sino aquello para lo que estoy preparado, aquellos fenómenos para los que *me habilita* mi experiencia. Puedo disfrutar de un sabor determinado si lo conozco. Si no lo conozco tardeo unos instantes en reconocer el sabor por sí mismo, como sensación. Y la sensación de agrado o rechazo llega después de ese reconocimiento si no es muy intenso. El cuerpo reacciona ante el reconocimiento. Se configura una imagen a partir del material de memoria que trae los códigos de sensación. Y así surge la respuesta. Así se hace carne el “dato” de sentidos externos.

Los fenómenos que no reconozco, los que no tienen la señal codificada que atrae mi interés, pasan desapercibidos o, a lo sumo, quedan acumulados en mi memoria como mera información, no como experiencia.

Al no afectar el cuerpo esos datos no me comprometen integralmente y quedarán como conceptos abstractos, o como imágenes visuales, auditivas, etc., archivadas en la memoria.

En algún momento esas imágenes podrán habilitar mi experiencia, podrán servir para reconocer un estímulo y abrir un canal de vivencia, o quizás nunca suceda.

Puedo acceder a la experiencia desde muy distintos puntos de vista y desde muy distintos estados de conciencia, desde muy diferentes situaciones en que participo, según el nivel de desarrollo o las habilidades que haya pulido durante la situación. Una situación puede hacerse carne en mí o no. Puede pasar inadvertida, puedo ser impermeable o me puede comprometer (para bien o para mal).

Esa experiencia activa mi conexión con el mundo, moviliza mi cuerpo y me hace sentir vivo. Y prepara la condición para las situaciones que siguen.

No es lo mismo estar dispuesto a vivir una situación que enfrentarla pensando en otra cosa. Uno “está en otra”, no siente que las cosas le toquen o le importen. Y no procesamos. Ni la situación ni yo. Que somos lo mismo.

Lo mismo pasa con la situación general que vivo. Puedo estar atascado en un punto de mi desarrollo. Quizás tuve que enfrentar situaciones antes de estar preparado y desarrollé roles muy duros que no me permiten conectar con lo que siento y actuar desde esa sensibilidad. Y esa dureza, esa cristalización incide sobre el resto de mis situaciones.

Emerjo de un nivel de situación al pasar a otro. Cuando me desarrollo, salgo de una experiencia más densa, más basta, más tosca, para asomarme a una experiencia más sutil, más cristalina, más transparente. Más luminosa.

A lo largo de la vida voy modificando mi manera de ver el mundo y a mí mismo. La misma realidad va cambiando el modo de verla o puedo cambiar mi visión y eso habilita captar la realidad de otro modo.

*Siempre tengo una visión por delante.*

### **Las dimensiones de la experiencia.**

En principio, *las dimensiones de la experiencia son las dimensiones del mundo.*

Así, pues, me encuentro con que las dimensiones primarias de la experiencia son el espacio y el tiempo.

El espacio me impresiona de inicio como la dimensión relevante en tanto contiene mi cuerpo, pero poco a poco voy descubriendo la importancia del tiempo.

La difusión de las revolucionarias postulaciones –hoy un tanto añejas– de la teoría de la relatividad no han alcanzado a alterar los parámetros de la experiencia normal, según los cuales ambas dimensiones no dejan de estar disociadas.

Mi experiencia está determinada en primer término según lo que veo y experimento por el mundo desde mi actitud espontánea (lo que Husserl llama actitud natural). Esto es, lo que despierta en mí el medio (espacio) que me rodea y los objetos (cosas y personas) que se emplazan en él y me estimulan. Es la actitud en que me emplaza la creencia, sin crítica.

Sobre esto tengo una experiencia biográfica que para mí fue shockeante. De la invasión de las Islas Malvinas me enteré por el diario que recibía en casa. Al leer los titulares, pacifista y no-violento que soy, hice un comentario irónico y crítico de ese “acto de gobierno” de la Junta Militar. Por entonces, contaba con 34 años y tenía que encontrarme con un colega unos 30 años mayor. Cuando llegué al bar donde me esperaba lo ví con los ojos llorosos. Le pregunté qué le pasaba. Tenía un hijo cumpliendo el servicio militar. Me conmovió su dolor ante un hecho que a mí me resultaba ridículo. Viajé a La Plata (distante unos 70 km. de mi ciudad,

Buenos Aires). Al regreso, cuando el micro entró en Buenos Aires la gente estaba colgando banderas argentinas en los balcones. Aunque la situación me parecía producto de una borrachera de los tres comandantes en jefe, aunque no participaba ni remotamente de esa forma de recuperación de la soberanía sobre las islas, aunque visceralmente rechazaba la guerra, comencé a vivir envuelto en ese torbellino al punto de que estaba pendiente de lo que informaba la tele minuto a minuto. Desde aquel comentario irónico inicial, emitido desde mis creencias más coherentes hasta llegar al padecimiento de esa situación, y durante el tiempo que duró esa pesadilla, sobrellevé con estupor cómo podía conmoverme la constelación de representaciones biográficas en las que anclaba la nacionalidad. Pero no puedo olvidar aquel inicial contraste de paisajes: yo llegaba de dejar a mi mujer y mis hijas pequeñas en mi casa, y mi colega tenía un hijo bajo bandera. El contraste de las experiencias y las visiones resultantes me dio una evidencia indeleble de la incidencia de las visiones en mi conducta, matizadas por las creencias que se juegan en cada situación.

Además del espacio, estoy condicionado por el tiempo. *Estoy inmerso en una corriente que deriva del ayer hacia el mañana de manera constante mientras floto en la inestabilidad de un ahora casi inaprehensible dentro del marco de un hoy que me contiene transitoriamente.*

Con el transcurso del tiempo aprendo que ese transcurrir también me determina- Solo que en lo inmediato se me escapa de qué modo me impresiona y deja una huella que solo puedo percibir a través de las grandes variaciones en el crecimiento o desgaste del cuerpo, o de los cambios internos de los estados de ánimo más permanentes.

Ya sea con imágenes claras o difusas, el transcurso del tiempo me deja una visión del pasado que es, precisamente eso: una visión, una imagen general de lo ocurrido, un paisaje. Y eso me determina.

Obviamente, el medio que me rodea es un paisaje en el sentido más literal de la palabra. Y, acompañado de recuerdos y futuriciones, más bien estoy inmerso en mi paisaje interno que en el externo. Esas visiones internas me determinan dentro de las posibilidades que ofrece el mundo externo. Por tanto, siendo visiones, *lo que condiciona mi experiencia es un paisaje.*

Ya sea del futuro, actual o pasado; inmediato, en tanto lo percibo, o posible en tanto lo imagino, siempre es un paisaje lo que condiciona mi experiencia.

## **Umbrales**

Literalmente, la Real Academia dice que umbral es: “Paso primero y principal o entrada de cualquier cosa”. Existencialmente, puedo designar con ese término el “estar a las puertas de”, en el punto de iniciar algo. Así se habla de los umbrales de la adolescencia, de la juventud, de la madurez, el umbral de la carrera profesional, etc. No identifico aquí umbral con comienzo, el principio de algo. Puede ser que algo empiece pero también puede que no. En todo caso, el umbral separa este “aquí” en que estoy de un “más allá” que avizoro.

En un proceso hay umbrales entre las distintas etapas. Es éste el sentido del título.

Pero hay otros umbrales.

## **Los umbrales de percepción**

Una de las fotos más curiosas que recuerdo y que ilustra muy bien este tema de los umbrales de percepción es la de una rana quieta en medio de varios insectos muertos, colgados de piolines. El epígrafe decía algo así como que en el medio de un festín, la rana era capaz de morir de hambre (Robert Jastrow, *El telar mágico*).

En efecto, la rana “tira el mordiscón” hacia su presa solo si ésta se mueve. La rana solo percibe lo que se mueve y solo lo que se mueve es comestible.

Un insecto quieto no existe para la rana. Porque no lo percibe.

Su sentido de la visión apenas percibe formas difusas, nada de colores ni de profundidad, etc. O sea que su mundo es bastante “limitado”.

¿Qué lo limita? los umbrales de percepción.

Sólo se percibe dentro de determinada franja de estimulación; *por arriba o por debajo de los umbrales que limitan la franja de percepción, el fenómeno no existe.*

Los seres humanos están bastante mejor dotados que los batracios pero no menos limitados que ellos.

Los sentidos externos también están limitados en tanto están configurados para percibir determinadas franjas de estimulación. Esta limitación perceptual a determinadas franjas de estimulación está impuesta, en principio, por la constitución física. La configuración orgánica de mis sentidos y mi cerebro imponen umbrales a mi percepción.

En términos neurofisiológicos, los umbrales están relacionados con la actividad de conexión de las neuronas. Para que una neurona provoque la respuesta de otra tiene que sobrepasar el umbral de ésta, tiene que estimularla por sobre su umbral, por debajo no hay respuesta.

El umbral puede ser sobrepasado por la intensidad del estímulo que conduce una neurona o por la sumatoria de estímulos que aportan varias neuronas. Varios estímulos de baja intensidad provocan el disparo de la neurona estimulada porque se suman elevando su umbral. Que el disparo de la respuesta dependa de la intensidad del estímulo más que de la capacidad de la neurona para ser estimulada, puede llevar a una indebida extensión de este mecanismo de funcionamiento al nivel del comportamiento, o sea, a la interpretación de lo que hago frente a un estímulo externo.

A partir de esto puede leerse que no se responde si el estímulo no tiene la intensidad suficiente, y de ese modo *el acento queda en el afuera, en el área del estímulo, del objeto.* Desde este punto de vista esquemático la conciencia parece pasiva frente al mundo, un mero reflejo de éste. Y no es así. La conciencia está en constante actividad. Puede sumar intereses ante un estímulo insuficiente y dar una respuesta.

Una conciencia atenta provoca un estado de “umbrales bajos” por usar un fisiologismo. El circuito de respuesta trabaja en diferido. En función de un estado general de alerta y pese a él, no puede dar una respuesta refleja. A menos que se quiera. No dará una respuesta automática a menos que sea elegida. La atención permite preparar la respuesta, que incluye el diferirla en caso necesario. Por tanto, un estado atento da tiempo, brinda el tiempo necesario para ponderar el estímulo y adecuar la respuesta.

Por tanto, *yo puedo hacer variar los umbrales de percepción, dentro de los límites fisiológicos dados, en la medida que puedo despejar el fondo de ruido y seleccionar los estímulos, tanto externos como internos, regulando su intensidad.*

### **Umbrales de experiencia.**

Por un lado están los umbrales de percepción. Además, está la limitación de mi visión que tiene que ver con la experiencia y por tanto, con el entrenamiento de la mirada que habilita mi experiencia.

*En mi experiencia existen umbrales, límites por debajo o por arriba de los cuales no me doy cuenta de lo que percibo.* Aún percibiendo es como si no percibiera, porque no reconozco el fenómeno.

Mi experiencia es acumulación biográfica, la acumulación de lo que he vivido. Mi postura corporal, mi sistema de tensiones, mis climas y mis ensueños más repetidos, son el resultado de lo que he vivido. Se podría decir que *a cada momento soy mi biografía en acción*<sup>24</sup>.

---

<sup>24</sup> Silo, Apuntes... II.

Mis gustos, mis valores, mis intereses, son aprendidos. Resultan de un largo proceso de aprendizaje que los ha incorporado ya sea por transmisión, por imitación o por experiencia.

El mundo que vivo -mejor dicho, mi mundo, el sector de mundo que ocupo, las situaciones que vivo- es producto de mi experiencia, de mis elecciones. Es cierto que no elijo en qué situación nacer pero a partir de entonces las situaciones de mi vida son fruto de mi elección. Al menos, de lo que elegí hacer con lo que “me tocó en suerte”.

Dije antes que mi mundo es mi paisaje y que mi paisaje es mi mirada. Veo lo que puedo ver y como valoro ver. Veo cómo aprendí a ver. De modo que *lo que veo es como lo veo*.

*El paisaje es mi mirada. Si quiero describirla sólo podré hacerlo observando atentamente el paisaje.*

Los atributos que estructuran mi mirada aparecerán proyectados en el paisaje, según las leyes asociativas. De modo que para descubrirlos tendré que relevar las características constantes, comparar con paisajes ajenos, con la mirada de otros sobre la misma situación. La afinidad o el contraste me permitirán notar ausencias y presencias destacables. Es cuestión de usar la imaginación para contrastar.

Siguiendo las reglas asociativas de similitud, contigüidad y contraste, puedo ver qué falta de acuerdo a parámetros de la experiencia habitual del mundo; cuál es la probable carencia que proyecto compensatoriamente, qué elemento del mundo aparece opacado o resaltado. En fin, usando la imaginación puedo mover el paisaje, deconstruirlo y reconstruirlo para ampliar sus posibilidades. Que son las mías, claro.

De modo que *mi experiencia depende de mi imaginación. Que pone el horizonte de mi mirada.*

Por supuesto, es una cuestión de entrenamiento.

Pero ¿cuál? Habrá que ver. El que resulte más afín conmigo. Pero, como el paisaje es mi referencia y el imprescindible punto de aplicación de mi actividad, habré de atender a las condiciones de la experiencia.

## **Los grados de experiencia**

En materia de espiritualidad tiene relevancia la imagen de lo esotérico. Tradicionalmente, se dice que es iniciático. Lo iniciático tiene grados. En realidad, son grados de iniciación en una experiencia, de profundidad en la experiencia.

En toda franja de mi realidad, en cada situación he vivido o puedo vivir una iniciación, una experiencia a partir de la cual se abre otro horizonte para mí pero *a partir de algo vivido*. La iniciación aporta un piso de certeza para la experiencia futura. Algo que resulta indudable. Después surgirán otras dudas pero ya no la puedo negar de plano.

Apuleyo relata al final de su “El asno de oro” su experiencia iniciática, sintetizándola al decir que vió salir el Sol en plena noche. Esa experiencia de iluminación no la podrá olvidar a partir de entonces. Es un antes y un después.

De manera semejante, después de años de hacer yoga y husmear por variantes orientales como la meditación, en la primera reunión del siloísmo a la que asistí “me presentaron” la esfera luminosa<sup>25</sup>. Durante la experiencia quedé envuelto en una esfera de luminosidad amarillenta y cálida que me marcó el camino a seguir.

El tema de la experiencia presenta distintos grados posibles. Clásicamente se llama iniciación a los rituales que apuntan a producir en los participantes algún tipo de experiencia. Las iniciaciones reales son experiencias que se tienen en situaciones vitales.

---

<sup>25</sup> Se trataba de la experiencia con la Fuerza que indica Silo en el cap. XV de La Mirada Interna, O.C. T. I.

De los distintos grados iniciáticos no puedo decir nada porque no pertenezco a organizaciones esotéricas. Sí puedo decir que en el camino del desarrollo personal se presentan momentos de crecimiento, momentos en que cambia la experiencia. Puede ser que uno tenga una experiencia en particular que lo marque y sea distinta a lo anterior pero el cambio de etapa está dado no por una experiencia en particular, sino porque a partir de un momento la experiencia no es la misma. Cambia los parámetros de la experiencia, uno no vive de la misma manera, no piensa ni siente de la misma manera. La experiencia cambia, y eso se manifiesta no por los contenidos que pululan en la conciencia sino por el modo como se hacen las cosas. Otras veces los cambios pueden ser graduales y los advierto una vez producidos.

Con el cambio me doy cuenta de que he entrado en un nuevo territorio. El cambio que se da en el modo de la experiencia es un cambio en la estructuración del paisaje que se vive. Al cambiar mis vivencias, el modo en que siento, pienso y hago, el modo en que miro, básicamente, cambia también lo que miro. Al cambiar la mirada cambia lo mirado. Ese es el punto central: mirada y mirado son una misma cosa. Mirada y paisaje son una estructura. Cuando estoy mirando algo y cambia la mirada, cambia lo que estoy mirando. Y viceversa porque es estructural la dinámica: un cambio en el paisaje puede modificar mi experiencia. De hecho, es el modo habitual en que se producen los cambios en mi experiencia hasta que comienzo a orientarla.

Esos son los cambios que se producen en la experiencia del desarrollo personal. Por eso se habla de grados iniciáticos, porque los iniciados van pudiendo lograr distintas experiencias. Al menos eso se supone que era en la Antigüedad.

### **Umbrales en el desarrollo personal**

En la experiencia del desarrollo personal hay umbrales. Estos umbrales hay que respetarlos. En este sentido *un umbral es límite, por un lado –ya no se puede seguir con las cosas como eran- y es borde, por otro -a partir de él viene algo distinto.*

Hay umbrales comunes dados por la educación, cuyos cambios son sincrónicos para los individuos que los transitan regularmente. El cambio de la enseñanza primaria a la secundaria y el final de ésta, coinciden con los tránsitos biológicos a la adolescencia y -en otros tiempos- al final de ésta.

En la vida cotidiana se encuentran varios ejemplos consagrados por expresiones habituales que aluden a la existencia de esos umbrales como “no seas infantil”, “pareces un adolescente” y otras por el estilo que califican la inadecuación de algunas conductas a lo que se espera según la edad.

*Lo humano se caracteriza por su dinámica de cambio constante.*

En esa dinámica sucede que uno pasa un umbral pero puede retroceder. Puede volver a hacer las cosas como antes. Tuvo una experiencia que definió un límite y mostró una posibilidad, sea porque aconteció o porque resultó de un proceso, pero no se consolidaron las nuevas condiciones y regresó al estadio anterior.

Viví un caso personal de resistencia cuando me recibí de abogado. Como no había elegido libremente la abogacía, busqué alumnos para dar clases de yoga mientras fantaseaba con retomar la carrera de Psicología. Internamente no había desarrollado las expectativas de un profesional ni las había alimentado siquiera. De hecho, fracasé con el “yoga a domicilio” y tuve que comenzar en lo mío retomando donde lo había dejado años atrás, cuando era todavía estudiante y empezaba a ganarme la vida haciendo diligencias para otros abogados. A partir de esa actividad accesoria de gestor fui incorporándome a la actividad profesional. No me sentí abogado hasta que conviví asociado a un amigo y colega -hijo de abogados- con quien terminé de afianzarme.

En otros casos fuerzo el umbral porque quiero tener una experiencia. Lo paso y voy para

adelante. Los umbrales son el acceso a un ámbito determinado y todo ámbito es una estructura, un campo de tensión interna. Si dentro de ese ámbito introduzco contenidos que no le corresponden –o formas o procedimientos o actividades- los rechaza y expulsa el intruso hacia fuera. Y vuelvo al estado anterior que es me corresponde por el nivel de desarrollo de mi experiencia, por lo que hago, por cómo me comporto.

Es semejante al primer caso que presenté, sólo que en éste no sobrevivo sin conductas adaptadas. En mi caso, cuando me casé se esperaba que trabajara, dejara de andar vagando por ahí estos raros asuntos de la militancia socioespiritual y me dedicara a mi esposa, preparando “el nido” y el mundo al revés: ella me reclamaba que no trabajara “tanto” y por suerte ambos “vagábamos” juntos en estos asuntos. Pero la realidad manda y tuve que terminar asumiendo la carga de la provisión con sus concomitancias de entrega de tiempo al trabajo. En este punto, mi esposa no se adaptó: ni pudo ella desarrollar una actividad laboral ni asumir la tarea paralela del hogar. Nunca terminé de adaptarme a la situación de crear una familia porque no la había elegido libremente y el resultado fue catastrófico.

Además, se puede regresar al estado anterior porque no se afianzó el nuevo estado o porque se forzó la entrada y no correspondía que uno accediera a ese ámbito. El divorcio es un ejemplo trillado de cualquiera de ambos casos. Óbviamente, ése fue mi caso.

Por fin, sucede que producido el cambio, traspasado el umbral, ya no se vuelva a lo anterior. Este es el sentido figurado de lo iniciático, que no se vuelva atrás, que no se repita lo que se daba antes. Una vez que uno aprendió a caminar deja de gatear; cuando los hijos crecen dejan “el nido”.

La muerte del otro, por ejemplo, es una experiencia de la que no se vuelve. Pero la conciencia hace sus intentos para borrarla.

En ese sentido, *la experiencia de lo espiritual es una iniciación*. De modo que no es que la espiritualidad tenga alguna utilidad. Es como la capacidad de abstracción: uno puede desarrollarla o no. Si sucede, tendré un rango distinto en la interpretación de los datos, que ampliará mi posibilidad de entendimiento y comprensión y, por ende, mi visión de la realidad a partir de la generación de horizontes. Si no lo hago, queda encerrado, desconectado en la pura experiencia intelectual o en la pura rutina cotidiana, si lo intelectual no es mi tendencia.

Lo mismo ocurre con la espiritualidad. Pero en determinados grados de desarrollo, va modificando no sólo la visión sino mi mismo ser, por la profundidad de su alcance.

Se trata, simplemente, de otro nivel de experiencia del que mucho se ha dicho. Pero no es más que eso: otro nivel de experiencia.

## **VIVO LO QUE CREO... Y CREO LO QUE QUIERO**

Es el único subtítulo que merece mayúsculas. Es, en todo caso, lo que quería transmitir con todo lo dicho sobre la experiencia, y resume el texto entero.

Por si no quedó claro, sintetizo: *mis vivencias están acotadas, en definitiva, por lo que he aprendido, que es lo que soy y puedo vivir*. Es mi alcance pero también mi limitación. De modo que es casi una cuestión de hecho, ya dada en el momento que la considero.

La primera formulación que subyace en la frase del título es “*vivo lo que puedo*”. Ese poder está incorporado a mi vida. Es el piso de mi existencia.

Desde el punto de vista que ha estructurado la visión que intento transmitir, se podría decir que soy una mirada, que soy mi mirada. *Mi posibilidad de ser es mi posibilidad de ver*. Y eso está codificado en mi mirada.

*Y mi mirada está estructurada por mis creencias*. De modo que soy lo que creo ser y vivo de acuerdo a esas creencias.

Pero este verbo creer es realmente increíble: en la primera persona del presente conjuga

simultáneamente dos verbos: creer y crear. Será puro azar pero visto todo lo que expuse, más que azar parecería ser una elección de su creador. Porque *lo que creo, crea mi realidad* al poner en práctica mis visiones.

Ahondando un poco más, *mi creencia es anterior a mi acción*. Por tanto, forma parte de mi expectativa, del momento existencial previo a la realización de lo que me propongo (o no). Simplemente es anterior a lo que hago, me lo proponga o no. Porque el propósito que vivo como tal es fruto de una deliberación, de un proceso de elección.

Y lo mismo pasa con el crear. Me pasa. Me doy cuenta de lo creado cuando lo veo. Y para eso tiene que ser distinto de lo rutinario. Siento que creo cuando hago algo distinto. De modo que *puedo crear por y según mi creer*.

Estas acciones rutinarias tienen el sabor de lo mecánico, no las vivo como queridas. No siento un querer intenso aunque, en definitiva estoy queriendo, si lo estoy haciendo. *Todo lo que hago es porque quiero, porque lo elijo*. Las condiciones de mi acción pueden estar tan contaminadas por lo externo, por el deber o la rutina, que no siento que las elija. Sin embargo, he elegido estar en esa situación cuando menos por haberla aceptado. Y por repetir esa aceptación momento a momento.

De modo que, desde otro punto de vista, *esa expectativa es lo que quiero* aunque no siempre sienta esa fuerza en mis acciones como previa.

No siempre mi creencia y mi querer convergen. El querer está más cerca de los sentimientos cuando me pasa, cuando no lo manejo. Quiero porque quiero y punto. Pero hay un querer de la intención que engloba, que condiciona la vivencia y su expectativa.

Eso se puede trabajar.

*Puedo crear lo que quiero*. Puede ser que quiera algo que no veo con claridad. Bien, orientado por ese querer puedo amasarlo con mi imaginación. Las variaciones en el sentimiento irán dando la pauta, me irán diciendo si lo que estoy pensando encaja o no con el querer.

Y puedo terminar queriendo cosas que antes no estaban en mi imaginario, que no entraban en el ámbito de mis creencias. Cosas que se presentaron inesperadamente o que intuí, porque no siempre puedo dar forma perceptible a mi querer. A veces es un puro querer algo que no se bien qué es. Pero que me orienta hacia su realización.

De modo que *puedo vivir lo que quiero*. Y esto suena a voluntarismo. No lo es. El voluntarismo es creer que puedo conseguir lo que quiera porque lo quiero. No es imposible pero es muy difícil tal cosa.

Lo que digo es que puedo lanzar una intención en la dirección querida, que puedo pensarla con cuidado y detalle. Sobre todo, digo que tendré que atender a las condiciones de esa experiencia. Y tener en cuenta que a lo que me estoy lanzando es a hacer una experiencia. Será en pos de una cosa, de una situación, de lo que fuera. Pero lo que está en juego es mi experiencia de conseguir eso, de crearlo.

Porque se trata de hacer experiencia. Y eso tiene sus condiciones.



## 7. LAS CONDICIONES DE LA EXPERIENCIA

### El telar de la mirada

La primera de las condiciones de mi experiencia es *el mundo* que me rodea en la medida que me condiciona pero también, *habilita mi experiencia*. Sin él, no soy. No sólo porque es mi fuente de recursos sino que es punto de aplicación de mi energía en tanto objeto de mi actividad.

Aparezco en este mundo y en él concluyo mi tarea.

El afuera enmarcado por las categorías de espacio y tiempo o, mejor aún, modelado por las nociones previas del espacio y el tiempo<sup>26</sup>, es mi ámbito de experiencia. Esas categorías no están en el mundo sino en mi mirada<sup>27</sup>. Como todas las categorías que califican y constituyen las dimensiones del mundo.

Desde antiguo las categorías de espacio y tiempo son condiciones objetivas de la experiencia que Kant puso del lado del sujeto: en tanto intuiciones a priori son las condiciones que pone mi experiencia antes de que se produzca. Pero mi experiencia, dice él, es externa, es experiencia del mundo. Mi sensibilidad, mi percepción, la base de mi experiencia, es externa. Esa es la experiencia verdadera, la que cuenta. Los frutos de la especulación, de la imaginación fantástica, no son verdaderos, no pertenecen a la realidad.

Más allá de toda disquisición sobre la realidad y qué cosa es, esta afirmación kantiana hay que tomarla al pie de la letra para avanzar por el camino con paso firme y evitar los desvíos de la fantasía que enturbian mi mirada, desconectándome de lo que es, lo real. En principio.

Mi mirada es como un cedazo de desvaídas preimpresiones sensibles que retienen las formas del mundo y se destacan cuando los estímulos coinciden con ellas. Por eso mi mirada es matriz del paisaje y sin éste no puedo advertirla. *Lo que veo afuera es lo que está en mi mirada*.

Por eso el mundo es condición de mi experiencia y me brinda la ocasión de descubrir la configuración de mi visión para poder comprender las claves de mi mundo interno. De modo que *el medio que me rodea aporta las hebras con que la conciencia puede tramar el espíritu sobre el telar de la mirada*.

### El cuerpo necesita el mundo

La figura anterior es bonita y la frase suena a profunda pero solo se puede comprender a partir de la experiencia. La dejo asentada sin más porque también se necesita alguna imagen que convoque la curiosidad para estimular el interés. Esta figura del telar está inspirada por una imagen de Sir Charles Sherrington citada por Jastrow (“El cerebro es un telar mágico...”)<sup>28</sup>.

Desde un punto de vista más inmediato y concreto, transito la vida con/en/por un cuerpo que me conecta de modo operativo con el mundo. De modo que este dato no es menor: *el cuerpo*, aunque sea mi realidad más íntima e inmediata, *es del mundo*. Es material como la mayor parte de la materia mundana y por eso me sirve para operar con ella.

Más allá de toda creencia, sea que uno afirme la trascendencia o la aniquilación, lo verificable es que a la vista de quienes lo rodean, el cuerpo deja de funcionar cuando aquélla acaece.

---

<sup>26</sup> Analizadas por Kant en su *Crítica de la razón pura*.

<sup>27</sup> Silo

<sup>28</sup> En *El telar mágico*.

*Y el cuerpo necesita del mundo para funcionar. No sólo porque provee los nutrientes necesarios para la conservación de su materia sino porque provee los estímulos imprescindibles para su actividad psíquica, que también hace a la conservación de su materia. De modo que desde el punto de vista de mi sillar físico no puedo prescindir del mundo.*

### **Yo necesito el cuerpo**

Desde el punto de vista propio de lo humano, la interdependencia es todavía mayor en tanto *el mundo es mundo para una conciencia que lo configura con su mirada y, paradójicamente, la mirada es mirada del mundo*, ya que sin él no podría ser. Intentaré una alegoría porque no se me ocurre que haya otro modo de comprenderlo, ya que no puedo percibirlo en tanto estoy limitado por las condiciones de mi experiencia: por un lado hay materia informe y por otro, una cosa gaseosa indefinida, en el mejor de los casos. La conciencia aporta con sus formas la figura de las cosas y con ella sobreviene la separación.

La interacción conciencia-mundo me constituye y por ella me desarrollo. Entre el mundo y yo hay un proceso de retroalimentación. Con mi actividad el mundo se hace mundo y cada vez más, mientras yo me hago humano, en mi intercambio con él. Y puedo serlo cada vez más en la medida que esa actividad tienda a la coherencia, a la integración.

Los problemas e inconvenientes y la misma contradicción, son mi campo de labranza. Esa contradicción es la oposición de intereses que se debate dentro de mí. Y me puede confundir o paralizar o falsear.

Es el cuerpo el que va a brindar la clave indiscutible de mis intereses: *mi interés está donde va el cuerpo*. Donde pongo el cuerpo estoy aplicando mi tiempo, lo único que tengo. Por tanto, *donde invierto mi tiempo está mi interés*.

### **El cuidado del mundo**

El mundo es mi medio. Es mi fuente de nutrición no sólo física sino también psicológica. Por eso tengo que cuidar de él. Necesito asegurar no sólo su continuidad sino su desarrollo en la dirección de poder obtener los nutrientes que necesito. Porque no cualquier mundo servirá para mi desarrollo. Hay mundos más propicios y otros que lo son menos.

El desarrollo de la actividad de cuidado del mundo implica que me ocupe de que el mundo sea como quiero que sea. Siempre es mejor una fuente de estímulos gratos que una de sufrimiento.

Mi condición espontánea en el mundo es de roce, de fricción, de modo que no necesito condiciones difíciles o duras para desarrollarme. Basta con la mera situación de haber sido arrojado en el mundo para que tenga suficiente ocasión de entrenarme.

Además de observar mi conducta tendré que ver qué mundo quiero y en qué dirección quiero que vaya. El cuerpo podrá mostrarme cuáles son mis intereses pero eso no quiere decir que no pueda modificarlos.

Si quiero conocerme tengo que hacer. Necesito saber cuáles son las respuestas posibles para provocar mi experiencia.

Y en ese hacer, me observo.

Ocuparme en el cuidado del mundo, en hacer que el mundo sea como quiero, me pone en situación de ponerme en presencia de las pautas que lo configuran. Las estructuras del mundo las llevo dentro de mí. En él me formé, de él aprendo. De modo que, al querer cambiarlo, será claro que voy a sentir resistencia porque las pautas del mundo están en mí aunque mi ideología dicte otra cosa. Al resistir mi acción, esas pautas se hacen visibles.

De modo que lo mejor es tratar de cambiar lo que está afuera si quiero saber cómo he sido formado, qué es lo que me estructura y orienta. Así podré ver lo que hace que ponga el cuerpo en unas situaciones y en otras no.

## La condición de sujeto: la mirada interna

Mi condición de ser sujeto tiene que ver conmigo mismo. Soy actividad constante. Si me quiero conocer tengo que tener presente que se trata de un sujeto lo que “tengo entre manos” Aunque sea mi objeto de conocimiento, no se trata de una cosa, de un objeto material.

*Conocerme es emprender un camino en la dirección de ser cada vez más sujeto.* Cuanto más sujeto sea, cuanta más actividad despliegue, generaré más oportunidades de conocerme y, al mismo tiempo, de desarrollarme.

La de sujeto es mi condición básica y, paradójicamente, mi aspiración. Porque mi condición es la de estar sujeto a la situación que vivo y el proceso de liberación es un proceso de conquista de la autonomía que me lleva a ser sujeto de modo cada vez más pleno.

*Conocer es lo propio del sujeto, acrecentar la conciencia, ganar en conciencia de sí mismo. De modo que el conocimiento de sí redunde en conciencia de sí..* Para conocerme tengo que observarme y para observarme, estar atento. La incorporación de la atención como hábito facilita la conciencia de sí.

La conciencia ofrece una seria dificultad: no es un objeto que pueda atenderse ni un músculo que pueda entrenarse. La conciencia de sí se supone que es un escalón más alto que la vigilia, una ampliación de esta conciencia actual. Pero no es un elástico que pueda estirar.

Cultivar esa ampliación de conciencia demanda tiempo y conocimiento. De modo que la intención de conocerme a mí mismo, más que una tarea concreta es un propósito, una dirección.

Ese propósito de conocerme tiene una condición básica: asumir que soy sujeto. Esto parece de toda evidencia y una manifiesta perogrullada. Sin embargo, no es así.

Es la clave oculta a lo largo de la Historia en lo que hace a la revelación de la experiencia humana.

¿Podría dudarse que hasta aquí he hablado de mi experiencia? en términos tales que pueden ser comprendidos por otros y que podrían tomarse como una “teoría” de la experiencia humana. Bien, ahí está el problema. El modo en que expresamos el conocimiento es un escollo insalvable.

El mismo término “conciencia” va a generar problemas de comprensión acerca de cuál es el sentido en que lo utilicé. La opacidad del lenguaje radica en el punto de vista insoslayable con que se construyen las palabras. Se trata del problema que se ha llamado de “la primera persona” y “la tercera persona”<sup>29</sup>.

En el contexto del pensamiento que niega la existencia de la conciencia las investigaciones se han centrado en el lenguaje y hacen radicar el problema de la evidencia en su posibilidad de verificación objetiva. Va de suyo que para esa corriente la evidencia es material, o sea, perceptual. Evidente es lo que se puede percibir con los sentidos externos. Y no más. Por tanto, la percepción interna queda limitada a la información sobre jugos gástricos y otros fenómenos del medio interno corporal.

El aporte lingüístico es muy útil ya que permite darse cuenta del propio discurso pero no agota el fenómeno y sólo aporta un indicio, valioso, pero no más que eso. La naturaleza limitada del lenguaje lo deja ahí.

Es obvio que el sujeto se expresa en primera persona. Cuando me expreso mencionando a “yo” estoy hablando de mí. Bien. Como sujeto no es apropiado el discurso en tercera persona. Si lo hago, tengo que prestar atención porque puedo estar evadiendo el reconocimiento de algún sentimiento que no quiero sentir. Ese modo de racionalizar es tramposo porque me hace

---

<sup>29</sup> Daniel Dennett ; *ibid*

creer que hablo de mi experiencia pero le quito el teñido, la calidez, el gusto. Lo que me compromete. Lo que hace que mi experiencia sea mía. Y que resulta muy difícil de comunicar con precisión. Acá uno puede valerse de figuras, de alegorías que traten de expresar lo que uno siente. Puedo hablar de mi tristeza y referirme a ella como “mortal” o como que estoy “un poco” triste pero no podré dar la exacta medida y calidad de la tristeza que siento.

Detrás de la “primera persona” hay una mirada que la estructura. Como en todo. Si necesito poner lo que siento en tercera persona es porque hay una mirada que estructura ese modo de expresarme. Y esa mirada me pone afuera, me mira como desde afuera. Al hablar de mí como “él” me convierto en objeto. *Me pongo ahí afuera del cuerpo, en un lugar imaginario, y me miro y describo como lo haría con cualquier objeto.* Como dice Silo, me miro “desde el lado de las cosas”<sup>30</sup>. Esa mirada es una mirada externa.

Distinta es la mirada interna. Ahí no “me” miro sino que miro el mundo y hablo de mi experiencia, de lo que siento “aquí dentro”, en el cuerpo. De este lado de la piel, donde ubico mi intimidad, mi calidez o frialdad, mi agitación o quietud, mis estados de ánimo con sus cambiantes atributos.

La mirada interna considera mi experiencia como sujeto, considera lo que me pasa.

Puedo decirme: “Mi conciencia estructura esta situación en que estoy conduciendo un auto y advierte la peligrosidad que reviste que esté manejando a alta velocidad.” Pero también puedo decir: “Me da miedo manejar tan rápido”. ¿Se advierte en estas dos frases la diferencia? Lo habitual es que esté calificando el mundo sin parar mientes en lo que siento. Mientras que si pongo en claro para mí qué es lo que siento, me va a resultar más fácil comprender lo que me pasa con las cosas.

Por supuesto que uno puede manejarse con la mirada externa en el mundo de las cosas por comodidad y eficacia, porque es una mirada adecuada para la medición, el peso, el cálculo, todas operaciones necesarias para operar con lo externo. Pero para manejarme con “mis” cosas, con mis sentimientos y mis pensamientos, es una mirada tramposa.

La mirada interna considera lo que siento y me permite ponderar lo que viene, lo que voy a vivir. Puedo enunciar mis metas en términos objetivos. Pero si las enuncio en términos subjetivos, desde adentro, sintiendo lo que me pueden hacer sentir en el momento en que se realicen, viviendo la imagen como si fuera la situación por vivir, como si estuviera en el umbral de la situación, me moveré hacia ellas con más certeza.

La certeza es un fenómeno interno. La certeza es fruto de la mirada interna. La precisión lo es de la mirada externa. Resulta del manejo de “regla y compás”. Y esos instrumentos no sirven para nada en cuestiones de experiencia interna.

*La mirada interna me permite apreciar con certeza el sentido y la dirección de mis acciones.*

---

<sup>30</sup> El Paisaje Humano en *Humanizar la Tierra*, O.C. T. I.

## 8. ¿QUO VADIS?

¿Adónde vais? Tal lo que dice el latinajo del título.

¿Adónde voy?<sup>31</sup> Es una pregunta básica para mi vida y no está planteada desde el punto de vista de las trayectorias que un cuerpo pueda recorrer en el espacio (en este caso, el mío, claro).

### Una alegorización de la vida

De las imágenes que se han utilizado para alegorizar la vida, la del viaje me parece la apropiada para el caso.

Supondré que veo en una revista fotos de la ciudad de Nueva York que me producen la expectativa de tener mucho placer en esos lugares que muestran. Queriendo vivir esas sensaciones decido ir. He aquí lo que me moviliza: las sensaciones, lo que me hacen sentir las imágenes, lo sentido. Hoy es fácil: compro un pasaje de avión y voy. Pero eso no tiene gracia para mi alegoría.

Supondré que no puedo volar o que quiero ir por tierra. Entonces voy a necesitar información. Buscaré primero un mapamundi que me muestre las posiciones relativas entre mi ciudad (Buenos Aires en este caso) y Nueva York, y luego necesitaré mapas de menor escala y con detalle de rutas. Además tendré que recabar información sobre rutas, medios de transporte, alojamientos, precios, características de los lugares por los que pase, etc. Tendré que prever los detalles del viaje para asegurar el logro de mi objetivo. Y cuanto mayor sea el detalle en la información, más claro tendré qué recursos voy a necesitar. Según sea la información que recoja así será mi viaje y su resultado.

*Hay un sentido que moviliza, que impulsa, una imagen que da dirección y la información necesaria para cumplir ese sentido y agotar la dirección.*

En la vida sucede lo mismo. La diferencia con un viaje es que en la vida no hay mapas. Puedo tener que dar largos rodeos para alcanzar algo que está ahí, que parece estar a la mano, o conseguir inesperadamente y sin esfuerzo algo que parecía inalcanzable. No hay rutas ni mapas, no hay indicadores. Solo señales que necesito aprender a leer.

Sí hay algo que me moviliza, lo mismo que en un viaje, hay ganas, curiosidad, expectativa. Sin eso, no pasa nada. SIN ESO, NO PASA NADA. (Por si no fue claro).

Y hay información, experiencia de uno y de otros. Que puede ser indispensable... o superflua. Lo que sí es imprescindible es la preparación, la anticipación, “amasar” la expectativa, evaluar la proporción, la coherencia entre la meta (que es una situación) y el resto de las situaciones que vivo.

### Sentido y dirección

Prever. Esa preparación tiene que ver con afinar la dirección que, por lo general, ya está dada por el sentido.

Estos son dos elementos que no pueden faltar: *sentido y dirección*. La información es meramente instrumental y hasta podría faltar en algunos casos. Pero el sentido es imprescindible para movilizar y también la dirección, que orienta hacia el cumplimiento del sentido.

Sentido y dirección suelen darse juntos. Lo que me atrae (nos da sentido) suele ser percibido o

---

<sup>31</sup> Esta es una de las preguntas cardinales que Silo recomienda hacerse en *El Camino*, parte final del libro *El mensaje de Silo*.

perceptible, se presenta “ahí”, en un lugar (por tanto es alcanzable ya que es actual o actualizable) o en un momento relativamente próximo. Aún cuando lo imagine a partir del recuerdo, su proximidad (en la vivencia) es tan intensa que no advierto la distancia como obstáculo. Es el caso de las acciones cotidianas. Tengo ganas de ir al cine o de charlar con un amigo y me movilizo en esa dirección. A partir de la detección de esas ganas aparecen las imágenes que pueden satisfacerlas, me proponen una dirección.

Cuando el lapso que me separa de mi objeto querido es mayor, o cuando las acciones necesarias para cumplir el sentido se presentan como una cadena compleja, es cuando advierto la distancia que media con el objeto que me da sentido y la tensión que esa distancia me genera.

Aquí se me plantea la necesidad de planificar porque *no cualquier dirección me llevará al cumplimiento del sentido*.

Cuando es inmediata, la presencia del objeto dador de sentido me ofrece alguna dirección. Pero con los sentidos mayores, con esos que son más un estado interno que una situación externa, tengo un problema de inicio: difícilmente tengan una imagen asociada.

Me ha sucedido creer que con fulana seré feliz o que una determinada situación me hará sentir “realizado”, pero al cabo de un tiempo verifico que no es así.

El sentido puede cumplirse en un momento determinado, al lograr el objetivo, y después queda como disponible, buscando un nuevo objeto que dé dirección. O puede seguir dando dirección con una suerte de vacío de sentido. Puedo concluir, en principio, que los objetos me dan sentidos provisorios que pueden coincidir de momento con un sentido mayor, pero ineluctablemente se agota al cumplirse y se desactiva como dirección.

*Me muevo por el sentido* y aún en vacío, el sentido se renueva buscando un nuevo objeto que le dé dirección.

¿Habrá una dirección que me dé un sentido permanente, un sentido de vida?

### **Motto perpetuo**

Todo esto que apunto está inscripto dentro de los parámetros habituales de mi experiencia, en una espacialidad que prima sobre lo temporal. Un viaje es algo que empieza y termina. Se inscribe en mi imaginación como una variación de mi vida, como una ruptura de la rutina cotidiana. Las rutinas son eso, rutinas, regularidad, repetición. Siempre “lo mismo”. Con las variaciones de cada día, claro, pero lo mismo cada día. Por sintetizarlo en una frase conocida: “de casa al trabajo y del trabajo a casa”.

Claro está que me muevo todos los días pero la rutina de mi circuito de movimientos lo convierte en el registro de algo estable, fijo. Con la monotonía se pierde su registro como movimiento porque es previsible. Ya sé cómo es, las variaciones que puede ofrecer.

El problema del sentido tiene que ver con la rutina en la medida que *lo sentido se percibe como variación de mi sensibilidad*. Aquello que me sacude, conmueve, “toca”, que introduce una variación en la monótona secuencia de mis estados internos, “tiene sentido”. Provoca una sensación distinta que percibo como tal y reconozco como sentido.

Así, percibo el movimiento real de mi vida a través las variaciones mayores que se producen por los ciclos largos (meses, años y hasta etapas vitales) o algunos acontecimientos extraordinarios.

El movimiento vital se despliega sobre el eje del tiempo mientras mi cuerpo se desplaza en el espacio. Pero aún cuando me quede quieto, mi vida sigue moviéndose. La aparente quietud interna se debe a la falta de variación en los estímulos externos. Por supuesto, puede pasar lo contrario cuando tengo un fuerte estado de alteración, pero no garantiza el registro del paso del tiempo y no pocas veces se origina en un intento de detenerlo.

Más allá de las variaciones que puedo anotar respecto de esto, lo que interesa aquí es que *mi*

*vida se mueve en el tiempo.* Transcurre. Cambio por dentro de manera constante..

Mi vida se desarrolla desde el nacimiento hacia la muerte. Hay una dirección, un ir hacia. La vida está tendida hacia el futuro. Se desplaza desde el pasado hacia el futuro mientras parece permanecer en un eterno presente que da referencia de esos cambios.

¿Es la muerte mi destino final? No es el lugar para responder esa pregunta, solo quiero dejarla anotada.

Lo cierto es que la vida tiene una dirección. Puedo percibir que a través de sus cambios se mueve en una dirección ya dada. Esto es difuso como para percibirlo de modo directo en cualquier momento. Solo puedo advertirlo en los momentos que percibo los cambios que se van dando.

De modo que, aunque intente quedarme quieto, aunque quiera fijar mi vida a determinadas condiciones, no puedo evitar el cambio, el movimiento temporal de la conciencia.

### **La intencionalidad de la conciencia**

La conciencia es intencional. Toda conciencia es conciencia de algo. A todo acto le corresponde un objeto o, lo que es lo mismo, no hay acto sin objeto. Sobre este principio de la Fenomenología se construye toda mi experiencia.

En el moverme en el espacio es claro que me muevo en pos de algo. Me dirijo hacia algo que tengo “en la cabeza” y quiero realizar. También al moverme en el tiempo busco algo. Esto es claro para comprender lo manifiesto de la intencionalidad: tengo intenciones. Pero como principio, la intencionalidad es más que eso. Según el lenguaje cotidiano, no todo lo que hago es intencionado. No reconozco una intención en todo lo que hago. Sin embargo, el principio dice que mi conciencia es intencional.

Así que me encuentro con que una cosa es que lo que hago tenga una intención y otra, y muy distinta, que todo acto tenga un objeto. Lo intencional es el “tenderse-hacia” de la conciencia, su estar siempre ligada a un objeto. De modo que este tenderse la conciencia no es directamente registrable por mí en mi experiencia espontánea. Sí registro mis intenciones, mis acciones, pero la estructura acto-objeto sólo puedo verificarla por abstracción. Siempre que percibo hay algo percibido; siempre que imagino hay algo imaginado; siempre que recuerdo hay algo recordado. Y cuando busco algo que no sé qué es porque lo he olvidado o sólo lo intuyo, está el registro de ausencia de algo que me moviliza en su búsqueda. Siempre hay algo en mi conciencia que se presenta bajo los variantes colores del sentido y las diferentes formas de presentación con que opera la conciencia según su nivel de trabajo.

Así como la vida está tendida en una dirección, la conciencia es la actualización o la concreción o manifestación de esa dirección en el plano de mi experiencia. Vuelvo aquí a la clave “oculta” de mi experiencia. Es aquello que por subliminal no puedo advertir en mi experiencia cotidiana. Pero lo puedo captar poniendo en práctica mi capacidad de observación y discriminación.

¿Puedo percibir esto en la experiencia? ¿Puedo decirle a un materialista crudo que esto se verifica en la experiencia? No. Al menos, como él concibe la experiencia. Como mera percepción, desentendiéndose de la complejidad de la sensibilidad humana.

Veamos, entonces. El materialismo es una ideología construida a partir de una experiencia. Es más, se reivindica como la verdadera experiencia, indudable, incuestionable. Tiene de su lado la firmeza de lo concreto.

Pues bien. Esa experiencia es incuestionable. De acuerdo. También la tengo y a cualquier idealista le costaría decir que no vive eso. Pero es que *la experiencia materialista es un tipo de experiencia*. Me atrevería a decir que es un tipo de experiencia válida para todos los seres humanos.

Es la experiencia espontánea, la de la acción. *No puedo operar en el mundo si no me*

*identifico con mi circunstancia.* El sentido no puede movilizarme si no conecta con el mundo. Solo de ese modo fluyo. Y actúo en ese fluir. Si tengo que empujarme para hacer, ese esfuerzo molesta y enturbia el resultado de la acción. Estar atento a lo que hago es dejarme ir en la acción para recuperarme instantes o tiempo después. Cuando haya concluido. Cuando sea el momento de volver sobre mí.

De modo que *la visión materialista es un momento de mi experiencia.* Necesario si quiero adecuar mi acción y desplegarla sin inconvenientes.

La visión idealista es la que me corresponde como humano. La que me muestra la región intangible a que pertenezco. La que pone mi horizonte vital.

¿Hay márgenes de error? Claro. Siempre puedo tener una visión equivocada. Pero, acertada o equivocada, *siempre tengo una visión.* ¿Acaso nunca tropiezo al caminar? ¿Nunca agarré algo que sabía que podía estar caliente y me quemé? Esos también son errores de visión. *La visión es la matriz de la experiencia.* De modo que lo del acierto o error es una cuestión de ajuste. Una cuestión de experiencia.

Desde el punto de vista teórico, el materialismo construye sus conceptos a partir de datos parciales de la realidad, mediante la vía de abstraer conceptos de esos datos y elaborar modelos teóricos que -se supone- reflejan la realidad. Pero por esa misma vía se puede comprender y verificar en la experiencia esto que digo.

Es más, esto que digo uno lo puede percibir en la medida que se modifiquen los parámetros que configuran la propia experiencia. Claro que uno no será el mismo en ese caso. Pero ¿acaso no se trata de eso, de cambiar?

### **Darse cuenta**

*La dinámica del sistema de ideación es el despliegue de la vida humana.* Las imágenes excitan mi sensibilidad y movilizan los sentimientos que me activan mientras las tensiones preparan el cuerpo para la acción.

La conciencia es parte de esa actividad, y una parte central porque:

- 1) es la que da dirección al proponer las imágenes que movilizan la acción,
- 2) configura la percepción al registrar lo que sucede afuera y adentro de la estructura psicofísica,
- 3) configura las imágenes con el material de memoria que le llega a través del reconocimiento que ésta hace del estímulo, al cotejar el material llega de sentidos..

La conciencia hace todas esas cosas y uno... NO SE DA CUENTA.

La conciencia me presenta el mundo para que haga algo con él. Pero de cómo se produce esa presentación no tengo experiencia.

La conciencia comienza a percibirse como registro de lo que me pasa. Entonces digo que “tengo conciencia de...”, de lo que imagino, siento o recuerdo.

Como la vida, la conciencia parece “ir hacia” en la medida que presenta el objeto (más bien, la situación objetal) que me toma con su estimulación y con el que (o contra el que) hago algo. Y ese algo que hago, lo imagino casi en simultáneo con la acción.

A veces sucede que me doy cuenta de lo que me pasa. Y, muy pocas, casi como chispazos, me doy cuenta de ese darme cuenta<sup>32</sup>.

Esta caída en cuenta es la que funda, la que da sustento al observador y sólo se necesita estar atento para percibir cuando se produce.

La caída en cuenta es el punto desde el que conocerse es posible. No dije acumular datos sobre uno, lo que le pasa y lo que hace. Conocerse. Captarse en el momento. Ampliar la perspectiva que tengo sobre el paisaje porque, de pronto, me corro hacia adentro y percibo

---

<sup>32</sup> Silo, charla sobre *Conciencia y Fuga*, 1972, inédita.



desde una profundidad no habitual.

Ojo, que ese percibir “interno” no es mirar hacia adentro sino DESDE dentro.

Conocer-me no es conocer lo que pasa por mi cabeza, por mi emoción, lo que hago en el mundo. Eso es parte de la acumulación de datos que dan cuenta de mi personalidad, de mi modo de estar en el mundo y hacer las cosas.

Conocer-me es captar-me en el momento que pienso, que siento, que hago. Es captar el mundo, lo que hago y el que hace (yo) en simultáneo.

La conciencia de sí es ir haciendo lugar a eso que soy en mi campo de percepción. Porque desde allí podré saltar el abismo que me separa del objeto. Desde allí podré captar la estructuralidad de mi acción. Desde allí comprenderé que *no hay separación*.

*Solo hay diferencias en la percepción.*

### **Intencionalidad, dirección y sentido**

Con esto he querido poner en claro los pilares de mi experiencia.

Quiera o no, a cada momento estoy tendido hacia algo porque mi constitución vital es así. Y ese estar tendido es trascendente. Al dirigirse mi conciencia hacia otra cosa que no es ella misma sienta la base para que yo me dirija hacia otra cosa que no soy yo.

*La conciencia parece condenada a ser otra cosa distinta de sí misma*<sup>33</sup>. Porque la conciencia se vive en la percepción de aquello que es distinto de ella. Lo que percibe es porque ella lo percibe, porque la conciencia lo configura y le presta su ser. Un ser imagen. El ser imagen del objeto despierta las sensaciones de mi ser sujeto. Y en la fascinación por esas sensaciones está mi condena a no poder apartar la mirada... de mí que, en principio no soy más que las sensaciones del mundo..

Eso que percibo me atrae o me rechaza, imprime una dirección a mi comportamiento. Esa dirección puedo aceptarla y obrar en consecuencia o rechazarla y buscar otra, o modificarla. También puedo aceptarla aunque no quiera. Si elijo mi dirección estaré pro-poniendo algo, poniendo por delante algo hacia lo que me dirijo. Y esa dirección me dará identidad. Si renuncio a mi propósito y acepto lo que se me impone, aseguro mi aniquilación, mi falseamiento existencial.

Lo que percibo despierta sentimientos en mí, lo siento, siento algo por él. Y según sean esos sentimientos, será mi acción. Si no estoy dissociado. Si mi sensibilidad moviliza mi acción en consonancia con mis representaciones, con lo que me propongo. Porque puedo sentir una cosa y pensar y hacer algo distinto. Hasta pensar algo distinto y hacer una tercera cosa. Una fórmula segura para lograr la infelicidad.

### **La correntada de la vida**

No soy solo. Aunque las teorías me presenten un modelo explicativo de lo humano basado en la visión de un individuo arquetípico como objeto, la realidad básica de mi vida es que SOMOS.

*Y somos la vida que me anima*. Esa multiplicidad que ofrece la Humanidad con sus infinitas variaciones individuales confluye en un fenómeno único: la Vida que encarna en esa Humanidad.

Esa Humanidad tiene un elemento común que la distingue: la conciencia, la posibilidad de darse cuenta que está viva, en movimiento, y que tiene una dirección. Y esa diferencia que hace a lo humano se destaca por sobre las variaciones en las formas físicas respecto de sus

---

<sup>33</sup> Jean Paul Sartre, *La trascendencia del ego*.

compañeros en el cuadro clasificatorio común: los animales.

A su vez, éstos se diferencian de los vegetales por su independencia, dentro del cuadro de lo que clásicamente se conoció como “seres vivos”. Pero hoy, la dimensión que soporta a vegetales y animales, lo mineral, se inscribe también dentro del marco de la Vida, no es más que un nivel simple de organización de las partículas imperceptibles que constituyen la Materia.

*La vida es una fuerza lanzada en una dirección.* Una tendencia que se reproduce, multiplicándose a sí misma para perpetuarse, dando continuidad a esa fuerza arrolladora a través de la generación de distintos niveles de organización material.

Teilhard de Chardin llamó a esa tendencia “ley de complejidad-consciencia”: a mayor nivel de organización material, mayor nivel de interioridad. Una tendencia que funciona, parece, por saltos cualitativos resultantes de la acumulación en una dirección: aumenta la cantidad de individuos en un nivel y merced a algún factor catalizador se produce el salto. Los casos paradigmáticos son la misma aparición de la vida por acumulación de células inorgánicas en la superficie oceánica, en un ambiente altamente inestable, con altas temperaturas, que dió lugar a la vida orgánica, y la multiplicación repentina de las distintas formas de vida, todavía acuáticas, en ese tiempo sin memoria.

La condición del salto parece ser una retroalimentación en la aplicación de sus fuerzas en cada instante para multiplicarlas en el siguiente. De ese modo se desarrolla la vida en sus ciclos, con sus aparentes retrocesos, pero siempre avanzando hacia una vida más plena.

Y de esa tendencia vital participa el ser humano. *La clave del desarrollo de lo humano, de la multiplicación de su propia vida, radica en el esfuerzo.* No se trata de un sobreesfuerzo agotador, sino de la aplicación permanente de su fuerza en el mundo para transformarlo, transformándose a sí mismo al mismo tiempo en esa actividad. *El esfuerzo permite superar la inercia.* No sólo el estancamiento en la quietud, sino también en el movimiento, superando las rutinas inerciales. Así va buscando nuevas direcciones para su evolución.

Ese movimiento temporal al que reduje mi vida individual parece que llega mucho más lejos en el Universo conocido. De modo que eso que me antecede viene haciendo su cosa desde siempre y me ofrece en rededor el resultado de su tarea con la miríada de formas que se manifiestan a mi percepción.

Ese movimiento temporal que puedo percibir a veces, ese cambio interno es apenas un darme cuenta del movimiento constante en que estoy inscripto. *Mi vida es un flujo constante*, un cambio que se verifica momento a momento en las variaciones de lo que percibo. Justamente por la constancia de ese cambio no lo registro como cambios que me dan cuenta de ese flujo.

Así como la vida fluye por mi cuerpo activándolo, la conciencia está coordinando constantemente los estímulos y las respuestas, generando el nivel imaginario en que me muevo.

La conciencia percibe lo que me rodea y provee la imagen de lo que se podría hacer en esa situación. Y eso lo está haciendo a cada instante. Cada momento vivido resulta de esa actividad imaginante, de la generación permanente de imágenes perceptuales y representativas.

Pero en ese percibir está fijando el movimiento. Lo que pasó es retenido. Se ha medido la diferencia temporal entre lo que sucede y su percepción, poco más de 60 nanosegundos. Nada, algo imperceptible. Pero ese dato me está diciendo que *cuando percibo, lo que percibo ya ha pasado.* La misma conciencia es, entonces, un movimiento de fijación del constante cambio que es el flujo de todo, de modo que pueda orientarme en ese cambio constante. Las formas que estructuran mi percepción y configuran el mundo tal como lo percibo, son intentos de fijación de lo que no está quieto: la realidad que no puedo percibir por su velocidad de cambio.

Por eso, *mi mundo es una visión.* Una imagen que me orienta. Y en contraste con el fondo

constante de esa imagen en el flujo de sus variaciones, es que puedo ir recortando una figura muy tenue, muy difusa, que solo adquiere existencia en la reiteración de la observación, eso que se llama yo.

## 9. LA REALIDAD DE LA ILUSIÓN

### Lo ilusorio es real

El enfoque habitual de la espiritualidad apunta a la transformación del individuo. Porque él es portador del Ser y solo él puede transformarse. Entonces, se habla de él.

Sin embargo, lo real es que *el individuo no es uno sino muchos*. Ciertamente es que la problemática individual es semejante para cada uno. Por tanto, se encara el tema desde el punto de vista del interesado, que es uno. Además, porque parece que *sólo a través de ese uno se pueden alcanzar las profundidades del ser*.

Pero ese individuo es muchos, muchísimos muchos. Muchos más de los que me puedo imaginar.

Cuando miro esas multitudes imaginarias que pueblan el planeta no puedo representarme más que lo que veo a mi alrededor: cuerpos. Lo distintivo de la Humanidad no puedo representarlo. Ni siquiera en el caso de la experiencia de un individuo puedo hacerlo. Lo interno no es representable con las categorías que configuran lo externo.

Puedo conceptualizar la experiencia interna y hablar de mecanismos que puedo describir en mí y suponer en otros. Pero no puedo verlos.

Puedo describir los paisajes de mi mundo interno, pero no puedo ver el teñido y modalidad peculiar de los de otro ser humano. Solo tengo acceso a los míos. Sucede lo mismo que con la percepción: solo puedo acceder a la mía. Pero puedo comunicar mis contenidos, ya sean percibidos o representados, a través del lenguaje. Éste hace de lo percibido una referencia común para las experiencias de lo externo. Pero la particularidad de la visión que tiene cada uno se pierde en la comunicación.

*La presencia de lo externo en mi percepción organiza mi conducta*. Esto es tan determinante que el hecho de esa presencia opaca las diferencias de teñido, de perspectiva y hasta de formas que se podría tomar en cuenta en el momento de comunicarse. Por esa opacidad que imprime el lenguaje al uniformar la experiencia con las palabras, creo que lo del otro es como lo mío. Quiero decir, que lo que el otro vive es igual a lo que yo vivo. *Así, la experiencia compartida tiene la autoridad de lo real por la fuerza organizadora que tiene*. Porque me estimula. Me emplaza con las sensaciones que provoca y organiza mi devenir.

Ahora bien, lo perceptual lo configuro yo, es mi biografía la que produce *mi* visión del mundo.

En cambio, lo que la experiencia tiene de compartido, lo represento. Perciba las miradas y los gestos de otros que viven su experiencia simultáneamente y no sólo percibo las conductas de cada uno ante eso compartido, sino que las represento. Ahí ya hay una interpretación mía del sentido de esas conductas.

Me identifico con lo que percibo en esas experiencias ajenas como afín a mi experiencia, desecho las diferencias o lo que no reconozco, y califico éso como una experiencia compartida si el balance de afinidad es positivo. Después, el proceso destaca las diferencias por sobre las afinidades y ahí se verá.

En cuanto a lo imaginario, ese mundo de volutas de humo que se transforma incesantemente dentro de uno, solo puede ser percibido por cada uno. Esa experiencia es difícil de transmitir. Cuando dos personas sienten que sus experiencias son similares se produce entre ellas un lazo de identificación muy fuerte, la simpatía. Así es que tengo simpatías según las franjas de intereses compartidos: en los deportes, en el trabajo, etc. Muchas veces se simpatiza con quienes se sabe que no se va a compartir otras cosas, pero alcanza lo que se comparte para alimentar la simpatía recíproca y sellar lazos afectivos de lo que se llama amistad.

De modo que, *en mi experiencia común lo perceptual es real y lo imaginario, ilusorio*.

Sin embargo ¿qué es lo que me determina? ¿Actúo en función de lo que percibo o de lo que

pienso? Y cuando actúo en función de lo que percibo ¿estoy seguro de que no lo he pensado antes?

¿Acaso vivo despierto mis 16 horas de vigilia? ¿No fantaseo, no ensueño, no pienso en lo que sucede, sucedió y sucederá?

A mí me pasa que mi día transcurre más por mi cabeza, en mi imaginación, que en lo que percibo. Y cuando percibo, me dura poquito porque enseguida vienen los ensueños, las interpretaciones, las consideraciones, en suma, los pensamientos, a envolver y procesar eso que percibo. Y a muchos, la mayoría de quienes he consultado por su experiencia en este sentido, les pasa lo mismo. Y no son pocos los que no toman en cuenta este “detalle”.

Entonces ¿vivo en la realidad o en el pensamiento de la realidad? Dicho de otra manera ¿vivo abierto a la realidad y en contacto directo con ella o pensándola, y más en contacto con mis pensamientos que con la realidad?

De un modo grueso puedo tildar de ilusorio el pensamiento y decir que vivo más en la ilusión que en la realidad.

Ahí empiezo a sentir que eso de los “velos de Maya” tiene algo de cierto, que lo real no es más que otra forma de ilusión. Pero no, esto no es más que una asociación por similitud.

No he dicho eso. Dije que estoy más en lo ilusorio de mi mundo interno que en la realidad de mi mundo externo.

Tengo entonces una primera conclusión en la dirección del título: *lo ilusorio existe, es real*. La ilusión es un fenómeno real, constatable.

### **Lo real es ilusorio**

Ahora bien, volviendo al comienzo, somos muchos. Vivo con las representaciones entremezcladas con la percepción. De modo que, desde un punto de vista clásico, pretendidamente objetivo (aunque no se lo pueda percibir) puedo concluir que la realidad es ilusión en la medida que mi cabeza, al trabajar simultáneamente con la percepción, genera una imagen espuria del mundo, una percepción incrustada de representaciones. Ésto, si no es al revés, una representación compleja, compuesta por varias representaciones, con alguna incrustación de percepción. Porque la composición de esta mezcla varía según cada modo de experiencia individual.

Tengo, entonces, otra conclusión: *lo que tomo por real es ilusorio*.

### **Lo ilusorio me determina**

Ahora bien, lo real es lo característico de las cosas. Y las cosas movilizan mi conducta, porque corro detrás o huyo de ellas. Pero dado que lo que orienta mi conducta no son las percepciones de las cosas sino la interpretación que tengo de ellas (su representación), tengo que por esa eficacia de estimulación que tiene lo ilusorio, resulta que me determina como lo real.

Cuando yo imagino algo que me asusta o me alegra, mi cuerpo responde a esas representaciones con las sensaciones correspondientes y hasta puede moverse en la dirección propuesta por esa imagen. Pero lo estimulante no está afuera, no lo percibo. Es imaginado y por eso, indiscutiblemente ilusorio. De modo que, también por *lo que produce en uno, lo ilusorio es real*.

### **Un magma imaginario**

Somos muchos y una suerte de “bolas imaginarias”. Estamos estrechamente relacionados unos con otros, compartiendo e intercambiando representaciones, imágenes. Creando en

conjunto. *Generando realidad*. Si se quisiera representar de alguna manera no es descabellado decir que la Humanidad es un campo imaginario de cierta densidad. O una suerte de “magma”, como imaginó Castoriadis a la sociedad.

Y ese campo denso es lo que vivo como “realidad”, el paisaje humano.

Está claro que eso no se ve si pretendo captarlo con los ojos. Pero si voy a hablar de la realidad no puedo soslayar que, aunque no las veo, existen las palabras, los fonemas. Y por más que puedan convertirse en grafemas no son lo mismo. Y aún así, los signos escritos no son nada si quien los lee no sabe qué cosa es un lenguaje escrito como para, por lo menos, reconocerlo aunque desconozca cómo se interpretan esos signos.

No puedo soslayar que el lenguaje es una parte determinante de la realidad humana. Que no se percibe.

Su fuente, lo imaginario, tampoco se percibe. Porque las imágenes que se pueda graficar externamente nunca llegan a expresar acabadamente las internas.

Sin embargo, percibo lo imaginario y me estimula. Ahí está.

Y si ahí está, es real.

Para poder lograr un conocimiento cabal de mí no sólo no debo dejar de lado el pensamiento y sus figuras sino que debo ubicarlo en primer término como factor determinante de mi comportamiento y de la misma realidad.

Y no he hablado de los velos de Maya que están más allá de estas consideraciones, aunque sea en la dirección de su profundización. Basta decir que son constelaciones de imágenes que configuran la realidad que vivo, y pueden durar la vida entera.

## **La ilusoriedad del yo**

Ya en este punto me siento al borde de mi propuesta, como si estuviera por traicionar el voto de honestidad que hice en el comienzo. Con la mano en el corazón, tuve que revisarlo y me pregunté qué estaba haciendo. Me prometí no explicar nada ni sacar conejos de la galera.

Con el caer de los dedos sobre el teclado y la sucesión de pensamientos en el monitor me di cuenta de que:

- 1) si se trata de dar claves para el conocimiento de sí, se está hablando de cosas que hay que hacer evidentes porque no se advierte su existencia en la experiencia espontánea;
- 2) todos los que nos hemos sentido atraídos por esta zona husmeamos, por lo general, en cuanto cosa parezca útil a la búsqueda, lo que hacía necesario plantear el panorama general de la experiencia acumulada (hasta donde yo conozco, claro) para dar pistas, y para facilitar pautas que permitan ponderar las visiones parciales –por epocales- que suelen envolver las distintas enseñanzas.

“El yo” suele ser tomado como de los ataques del buscador más que como objeto de conocimiento, debido a una vieja tradición esotérica que denuesta “el yo” porque lo suponen el responsable de todas las calamidades que aquejan a los humanos. No participo de esa creencia. Porque si me quejo de “mi yo” ¿quién es el que se queja? ¿Otro yo? ¿Qué otro yo? ¿Cuántos yoes soy? Y, si es así ¿por qué habría de quejarme de alguno y no de todos? ¿O me quejo del o los yoes que no me gustan? porque se supone que este que se queja es mejor que los acusados. ¿Acaso a eso se refiere la tradición?

Participo de la actitud de aceptarme como soy porque agitar el ánimo en contra de “el yo” no es más que otra agitación de ánimo, otra removida superficial de las aguas que no me deja ver el fondo.

Pero aceptar el yo no significa dejar de estudiarlo y cuestionarlo. Como tiene uno que hacer con cualquier cosa para ver “si es de buena ley”.

Además, hoy ha dejado de ser un concepto metafísico y hay datos de laboratorio como para decir que sí, esto de la ilusoriedad del yo parece ser tan cierta como los velos de Maya. Es

más, van de la mano.

Vuelvo a la “caja negra” del conductismo, a ese gráfico del psiquismo según el cual algo entra y algo sale pero no se sabe qué ocurre dentro de la cabeza. Hoy se sabe que “dentro de la cabeza” hay sensores internos. Se sabe que hay sentidos internos especializados que registran lo que sucede dentro del cuerpo, entre ellos, el cenestésico. Pero, más fino aún, puedo decir que el “algo entra” no significa un momento 1 en que el estímulo es registrado por los sentidos y que la respuesta que sale es un momento 2. Es más complejo que eso y, en todo caso, ese esquema es un corte imaginario en la dinámica del comportamiento.

Los sentidos están registrando permanentemente todo lo que sucede dentro de su franja de especialización. Están en constante actividad. Los sentidos internos también están en constante actividad por lo que captan todo lo que sucede dentro del cuerpo. Entre otras cosas, captan lo que siento cuando llega el estímulo y lo que siento cuando sale la respuesta y, más aún, siento que tanto el registro como la respuesta son actividades, variaciones que suceden en “este cuerpo”.

Cuando siento, hay registro de que siento, está la variación del sentido que toma el dato externo pero también se registra vía sentido interno la variación que se produce en el sentido que está actuando. Y lo mismo sucede con la respuesta: hay registro de la actividad que se lanza al mundo pero también se registra qué partes del cuerpo y cómo, están comprometidas en esa respuesta.

Esos registros de la actividad de los sentidos y de la actividad del cuerpo no son percibidos, quedan ocultos detrás de la intensidad de las actividades y de los sentimientos que brotan ante la estimulación. Pero están. Y cada uno de esos registros es como si dijera “aquí sucede algo” y se suman. De manera que uno sabe que “aquí” es este cuerpo pero en actividad y relacionado con este adentro donde siento que estoy. Por tanto, ese “aquí” hace referencia a “yo” que estoy observando. Si fuera el caso de que estoy observando. Lo normal es que quede un registro desvaído de referencia que dice que aquí pasa algo y me permite estructurar como “mío” todo lo que pasa en el extremo de la referencia, el cuerpo o más profundo, el yo.

Con el curso de la vida, en ese “aquí” van sedimentando tantos “aquíes” y pasan tantas cosas que queda claro que yo estoy aquí. Pero por esa misma “condena” que padece la conciencia, que siempre se presenta como otra cosa que sí misma, *el yo está condenado a pasar desapercibido por la intensidad del estímulo al que accede.*

El yo es, por tanto, un fenómeno accesorio, una señal constante que da referencia sobre la actividad que en el cuerpo acontece.

Es además, cambiante, porque las sensaciones se asocian a los estímulos y “él” queda encadenado a franjas de estimulación que provocan franjas codificadas de respuesta por lo que “él” varía según los códigos que estén actuando, las matrices formales según el nivel de trabajo de la conciencia, con independencia de su voluntad. Y puede vivirse como múltiple en la medida que cambia el registro que uno tiene de sí según las sensaciones a las que accede, despertadas por el estímulo.

Sin embargo, el yo es lo más unitario y concreto que pueda existir. ¿A quién se le ocurre dudar que es y que es “yo”? Así vivo. Así lo muestran todos los que me rodean. Así es, unitario y concreto, el yo que imagino. Así es en mi imaginario. Como concepto.

*El yo es sensación de sensaciones.* Casi un humito que se tiñe con el color del estímulo que está actuando. Y que adopta las formas que el estímulo sugiere o provoca.

Si alegorizo el sistema de ideación como un triángulo equilátero, el yo sería el centro tácito. Bien tácito, porque varía según la influencia de las puntas.

“El yo”, esa imagen de mí que podría describir según cada situación en la que me veo actuar, es ilusorio.

¿Y más profundo? En la medida que esa referencia que siento es sensación de sensaciones, estoy en el terreno de lo volátil, de lo variable. También ilusorio.

Pero ¿y ese Yo del mítico “Yo Soy”? Si ese Es, entonces, no hay nada que decir de Él. Si Es, parece ser una cuestión de experiencia.



## 10. LA VIDA ES EL ESPÍRITU

Lo que me rodea es lo evidente para mi percepción. Por eso es lo real, lo propio de las cosas. Lo que existe -porque existe, porque se aparece ahí donde somos- es. El ser es lo real y lo primero que aprehendo del Ser es el ser de las cosas, que es manifiesto.

*Las cosas son ahí cuando yo estoy aquí.* Ellas aparecen cuando nazco. Ellas, entonces, conciben conmigo. Pero ellas me preceden. Y así, concibo. Percibir las cosas es un conocimiento. De donde puede haber derivado el conocimiento. (En francés connaître es conocer, y naître, nacer).

De modo que lo real es el ser de las cosas, el de lo externo, y lo interno no es real porque carece de esa consistencia de lo concreto.

Lo que determina mi ser es lo consciente y lo consciente es externo. Del resto nada sé porque no es consciente. No se me aparece. Al menos, como se supone que es.

*La realidad es para cada uno lo que es en el instante que se presenta.* Esa es la certeza que me da la percepción. No existe otra cosa que eso que está ahí. Y eso es mío. Solo yo lo estoy viviendo.

Espero poder sintetizar con estas frases lo que siento es la vivencia básica de cada uno.

Así, puede llegarse a la afirmación extrema de un existencialismo nihilista: el mundo empieza y acaba conmigo.

Sin embargo, *la realidad del mundo me precede y me sucede.* Y esto que vivo, cierto es que lo vivo yo. Pero también millones de otros que como yo pueden sentirse “yo viviendo un instante único”.

Tampoco la realidad que vivo es original para mí porque aparece moldeada por las formas que preexisten en la cultura a la que pertenezco, por las costumbres de mi grupo, por los modelos que vertebran el imaginario colectivo que me formó, el reservorio social de moldes para mi experiencia.

Desde un punto de vista, esas ideas eternas de las que hablaba Platón tienen existencia, si bien abstracta, en esos modelos que habitan el imaginario colectivo y premoldean los imaginarios individuales. Son formas que están ahí, por concebirlo de alguna manera, en un conjunto imaginario sostenido por los imaginarios individuales. Una suerte de red virtual imaginaria (como el modelo que sirvió para la concepción de Internet) que alimenta los imaginarios individuales reproduciéndose en ellos. Así moldea el comportamiento, la vida que se vuelca en el mundo a través de cada ser humano.

*La vida es un movimiento de actualización de las formas.* Es una actividad de cambio constante de las formas, que puede concebirse como un eterno presente. Así, las formas que son, ya fueron y quedan cristalizadas en el pasado, mientras las formas que aún no son, se perfilan desde el futuro para definirse (concretarse) en el presente que ya las archiva como pasado.

La paradoja humana es que no sólo percibo el mundo sino que me percibo. Y esa percepción, como toda forma, es pasado. Por ser información retenida por los sentidos y configurada con memoria por la conciencia, lo que percibo como que está sucediendo ahora, a mi alrededor, ya fue. Lo que está sucediendo afuera no lo puedo conocer en el momento en que sucede. *Concomito con los acontecimientos del mundo, pero éstos preceden mi percepción.*

De modo que no puedo conocer ni conocerme, realmente. Lo que se llama percepción y, más aún, conocimiento, son perceptos o conceptos que cristalizan en base a mi experiencia de lo que está sucediendo. Que ya es pasado.

De modo que *me muevo desde un pasado hacia un futuro, formalizando.* Todo y cada una de las cosas que me rodean.

La masa de estimulación externa e interna converge en la conciencia y, merced a la combinatoria de sus intereses, se convierte en formas determinadas. Mis recuerdos son formas

y también constituyen mi futurición. Para mi identificación puedo elegir entre lo pasado y lo futuro, entre lo que fui y aquello a lo que aspiro. Si elijo el pasado, niego la constante dinámica que recicla las formas en una creación permanente y me condeno a la repetición. En el segundo, me abro al futuro enancado en el propósito. Lo que me distingue no es lo que hice sino lo que quiero hacer. *Soy lo que me propongo.*

Más allá –o más acá- de todas las formas mundanas (por externas), soy el ser que puedo percibir alentando en mi interior o respirando a través de mis sueños. Ese que se contrae y expande pretendiendo concretar el salto hacia el futuro a cada instante sin importar la forma con que se presente. Aún la de la repetición.

Ese ser tiene también una forma de representación posible aunque vacía en apariencia. Carente de materia perceptual externa parece vacía al ojo encandilado. No es más que el registro de mi presencia, pura sensación interna. Esa presencia que habitualmente es fugaz, difusa, inapresable detrás de la presencia de las cosas que me ocupan. Pero es la presencia que se desarrolla con los cuidados y da clara señal del ser que soy, desenzarzado del mundo.

La plenitud que busco detrás de mis metas vitales se representa en la noción de lo espiritual y ella puede inspirar un hálito que anticipe su realización. Esa noción vacía insinuada por mi presencia es el imán capaz de constelar la dispersión de mi ser. Así, anuncia un sentido capaz de movilizar mis fuerzas en una dirección que me trasciende en el momento, para devolverme transformado en un futuro posible. En esa realización convergen todos los estímulos que integran la materia de mis vivencias.

*La plenitud del ser es plenitud de mi ser en el mundo. Y es plenitud del mundo en el ser mundo que soy,* en tanto es en el ser individual que se actualiza y realiza el ser del mundo. Es en esta realización del ser del mundo que el ser individual encuentra su plenitud.

En este punto del desarrollo la forma-espíritu se distingue para uno, por ser plenitud de sensación, inconfundible en la masa de sensaciones internas, y probablemente se dirija a entretejerse con la forma-mundo, integrándose a Todo.

En esa instancia adviene la región de lo no-nombrable porque no hay nombres que puedan servir para comunicar esa experiencia.

De todo tengo sensación. Todo y cada una de las cosas que me rodean me produce sensación.

Y también tengo sensación de lo que no me rodea, de lo que me envuelve por dentro, las fantasmáticas presencias que me alientan o me desalientan.

Tengo claro qué siento de lo que me rodea, de lo que percibo. A través de mi historia personal he tenido sensaciones reiteradas de cada cosa como para poder reconocerlas, anticiparlas. O sea, puedo tener la sensación de las cosas aunque no estén. Y sé que pueden estar. De modo que hay ausencias tan intensas como las presencias a las que estoy habituado. Y esas ausencias pueden tornarse en fuertes motivadoras por su sensación anticipada. Son presencias ausentes que generan tensión hacia ellas, como si fueran formas a llenar, o un torrente de vida que quiere llenar esta forma de mi ausencia presente. Pero son tantas las promesas de la fantasía, que se confunden con las difusas anticipaciones de mi vida posible. De modo que *necesito saber distinguir entre sensaciones.*

Así, sé que hay cosas que me producen contradicción, que me violentan, y otras que no. Puedo reconocer que hay sensaciones que me producen las cosas de afuera, aún en el modo de su representación (pensándolas, imaginándolas, recordándolas). Y hay sensaciones que no se corresponden con lo que haya percibido en el mundo, sensaciones que no tienen “explicación”. Entre éstas hay sensaciones que a veces acompañan situaciones mundanas, como el sobrecogimiento que puede producirnos un atardecer, un amanecer, un bebé o la imagen del ser amado. Sensaciones que difícilmente sean de contradicción o inquietud interna sino de todo lo contrario, de paz interna, de armonía y hasta de “elevación”. En estas sensaciones internas puedo encontrar un indicio, la pista de lo espiritual. Si dejo que esas sensaciones actúen por sí mismas podré profundizar en ese fenómeno. Si quiero aprehenderlas

o aumentarlas las perderé inmediatamente. Hasta la próxima vez... que nunca se sabe cuándo será. Porque el próximo atardecer puede estar nublado, porque puede no darse la sensación. De modo que será útil atender a esas otras sensaciones, las que no quiero que se repitan por contradictorias, porque me violentan.

Mi estado interno es como un lago que refleja el cielo a veces y otras, sus aguas se ven agitadas por la turbulencia. Pero el agua es siempre la misma y esto alegoriza el flujo de mi energía, unas veces en reposo, otras armónica; las más de ellas, inarmónica.

Mis estados turbulentos son como los corcoveos y retobes de una briosa cabalgadura: quiero ir en una dirección y se resiste. De modo que si quiero gozar la armonía del andar será cuestión de aprender a montar el animal.

Pero ¿cómo se monta un estado interno? ¿Cómo se ingresa en la dimensión espiritual? Si mi energía está alborotada ¿cómo la ordeno? Nada puedo hacer. Cualquier intento que haga de mover algo en cualquier dirección tendrá por resultado nuevas agitaciones sea en la dirección que imprimo o en la contraria.

Nada puedo hacer... con el cuerpo o el pensamiento. La única salida es el no hacer, el no querer. El simple y mero contemplar. Que no es pasivo. Por lo contrario, requiere el sutil manejo de mi fuerza interna.

*La contemplación es activa en tanto es un puro mirar. ¿Vacío? No ¿Se trata de poner la mente “en blanco”? Imposible. Contemplar es vaciar la mirada de todo objeto perceptual, de toda representación que provoque sensaciones en mí. ¿Es concentrar la mirada? Tampoco. Es mantener la mirada en una dirección pero no como “clavarla” o sostenerla. Es retomar la dirección del mirar cada vez que se pierde con algún pensamiento, cada vez que me distraigo. Es querer limpiar la mirada de toda otra presencia sensorial que no sea la de aquello que elegí porque me inspira, porque evoca en mí sensaciones que yo reconozco como espirituales. Que para mí son espirituales.*

¿Qué será eso que puede inspirarme? Eso es privativo de cada uno. Nunca como hoy se han mostrado tantos caminos: religiones, cultos, disciplinas espirituales están ahí para inspiración de quienes los sientan afines. El Camino solo puede reconocerse al andar. Lo espiritual no es ajeno, objetivo, común a todos sino que es propio de cada uno. Aunque todos tengamos la posibilidad, tiene el sabor que tiene para cada uno, el teñido particular de la sensibilidad de cada uno.

Lo externo sólo sirve para evocar en mí sensaciones, las huellas anticipadas del espíritu. De lo externo solo puedo esperar la inspiración que evoque en mí aquello que busco. Si lo busco, sé que me falta. Y si sé eso es porque lo conozco. Si lo conozco es que tengo alguna experiencia, alguna sensación de eso. Que no recuerde cómo se produjo es otra cosa.

¿Cómo encontrar mi camino? Buscando, intentando allí donde me siento llamado, donde algo me dice que vaya. ¿Puedo perder tiempo en esa búsqueda? Seguramente, pero si lo que quiero es ahorrar mi tiempo no es lo espiritual el objeto de mi búsqueda. En todo caso, alguna ganancia que creo poder obtener con su hallazgo, con su posesión. Será más razonable, entonces, que vuelque mis inquietudes hacia el mundo.

La búsqueda de lo espiritual es adentrarse en las regiones del Tiempo donde los desvíos se convierten en atajos y los atajos aparentes en pantanos irremediabiles que se tragan todo lo que se creyó haber logrado; donde me esperan las cosas que creí perder; donde la eternidad es instante y el instante no tiene fin.

En esa dimensión encuentro lo que siempre supe. Reconozco mi rostro en los miles que me rodean y sus hábitos en el propio que alienta cada instante. Allí lo Sagrado toma mi presencia, que es la misma de cada uno en Todo.

Esa dimensión no está tan “lejos” en este espacio y este tiempo que habitamos. No es más que Lo que me envuelve y alienta todo lo Manifestado; lo que me sostiene a través de cada inspiración y cada espiración.

Solo tengo que disponerme a sentir, a ser lo que Soy. Si puedo abrir mi creencia u orientar mi experiencia hacia esa posibilidad.

## 11. UNA PROPUESTA PARA LA REFLEXIÓN

Por sí misma, la realidad es paradójica dado que el mundo no es *lo que* veo sino *como* lo veo. Esta verdad esotérica tradicional que hoy ha consagrado la ciencia cognitiva me dice que no veo el mundo sino que éste es una configuración de la conciencia en base a materia entregada por sentidos y memoria.

Este principio quita sustento al objetivismo clásico y abre otra instancia en la comprensión del mundo. De modo que lo que veo no es como creo que se me presenta sino que tengo que descubrirlo.

El conocimiento de sí es eminentemente práctico. No es un estudio que pueda hacer uno. Lo que está escrito hasta aquí no sirve aprendido de memoria, ni siquiera sabido para explicarlo. No sirve para eso ni se ha escrito con esa intención. En todo caso, todo lo dicho sirve en interacción con la experiencia como referencia para la comprensión de lo observado, de lo vivido.

Por si no quedó claro, *el conocimiento de sí es un proceso de experiencia*. Es un camino que sólo puede conocerse al transitarlo, y sólo puede ser transitado por uno.

Nadie puede hablarme de mí mismo. No existe esa autoridad. Sólo yo tengo autoridad para decidir sobre lo que me pasa, cómo me pasa y qué hacer. Y claro, sólo yo soy responsable de mi visión, de mi interpretación y de mi decisión. Por supuesto, puedo pedir ayuda, orientación a otro. Pero la calidad de esa orientación estará sellada por el respeto a la intención del que pregunta. Ningún contenido que exista fuera de mí es de tal pureza universal que pueda incorporarse sin más a mi propio paisaje. Es más, la mejor orientación es la pregunta ordenadora para que pueda ordenar mis propios contenidos, alumbrar mi propia experiencia.

Este proceso de alumbramiento de la propia experiencia puede ser formulado a través de las siguientes paradojas que puedo tomar como referencia para la observación de este fenómeno que somos:

### 1. El mundo es mi cuerpo:

Desde mi posición de observador espontáneo, yo mismo no existo. En mis sentidos solo impacta el mundo. Al que pertenezco. Esto lo sé. Pero ese mundo está mediatizado por mi filtro perceptual y éste, en definitiva, es mi cuerpo. Porque mis sentidos son órganos del cuerpo. Pertenecen a una estructura cuyo estado general incide sobre su funcionamiento. De modo que actuar sobre mi cuerpo es actuar sobre el mundo pero, también, actuar sobre el mundo es actuar sobre mi cuerpo.

### 2. Mi cuerpo es mi estado interno:

En mi vivencia, más inmediato que mi cuerpo está mi estado interno. Que es lo que estructura el cuerpo, dado que éste responde al mundo pero es mi estado interno el que determina mi percepción del mundo.

### 3. Mi estado interno es mi mirada:

Mi estado interno responde a lo que veo pero no depende de lo que veo, sino de la valoración que hace mi mirada al configurar el paisaje. Es mi mirada lo que estructura el paisaje. Y es el paisaje lo que influye sobre mi estado interno y éste sobre mi mirada.

### 4. Mi mirada es el paisaje:

Si quiero conocer cómo es mi mirada, cuáles son mis valores, tengo que estudiar el paisaje que se extiende ante mí. La mirada es, en sí, transparente y solo puedo descubrirla por la configuración del paisaje.

### **5. El paisaje soy yo:**

Al descubrir mi mirada en el paisaje voy descubriéndome, voy echando luz sobre los distintos aspectos de mí, que también son imágenes y constituyen una única imagen: la imagen de mí. El yo se constituye como sedimento de la realimentación en la relación con el mundo.

### **6. El yo es el sentido:**

Como “el yo” es una “sustancia”, entendida como una imagen base en la que puedo discriminar las distintas imágenes visuales y sensaciones cenestésicas de cada situación que se encuentran adheridas a ella, es esa base de sensación la que da sentido al mundo.

### **7. El sentido es el mundo:**

Ese sentido que mencioné en general, tal como lo plantea el concepto desnudo, no existe. El sentido es, en tanto es un sentido singular, sentido de algo, estado interno que concomita con el fenómeno externo. El sentido que para mí tienen las cosas es el sentido que cada cosa tiene para mí. Por tanto, el sentido es el mundo que me provoca y convoca, que hace que me tienda hacia él.

### **8. El mundo es dirección:**

Yo soy en situación, instante tras instante. Mi actividad no es de respuesta al medio sino de interacción con él. Desde mi origen estoy integrado a él y soy uno con él. En cada instante estoy en situación, pero en el modo de estar lanzado a ella. El mundo me estimula y mi permanente estado de actividad para desarrollarlo toma esa estimulación como ocasión para desarrollarse. De modo que el mundo orienta mi actividad, le da dirección.

### **9. La dirección es vida:**

Esa actividad con dirección es la vital. El estar dirigida hacia algo es lo que caracteriza a la vida humana. La vida no es sino en, por y a través de cada una de las vidas de los individuos que anima y que la llevan adelante. Por eso, es esencialmente dinámica, movimiento, actividad. De modo absoluto es lo contrario de la quietud. Y no es un movimiento en sí sino hacia. La vida humana es un ir hacia, un estar lanzada en una dirección y en permanente cambio. Es cambio en y por sí misma al tiempo que transforma el mundo. Por eso, la existencia humana es proyecto, estar lanzada hacia. Y, en definitiva, su dirección es la vida misma.

### **10. La vida es el espíritu:**

La vida humana está dirigida al mundo por la estimulación que éste le provoca, pero no es mero reflejo sino intención operativa. Se lanza al mundo para hacer algo con él. Pero quiere hacer algo con él, para sí misma. Esto que es la regla básica de comprensión de la actividad humana no agota el sentido del ser humano. Así como la Vida es un proceso de complejificación creciente de las formas que genera, del cual resulta la organización psicofísica que soporta lo humano, esto cumple con una función que apenas se comienza a avizorar. La Conciencia es generadora de formas. El mundo es con-formado por la Conciencia, que también se configura a sí misma. La organización de la experiencia interna al servicio del anhelo humano es una nueva región de formas a descubrir. Allí se vislumbra el espíritu como forma integradora de la vida humana y el mundo, entretejiendo a aquélla en la trama de éste. Pero de eso no se puede hablar todavía, si acaso fuera posible.

Estas paradojas no son verdades, son meras figuras que propongo para la reflexión, para el tanteo, para el descubrimiento de zonas de uno que no están suficientemente visitadas. Y no

más que eso.

## **12. LA CUESTIÓN DE DIOS**

### **El eclipse de Dios**

Está claro que mi tema concluyó con el capítulo anterior. Pero todavía hay algunas cosas que despejar en torno a lo espiritual porque están fuertemente asociadas en el imaginario colectivo.

Durante el siglo XIX Dios fue despedazado en el imaginario social a manos de los avances científicos y tecnológicos que demostraron que en los cielos no había tal “cosa” y que las fuerzas naturales eran solo eso: naturales. Al abrir un cuerpo humano no se encontraba alma alguna. La de Dios fue una muerte anunciada algunas décadas antes por Nietzsche y consumada a principios del siglo XX en los laboratorios y los observatorios que proveyeron a la ciencia la autoridad suficiente como para consagrar las características del Universo y la primacía de la materia. Así fue que “el yo” pasó a ocupar el lugar que dejó Dios, fenómeno que Buber llamó “el eclipse de Dios”.

Dios es un dato no menor en este tema de lo espiritual. Clásicamente se presenta asociado, casi como imprescindible para explicar el concepto de espíritu. De modo que parece que no se puede hablar de espiritualidad si no se habla de Dios. Es como que no se puede ser espiritual si no se plantea la relación con Dios.

Sin embargo está esa cosa rara que es el budismo, una suerte de religión sin dios que me dice que es posible que el ser humano alcance la iluminación sin tener un correlato imaginario total, que es el modo en que se ha presentado siempre la idea de la divinidad. Así que parece ser que, aún en términos de formalidad espiritual, Dios no es imprescindible. Al menos para el desarrollo humano, para la divinización de lo humano, para la iluminación o como se lo quiera llamar.

En la revisión de las actividades sociales que hice capítulos atrás, hubo una institución que dejé aparte: el culto. En las sociedades primitivas los ancianos son el eslabón que conecta a los vivos con los muertos, los antepasados. Éstos funcionan como conectiva entre este mundo y el otro. En las creencias, claro está.

La función de conocimiento que siempre desempeñó la casta sacerdotal, se fue especializando con el correr de los siglos como dedicación al mero conocimiento del mundo, desprendido de lo sagrado. Aunque se desentendió de sus detentadores originarios, la función social de conocimiento desarrolló pretensiones de pureza a medida que fue ahuyentando las tinieblas del más allá, generando una nueva casta de custodios del Saber.

Merced a sus desarrollos Dios se vió confinado a un nivel de superstición casi, frente a las verdades de la ciencia. Tal el avance racionalista durante el siglo XX en las capas cultas de la población.

En todo caso, es en esa situación cultural donde se supone aparece el espíritu, pero la ciencia ya se encargó de demostrar su inexistencia. Y tomaré sus razones por buenas.

### **La evolución de Dios y sus intermediarios**

En aquellos tiempos que la falta de memoria oculta, no parece que existiera Dios o, al menos, que los humanos se hubieran anoticiado de ello. Sí parece que tenían claro registro de fuerzas que se abatían sobre ellos o que colaboraban. Las distintas formas de magia cuyas formas degradadas por su difusión son la brujería o hechicería, tienen un origen que se pierde en ese horizonte pasado sin recuerdos.

El mundo es como lo veo. Lo que es afuera de mí es como lo percibo y no lo percibo como es. Este pequeño detalle ha fundado las disidencias históricas entre los seres humanos involucrando las mejores cabezas de la Historia. De modo que el tema del filtro perceptual, de



que la realidad es como la configuro y que la configuro según mis posibilidades, no puede ser obviado en este tema. Máxime cuando en él se hace patente.

La alegorización de esas fuerzas que aquellos humanos originarios vivían como regentes de los acontecimientos, esto es, las representaciones que hicieron de ellas, fueron dando cuenta de una evolución en la mente que las concebía. De la adoración de piedras y animales a la de figuras humanas hay un paso evolutivo destacado. De vivir una Naturaleza incontrolable a concebir dioses con forma humana hay una evolución clara en la concepción de la divinidad. Y esto es muy curioso, con el correr del tiempo la figura divina se humaniza, se hace cada vez más semejante a la figura humana. Ya no recuerdo si Unamuno se refirió a este fenómeno cuando dijo que el ser humano concibió a Dios a su imagen y semejanza pero es una sentencia que lo resume.

En esta relación con las imágenes de la divinidad está presente desde siempre, según los testimonios antropológicos, el miedo. El miedo a las fuerzas incontrolables, el miedo a la calamidad, al desastre, al fracaso.

Desde siempre hubo intermediarios con la divinidad, seres humanos que se especializaron en la relación con lo sobrenatural y, tal parece, en esos tiempos originarios no eran seres normales, parece que tenían facultades que los otros no tenían. Esto se ha conservado y todavía hoy se puede verificar en las comunidades aborígenes que sobreviven con sus pautas culturales y han comenzado a proveer su sabiduría chamánica al caudal renaciente de lo divino en esta nueva era que se anuncia.

Ese detalle de la diferencia que calificaba a los intermediarios con la divinidad, no podía ser verificado a ciencia cierta. Por tanto, la adopción de formas semejantes podía facilitar que el lugar de intermediario fuera ocupado por quienes no tenían esas diferencias. De ese modo y por los resultados que hubo, se podría decir que de intermediarios con la divinidad pasaron a ser intermediarios de la divinidad. Porque una cosa es ser humanos que pueden conectar con las fuerzas de la divinidad y otra muy distinta, presentarse como representantes de ella.

¿Qué relación habrá entre la antropomorfización de la figura divina y este cambio en la función del intermediario? No creo que pueda determinarse pero está claro que con la introducción de la racionalidad en las cuestiones divinas, con la construcción de dogmas que no tenían que ver con la relación con la divinidad sino con su presentación ante los seres humanos, lo que se consiguió fue garantizar la posición de los intermediarios y la continuidad de su poder. De puentes o conectivas con las fuerzas divinas, de tener que hacer, vivenciar y hacer vivenciar esas fuerzas a sus congéneres, pasaron a hablar de las cosas divinas, a pintarlas, a mostrarlas según su entendimiento.

De ese modo la relación con la divinidad que facilitaba el intermediario se convirtió en relación con el intermediario que reforzaba lo que de la divinidad decía el intermediario. Así, al temor espontáneo que impone lo divino actuando las fuerzas de la Naturaleza se sumó la coacción y el control social para garantizar órdenes sociales gestados y controlados por los intermediarios. Y esto duró siglos de Historia.

Sin embargo, los pueblos nunca pudieron ser totalmente dominados en este aspecto. La coacción se ejerció pero de manera policial y el temor siguió existiendo, a la policía y a lo divino, pero divorciado de la voluntad de sus intermediarios. Ni siquiera en la tan religiosa Edad Media –según la presenta la historia oficial- el pueblo fue devoto en términos dogmáticos. La maravillosa pintura de las misas dominicales que Caterina Jacovelli hace en su “Risus Paschalis”, describiendo cómo los curas tenían que divertir a la gente para conseguir que fuera a la iglesia para Pascua en los tiempos que precedieron a la Reforma, lo dice todo.

Lo que hoy puedo verificar con la proliferación de cultos populares a la vista de cualquiera fue la realidad de siempre, solo que se ocultaba porque los intermediarios creaban problemas con eso. Basta recordar la caza de brujas.

Lo que ha caracterizado al cristianismo es su indudable vocación de difusión y popularidad, su maleabilidad para mezclarse con los imaginarios que fue encontrando a su paso. Esto contrasta con la ortodoxia uniforme del Islam -apenas alterada por las disidencias de sus grandes vertientes y, por supuesto, estoy juzgando en términos doctrinarios y no sociales- y con la del judaísmo. Estas tres son las religiones más condicionadas por lo racional y, notablemente, se diferencian por la cuestión de las imágenes, que el cristianismo maneja a discreción mientras las otras dos no las admiten. Las religiones orientales se mantienen en un estado más próximo al antiguo y ostentan una imaginería riquísima en la que se entremezcla lo humano con lo divino, con presencia de figuras animales en distintas proporciones. En todo caso, sigo la senda evolutiva del occidente cristiano no solo por mi pertenencia sino porque representa la evolución del imaginario colectivo moderno con más claridad que lo oriental.

De modo que, sintetizando, *la cuestión de Dios se tornó en el problema de la imagen de Dios*, de lo que de él se decía que decía sobre los seres humanos, con sus nefastas consecuencias sobre la vida humana. La imagen de Dios no fue la del Amor que se pregonaba sino la que inspiraba el temor que servía a la opresión, inspirando la famosa calificación de “opio de los pueblos” que pronunció Marx.

¿Cómo no iba a sacudirse de encima el ser humano tamaño peso?

Así que la diosa Razón destronó su imagen. Es más, la Razón degradada bajo forma de racionalismo fue lo que aportó las herramientas para la liberación que proclamó el irracionalismo nietzscheano. Porque la Razón nació respetando el lugar racional de la divinidad. Aunque el iluminismo llegara a hablar de la Diosa Razón, era racional contemplar el lugar que racionalmente ocupaba la divinidad.

La ciencia fue aportando hechos que desplazaron las imágenes divinas. La vastedad del Universo fue siendo llenada con datos verificados que evaporaron la imaginería que ocupaba ese lugar, quitándole territorio a la imagen de Dios.

Así fue liberada la creatividad humana del dogal imaginario. El dogal que le habían puesto los intermediarios infundiendo el temor al castigo de Dios (que ellos tendrían que ejecutar). Después de un lapso breve en términos históricos, Dios vuelve a las andadas en estos días. En realidad, nunca abandonó a su pueblo o, mejor dicho, su pueblo nunca lo abandonó. Mantuvo cultos tradicionales y los fue reemplazando. En mi país, figuras populares de “manosantas” han sido reemplazados por otras. Hasta las décadas de 1950/1960 se adoraba a la Madre María y a Pancho Sierra, y comenzaba la Difunta Correa. Hoy, se adora al Gauchito Gil y a Gilda mientras la Difunta sigue vigente. Los intermediarios efectivos no pierden vigencia en el corazón del pueblo. ¿De qué modo se ejerce esa intermediación?

### **Un problema de experiencia**

Desde el punto de vista de mí sensación... yo siento (y esto no es una figura discursiva) que estoy integrado al Todo y tengo señales claras de eso. Para mi corazón, no es lo mismo que esté nublado o despejado, o cuando después de una tormenta vuelve a salir el sol. Yo lo siento del mismo modo que a veces siento los atardeceres o suelo sentir la luna llena cuando sale. Cuando marcha hacia el cenit a mi se me produce un cambio interno, siento su presencia. Cualquiera puede decir que ese tipo de cambios son evidentes, así que no se sabe muy bien de que estoy hablando. Como buena parte de mi día transcurre entre las paredes de un departamento estoy hablando de esa situación en la que no se qué pasa afuera, pero yo siento que pasan estas cosas.

Esas realidades mayores ejercen atracción sobre mí y una atracción que no es mera fascinación perceptual.

Cada sistema de ideación concommita con un “yo”, con una sensación de sí. Puede ser que una sensación de sí constele muchas imágenes, climas y tensiones, muchos sistemas de ideación.

O puede ser que haya un “yo” único. En realidad la clasificación es infinita. Las combinatorias que se pueden dar entre las configuraciones de sentidos externos y del interno son incontables. De modo que la multiplicidad de los “yoes” (según Ouspensky), no es un disparate sino que es una realidad desde un punto de vista determinado.

*Uno es tantos yoes como vivencias tiene de sí.* Como las vivencias se corresponden con lo que vivo en el mundo, en cada situación tengo referencia de que soy el que la vive, de modo que soy tantos como situaciones vivo. Si se atiende a las variaciones que uno tiene de sí mismo en cada situación, se puede imaginar la cantidad de yoes que se puede llegar a tener.

No obstante esta diversidad, el yo tiene una idea de permanencia que lo define y caracteriza de modo que no son tantos los yoes. Serán infinitas las variaciones posibles de esos yoes pero el organismo biopsíquico necesita de cierta unidad, de cierta referencia permanente para poder orientarse en el mundo.

De modo que ese “el yo” del que uno habla es un conjunto de imágenes. Si es así, están dissociadas de esta fuerza o esta presencia que a veces tengo de mí, en el momento que la tengo.

Cosas distintas parecen ser “yo” y “el yo”. Éste puede ser objeto de un juicio, de él se puede hablar en tercera persona mientras que “yo” solo puede ser pronunciado en primera persona. La diferencia vivencial y las concomitancias que produce hablar de mí de una u otra forma son notables. Pero eso es otro tema.

Lo cierto es que tengo imágenes de mí. Pero este fenómeno no es muy claro sino que permanecen en la zona oscura de mi experiencia, ocultas en mi espacio mental.

Yo soy “víctima” de fuerzas que me desbordan. Son fuerzas que vienen de adentro pero las siento como de afuera porque aunque las siento en mí, las provocan las situaciones que vivo. Fuerzas que me desbordan: lo mismo que les pasaba a los humanos originarios. Que, según parece, no tenían “yo”<sup>34</sup>. En ese psiquismo primitivo no había todavía una organización interna que diferenciara a los individuos sino que se vivían a sí mismos como las cosas que los rodeaban, parece que su estado de identificación era tal que estaban confundidos con el mundo

Por tanto, en ese imaginario indiferenciado de lo externo, esas fuerzas que vivenciaban como externas ¿eran externas? No me refiero a las fuerzas naturales, tormentas, rayos, truenos, etc. sino a las fuerzas que se identificaban con lo divino.

Ahora, yo estoy. Sé que soy. Y a veces me siento ser. No tengo duda de eso. A veces siento que esas fuerzas me desbordan y otras, que se canalizan a través mío. De algún modo consigo ser cauce pero no depende de mi voluntad. Más tiene que ver con una imagen que ejerce atracción sobre mí. Como la Luna sobre los océanos, esa imagen provoca mis flujos y reflujos internos. Y unifica esas fuerzas en una que siento como única y me trasciende. Va más allá de mí.

Se sabe que la fe lo cura todo. Y la fe es interna por más que se movilice por objetos que pongo afuera.

La imagen de Dios se fue haciendo cada vez más parecida a mi imagen humana. Parece que hubo una evolución proyectiva a nivel imaginario. Si eso fue así, lo divino ¿está afuera?

Hasta aquí llego. En todo caso, estas notas apuntaron a despejar una cuestión que suele provocar un fuerte ruido en la experiencia.

Solo quise decir que lo que se ha concebido mayoritariamente como Dios, como dice Unamuno, fue una creación humana. Dios, todavía está por verse cómo es.

Quiero resaltar que la “realidad” divina como me fue presentada es imaginaria ajena que más ha hecho por sus creadores que por sus destinatarios.

---

<sup>34</sup> Gusdorf

Por fin, otra vez, recalco que esto es una cuestión de experiencia.

## **EPÍLOGO: ESTELAS EN LA MAR**

Dijo Machado que en la vida no hay caminos, se hace camino al andar.

Hay ganas de caminar y una dirección que convoca.

Como tantas cosas en la vida, el camino es paradójico, allí donde parece haberlo, se deshace en nubes de humo y el suelo firme se convierte en pantano. Materia de sueños, el camino se va haciendo ganándole tierra al abismo. Sin embargo, no dejamos más que “estelas en la mar” que pueden servir de referencia a otros navegantes.

¿Habré podido conmover tu incredulidad? ¿Habrán sido suficientes las razones que expuse, las descripciones que hice, las imágenes que volqué? como para incitar tu curiosidad.

Hasta aquí llego con estas notas que espero hayan sido útiles para los que vienen haciendo su camino, y hayan ayudado a definir el suyo a los que venían tanteando.

Si llegaste hasta aquí en tu lectura desde una actitud escéptica o descreída, te doy la bienvenida al umbral. Nadie termina de leer estas cosas por mero afán intelectual.

Todo esto resultó de una enseñanza y una experiencia de aprendizaje y, quizás más, de las dudas y preguntas que nos hemos hecho con otros caminantes, de modo que si quedan dudas me encuentran en [agilulfoemo@gmail.com](mailto:agilulfoemo@gmail.com).

En todo caso, buena marcha, porque la suerte sigue a la acción.

## BIBLIOGRAFÍA

- BUBER, Martin, *El eclipse de Dios*, Ed. Nueva Visión, 1968.
- CASTORIADIS, Cornelius, *La institución imaginaria de la sociedad*, Ed. Tusquets, 1993; *Les carrefours du labyrinthe I*,
- CHATEAU, Jean, *Las fuentes de lo imaginario*, Ed. FCE, 1976.
- DAVIDSON, Ronald, *Mente, mundo y acción*, Ed. Paidós I.C.E./U.A.B.,
- DENNETT, Daniel, *Consciousness explained*, Ed. Back Bay Books, 1991 (hay traducción castellana: *La conciencia explicada*); *La actitud intencional*, Ed. Gedisa, 1991.
- DESCARTES, René, *Discours de la méthode*, Ed. Flammarion 1992 ; *Méditations Métaphysiques*, id. 1966.
- FRANKL, Victor, *El hombre en busca del sentido*, Ed. Herder, 1996.
- FREUD, Sigmund, *El yo y el Ello*, ; *Más allá del principio del placer*.
- GUSDORF, Georges, *Mito y metafísica*.
- HEGEL, Georg W. F; *Fenomenología del espíritu*, Ed. Rescate, 1991.
- HUSSERL, Edmund; *Investigaciones Lógicas, V investigación*, Ed. Revista de Occidente, 1967; *Ideas para una Fenomenología Pura y una Psicología Fenomenológica*, Ed. FCE 1962; *Invitación a la Fenomenología*, Ed. Paidós I.C.E./U.A.B. 1992.
- JACOVELLI, Caterina, *Risus paschalis*
- JAMES, William, *Compendio de Psicología*, Ed. Emecé, 1947; *La voluntad de creer*, Daniel Jorro Ed., 1922.
- JASPERS, Kart, *Iniciación al método filosófico*, Ed. Espasa-Calpe, 1983.
- JASTROW, Robert, *El telar mágico*, Ed. Salvat, 1985.
- KANT, Emmanuel, *Crítica de la Razón Pura*.
- LAING, Ronald, *Experiencia y alienación en la vida contemporánea*, Ed. Paidós 1971.
- LÉVY-BRÜHL, Lucien, *La mentalidad primitiva*, Ed. Leviatán, 1957.
- LOWEN, Alexander, *La depresión y el cuerpo*, Ed. Alianza, 1991, *Bioenergética*, Ed. Diana, 1992.
- MORIN, Edgar, *La méthode I : La nature de la nature*, Ed. du Seuil, 1977.
- ORTEGA Y GASSET, José; *Ideas y creencias; El tema de nuestro tiempo; Lecciones de Metafísica*.
- OUSPENSKY, P.D., *Psicología de la posible evolución del hombre; Fragmentos de una enseñanza desconocida*, Ed. Hachette, 1972.
- RAMACHANDRAN, V.S, *Phantoms in the brain*, William Morrow Inc., 1998.
- SARTRE, Jean -Paul, *La trascendencia del ego; Teoría de las emociones*, Ed. Alianza.
- SAN AGUSTÍN, *Confesiones*, Ed. Libertador, 2005.
- SELYE, Hans, *La tensión en la vida*, Cía. Gral. Fabril Editora, 1964.
- SENGE, Peter, *La quinta disciplina*, Ed. Granica, 1992.
- SILO, *Obras completas*, en especial *La Mirada Interna, El paisaje interno, El paisaje humano*; en *Habla Silo: Acerca de lo humano, El acertijo de la percepción, La religiosidad en el mundo actual, El tema de Dios; Apuntes de Psicología*, en especial II, III y IV, Plaza y Valdés Ed., 2005 .
- TATO, Néstor, *¿Qué es la humanidad? y El emplazamiento humano*, en *La otra mirada*, Ed. Virtual, 1999, *La necesidad de una ética sabrosa*, Ed. El Escriba, 2008.
- TEILHARD DE CHARDIN, *El fenómeno humano*, Ed. Taurus, 1966.
- UNAMUNO, Miguel de, *Del sentimiento trágico de la vida*, Ed. Espasa-Calpe.